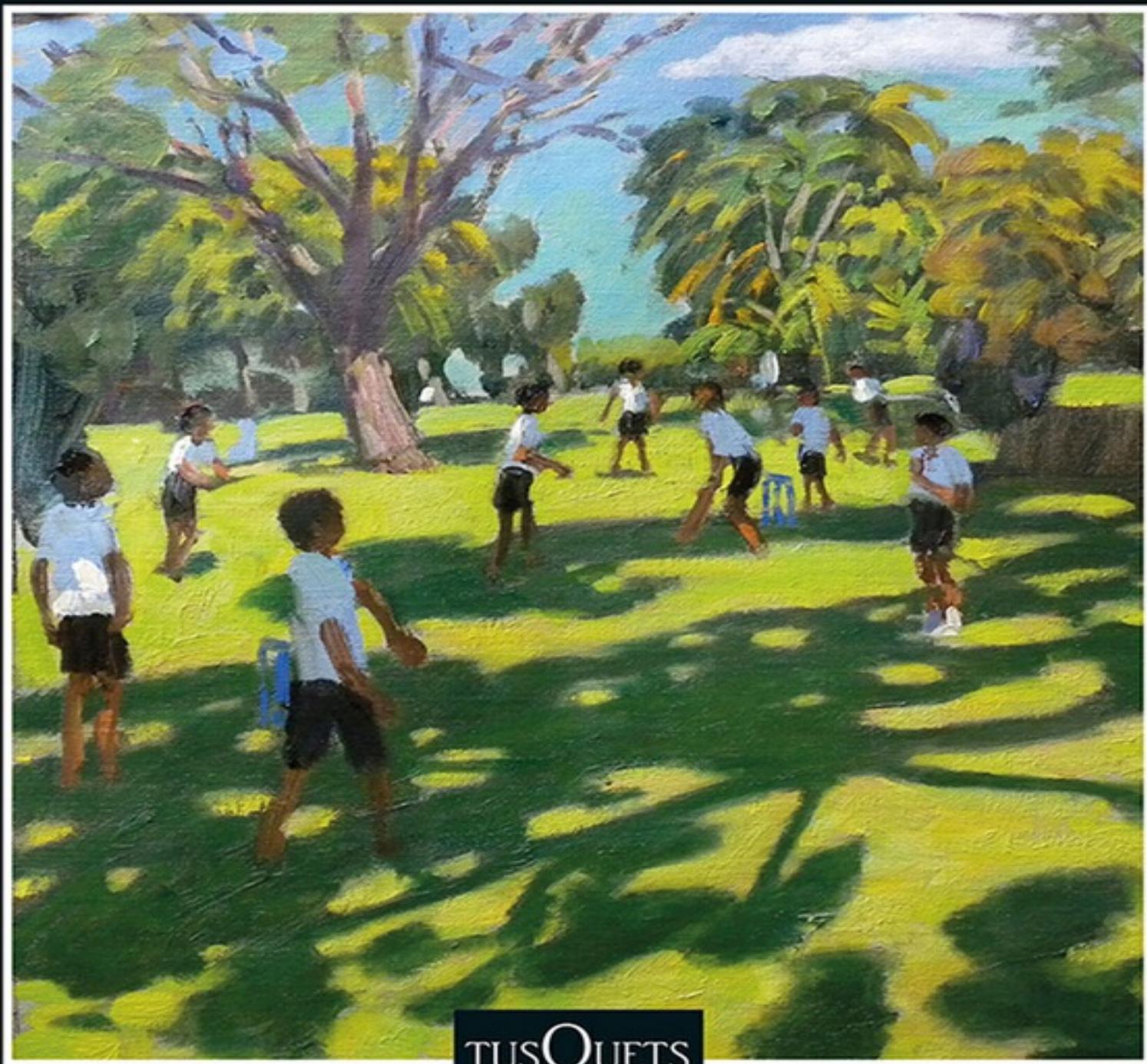


Tony Peake
EL REGLAMENTO

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Citas
Uno
Dos
Tres
Cuatro
Cinco
Seis
Siete
Ocho
Nueve
Agradecimientos
Créditos

Sinopsis

Durante una intensa semana de octubre de 1962, la crisis de los misiles en Cuba trajo consigo un aumento de la tensión política mundial. En la otra cara del planeta, en un prestigioso internado de Pretoria, los colegiales escrutaban el horizonte en busca de signos de que el mundo se acababa. También entre ellos hay tensión, luchas y crueldades, un reflejo de la Sudáfrica profundamente dividida, sobre todo en vísperas de que se inicie el juicio contra Nelson Mandela.

Uno de los alumnos, Paul Harvey, sensible, solitario y ansioso por integrarse en el internado, hará lo que sea para complacer al líder de la clase y poder entrar en el club que éste capitanea y cuyo reglamento tendrá que aceptar.

Una experiencia simultánea a su despertar sexual.

TONY PEAKE
EL REGLAMENTO

Traducción de Victoria Alonso Blanco

TUSQUETS
EDITORES

Para mis hijos y mis nietos:
ellos son el futuro

De niño uno en realidad no alcanza a comprender el significado de lo que ocurre lejos de sus fronteras; vive más bien como los animales, en el mundo sensorial del presente y entre los horizontes difusamente percibidos que marcan los adultos.

Justin Cartwright, *The Song Before It Is Sung*

Toda mi vida he vivido en otra parte.

C.J. Driver, «Elsewhere»

Uno

«Los palos y las pedradas duelen, pero las palabras se las lleva el viento», solía decir la madre de Paul.

Al evocar aquellos años, basta con que cierre los ojos para que se me aparezca él, mi yo de la infancia, implorando ante otro.

—¡Pero dijiste que probara otra vez este trimestre! Que a lo mejor tenía suerte. Así mismo me lo dijiste. ¡Lo prometiste casi!

Nos encontramos en 1962. Miércoles, 3 de octubre de 1962, para ser exactos, en el patio de un internado privado de Pretoria.

—«A lo mejor» —replicó el otro—. Dije «a lo mejor». No te prometí nada.

—¡Pues es una injusticia!

—¿Cómo dices?

—Que lo que estás haciendo no es justo, Du Toit.

—¿Y tú quién eres para decirle a un *ou* lo que es justo, eh? Precisamente tú, Harvey.

—Salirme ahora con que no, cuando el trimestre pasado...

—Imbécil de *soutpiel*.

Du Toit iba acompañado por algunos miembros de su club: Strover, Labuschagne, y el Babosa, por descontado. Los tres al instante corearon jubilosos: ¡*Soutpiel!* ¡*Soutpiel!* Ése que tiene un pie en Inglaterra, el otro en

Sudáfrica y el pene colgando, indeciso, en el mar. «Polla salada» vendría a ser la traducción literal del argótico término afrikáans.

—Sólo porque mis padres nacieran en... —empezó a replicar Paul, pero tan pronto como acometió esa línea de defensa reparó en su futilidad. Aun suponiendo que hallase la combinación adecuada de palabras (¡otra vez las palabras!), sus adversarios contraatacarían con otro insulto peor. De manera que se limitó a batirse en retirada, como siempre solía hacer ante Du Toit y sus secuaces, para ir a lamerse sus metafóricas heridas (ésas que sólo pueden causar las palabras) en otra parte.

El patio de recreo del colegio donde estudiaban Paul, Du Toit, Strover, Labuschagne y el llamado Babosa —junto con más de un centenar de alumnos, que pululaban por allí en ese momento— era una explanada de tierra ocre que se extendía entre el edificio principal, con su hilera anexa de aulas de ladrillo rojo, y el fresco verdor de los campos de juego al otro lado, que era adonde Paul se dirigía en ese instante, ya que durante el recreo tenían prohibido pisar sobre dichos campos y allí podría escapar temporalmente de las implacables pullas de Du Toit.

Todo había empezado en el segundo curso, cuando Paul había cometido la imprudencia de llevar al colegio uno de sus tesoros más preciados: un diario que le había regalado su abuela materna. La misma abuela que, en torno a la misma época, había propuesto que lo mandaran a vivir con ella en Inglaterra tras lo sucedido en un lugar llamado Sharpeville. Era un diario para cinco años y había llegado envuelto en capas de crujiente papel de seda. Un papel tan suave y maravillosamente terso como sus cubiertas de cuero blanco. Aunque para Paul lo mejor era que contaba con un candado de bronce y una minúscula llavecita. Allí podría escribir lo que nunca se había atrevido a escribir en ninguna parte.

Pero un buen día, para su gran disgusto, el diario desapareció de su taquilla, ocasionándole un suplicio tal que, todavía hoy, sólo de pensarlo se le erizaba el cuerpo entero. Sólo de pensar que había sido su propia insensatez —porque había sido una insensatez llevar aquel diario al colegio, una insensatez mayúscula, ahora lo comprendía— lo que lo había dejado en una posición tan vulnerable.

¡Qué tonto, qué tonto, qué tonto!

¿Y cómo demonios iba a recuperarlo? Eso era lo siguiente. No tenía ni remota idea, y no fue hasta el cabo de una larga y angustiosa semana —el sábado, justo antes de que apagarán las luces del dormitorio— cuando el mayor de los Bentley, que ocupaba la cama contigua a la suya, puso fin a los velados sollozos nocturnos de Paul al señalar a Du Toit como culpable. Pero aún habría de derramar más lágrimas hasta que finalmente Du Toit diera la orden a su brazo derecho, Lombard, de que fuera a por el diario, que luego él arrojó con descuido sobre la cama de Paul, junto con su llavecita, afirmando que no le había parecido tan interesante como para quedárselo.

A partir de ahí empezaron las burlas.

«¡Mariquita! ¡Niño mimado! ¡Gallina!»

Y otra pulla en afrikáans: *¡Rooinek!*, «cuello rojo».

Porque, naturalmente, el atezado Du Toit no tenía que avergonzarse de rojeces en el cuello (a diferencia del blancuzco Paul, a quien su madre protegía del sol todo lo humanamente posible). El ineludible Du Toit, también fundador y líder de la camarilla más deseada del colegio. De su propio club privado, con su particular configuración. Para entrar en las demás pandillas del colegio, los criterios de selección solían ser bastante difusos. Sin embargo, para entrar en el club de Du Toit, formado por sólo media docena de amigos especialmente escogidos —clasificados, al parecer, del uno al seis—, y que se te asignara un puesto en dicha clasificación, se rumoreaba que cada amigo potencial debía llevar a cabo una prueba iniciática. Y luego, a fin de mantener o mejorar su categoría dentro del club, otra serie de pruebas más, impuestas siempre por el propio Du Toit. Aunque fueras el primero en el escalafón, como Lombard, tenías que seguir demostrando tu valía. De lo contrario, podías bajar rápidamente de rango y exponerte a ser expulsado.

Es decir, que ser amigo de Du Toit no era fácil, ni inmediato. Otro niño más sensato habría juzgado más oportuno mantenerse al margen. Para Paul, sin embargo, eso hubiera conllevado desoír la presión añadida que ejercían sus padres. El hecho de que siempre desearan lo mejor para él. Que desearan también sentirse orgullosos de él; en eso insistían constantemente. Siempre hacían hincapié en que se adaptara al colegio. En que hiciera más amigos,

¿por qué no hacía más amigos? En que se integrara. No les gustaba imaginárselo tan solo, con el dinero que estaban costando sus estudios. ¿No podía esforzarse un poco más? Por el bien de ellos, además de por el suyo propio.

La noticia de que el club de Du Toit había admitido recientemente a un nuevo e inesperado miembro —el Babosa, ¡el mamarracho del Babosa!— hizo que saltara un resorte en el interior de Paul. Si invitaban al Babosa a formar parte de la pandilla, ¿por qué no iban a admitirlo a él? ¿Cómo que «Precisamente tú, Harvey»? ¿Y «Precisamente el Babosa» qué? Pero si el Babosa, como su apodo indicaba, era un ser casi infrahumano. Infrahumano y repulsivo. El más gordo de la clase, para empezar. Y miope, para más inri. Con aquellas gafas de culo de vaso y aquellas carnes fofas que se le bamboleaban al andar, como gelatina rosácea. Y, aun así, amigo de Du Toit. Su último fichaje. Parte de la élite.

Indignación personal, presión paterna: una potente combinación ésta que, a finales del trimestre anterior, había propulsado a Paul a pedir cuentas a Du Toit de por qué él no podía ser su amigo, ahora que el Babosa ya lo era.

Fue justo antes de la temprana cena, cuando por un breve espacio de tiempo los alumnos no estaban obligados a permanecer en ningún lugar en concreto. Excepción hecha de los dormitorios, donde tenían prohibido entrar a esas horas. Sólo se podía regresar a ellos una vez concluido el tiempo de estudio reglamentario. No obstante, allí fue donde finalmente encontró Paul a Du Toit, tumbado a la bartola en su cama bajo un sol resplandeciente.

El dormitorio ocupaba lo que en otro tiempo había sido una galería superior o un porche, razón por la que en gran parte estaba abierto al mundo exterior. Lo único que lo protegía de los elementos eran tres estores de lona, en ese momento plegados, de ahí la abundante luz que bañaba las camas pulcramente hechas, seis de las cuales estaban bajo los estores abiertos, y las otras seis arrimadas a la pared de enfrente, separadas entre sí por una taquilla con cortina, único lugar del colegio (aparte del pupitre, destinado sólo para uso en clase) donde se podían guardar enseres personales. Bentley: su apéndice recién extirpado, dentro de un frasco. Strover, su colección de fotos firmadas por jugadores de la selección nacional de cricket. Y Paul —durante

un tiempo—, su diario. ¿Sería así como Du Toit había dado con él? ¿Merodeando por el dormitorio cuando no debía?

Ese pensamiento, al igual que los recuerdos que éste le trajo de la angustiada semana, había impulsado a Paul a plantarle cara a Du Toit y decirle:

—Para empezar, yo sería mejor que el Babosa, que es un adefesio y un patoso de mucho cuidado.

—¡Vaya! ¡Con que Harvey quiere ponerse a mi servicio! ¡Chupi!

—Yo sólo quiero saber por qué piensas que no puedo ser tu amigo. Estamos en la misma clase, ¿no? Y en el mismo dormitorio. Y en la Tertulia de Cultura General de Spier.

—¿Qué tiene que ver Spier con esto?

—Yo sólo digo que tampoco soy tan distinto —prosiguió Paul, con la respiración entrecortada—. Aunque a ti te lo parezca. Además, si yo nunca te he tratado mal —ése era el factor decisivo, a decir de Paul—, ¿por qué siempre te metes conmigo?

Du Toit sonrió. Dientes blancos y afilados en un rostro dorado. Dientes que distrajeran a Paul y le impidieron advertir el leve destello calculador en aquellos fríos ojos azules.

—Bueno —dijo Du Toit, incorporándose—. Pídemelo otra vez el próximo trimestre. A lo mejor tienes suerte.

Después había sonado la campana que anunciaba la hora de la cena, poniendo fin a su encuentro. Y ahora volvía a sonar otra campana, señalando una nueva clausura: la del recreo de la mañana, la de las vanas esperanzas de Paul. Vanas puesto que, durante las vacaciones, había dado por hecho que el siguiente trimestre Du Toit cumpliría su palabra. Que sería sometido a alguna prueba, que la superaría y ¡tachán!: no más *soutpiel*. No más *rooinek*.

¡Qué injusticia tan grande! Había empleado la palabra apropiada, al interpelar a Du Toit. «¡No es justo, no es justo, no es justo!», repitió en voz alta, dando puntapiés contra la orilla del campo de juego, pues en su estado se le antojaba igualmente insultante que el césped tuviera derecho a enseñorearse de la tierra.

Luego se quedó paralizado. A media distancia, la verde extensión del

campo enmarcaba la oscura silueta de una figura agazapada: Pheko, el encargado de mantenimiento del colegio, que estaba repasando las líneas blancas del terreno de juego, con vistas al partido interescolar de cricket que se iba a celebrar el sábado. Si Pheko lo pillaba dando puntapiés en su preciado césped, protestaría a buen seguro. Al igual que protestaría también la otra figura que divisó a lo lejos, enfilando a grandes zancadas hacia el recinto donde residían los profesores internos.

Había dos recintos anexos al campus del colegio: uno rodeado por un seto que albergaba al profesorado, donde los alumnos tenían prohibido entrar a menos que hubiera una invitación previa —como, por ejemplo, para asistir a la Tertulia de Cultura General de Spier—, y otro más pequeño, cercado por una tapia, de viviendas mucho más sencillas, más bien chozas, situado cerca de la zanja en la que Du Toit tenía su propia choza y donde se celebraban las reuniones de su club. Allí se albergaban los trabajadores del colegio: Pheko y otros dos cuyos nombres Paul ignoraba, así como un número indeterminado de mujeres uniformadas que se encargaban de hacer las camas, barrer los pasillos, preparar las comidas y servir las mesas. Sin nombre también.

Aunque a aquella figura que se perdía a lo lejos Paul sí la conocía por su nombre, desde luego: era Spier, con quien tenía clase de historia en la hora siguiente; pero si ya había sonado la campana, ¿por qué Spier se dirigía hacia allí en lugar de ir corriendo hacia las aulas?

Qué extraño.

Paul se presionó las cuencas de los ojos con sus huesudas muñecas para que no lo delatara ninguna lágrima y desanduvo el camino cruzando por la tierra rojiza del patio de recreo. Dejó a un lado el chozo de cañas en su centro, que hacía las veces de quiosco de golosinas, así como el arco encalado cercano del que colgaba la campana del colegio. Y mientras se encaminaba hacia la hilera de edificios de ladrillo que albergaban las aulas, tan rojizos como el mismo patio, cuatro de sus implacables compañeros corearon jubilosos de nuevo:

—¡Soutpiel! ¡Soutpiel!

Dos

Me he detenido para hacer pis y, de pie al borde de la carretera, reparo en una serie de piedras, en la tierra junto a mis pies, con el color de la sangre reseca la mayoría, casualmente agrupadas en torno a unos palitos blancos a modo de paréntesis. Me viene a la memoria la sentencia de mi madre.

«Los palos y las pedradas duelen, pero las palabras se las lleva el viento.»
¿Seguro, mamá?

Me subo la cremallera y le doy un puntapié furtivo al palito más cercano, uno que parece más hueso que madera, de tan decolorado que está por el sol. Luego oigo que un vehículo se acerca: el polvoriento Ford que yo venía observando por el camino, de manera intermitente, a través del espejo retrovisor.

El coche reduce la velocidad y veo que en su interior hay tres pasajeros. Ellos me miran a su vez; el descarado de sus miradas, al pasar al ralentí, hace que me sienta juzgado. Señor mayor, raza blanca, solo al pie de la carretera, que acaba de evacuar. Conozco las historias que corren por ahí. Emboscadas. Secuestros. Gente a la que matan para robarles la cartera, el portátil, la ropa, el coche de alquiler. La pasmosa insignificancia de la vida del ser humano en Sudáfrica. Y ese coche que se desvanece a lo lejos está ya viejo sin duda; y mal cuidado. Por no hablar del color de piel de sus ocupantes.

Subo a toda prisa a mi coche y arranco. Ay, ya he vuelto, vaya que si he

vuelto, ¡y de qué manera! Aunque en lo que respecta a una posible emboscada, ¿qué debería temer más? ¿El presente? ¿O el pasado?

Me dispongo a quitar el freno de mano y, al hacerlo, me asalta otra pregunta. ¿De verdad seré capaz de ayudar a los fantasmas de ese pasado, incluido mi yo de la infancia, a encontrar paz y liberación, gracias a un impulsivo viaje? ¿O —al igual que quizá estén haciendo esos tres, carretera adelante— mis fantasmas continuarán agazapados al acecho? ¿Seguirán atormentándome?

No soporto pensarlo siquiera, así que procuro centrarme en el presente, en la reminiscencia de cada árbol y cada peñasco bruñido por el sol de este presente, ahora que he dejado atrás Gauteng. El cielo infinito. La carretera totalmente recta, aunque llena de baches. Esa sensación que a menudo brinda el campo, de posibilidad. De abrirse por completo ante ti. Como un tesoro.

Al menos hasta que el sol empieza a ponerse y funde su ardiente resplandor en un sencillo disco rojo que se desliza, pulgada a pulgada, bajo el horizonte lejano, transportándome hasta una serie de atardeceres de principios de octubre que un niño de doce años llamado Paul —Harvey para sus compañeros— había vigilado atentamente en el pasado buscando señales de que el mundo quizá tocaba a su fin.

St Luke's no era un colegio de grandes dimensiones; al ser privado, anteponía la exclusividad al tamaño, un lujo que no podían permitirse sus equivalentes públicos. A ojos de un niño, sin embargo, el edificio principal parecía de una magnitud considerable. Me pregunto si hoy seguiría pareciéndolo. Se llegaba a él por una rotonda donde los padres podían aparcar sus vehículos cuando acompañaban a sus vástagos al colegio o los recogían. También allí había un atisbo de césped y algunos parterres: los dominios de Pheko. Luego la fachada cubierta de buganvilla de un edificio de ladrillo de dos plantas un tanto anticuado cuyos escalones rojos conducían a una doble puerta de madera oscura que, a su vez, se abría a un pasillo que discurría a todo lo largo del edificio y llevaba de nuevo al exterior, por otra serie de escalones que desembocaban en el patio de recreo. A la derecha de dicho pasillo se hallaba

el salón de actos, donde profesores y alumnos se reunían cada día antes del comienzo de las clases, donde se comía y donde, una vez al trimestre más o menos, se representaban obras de teatro o se proyectaban películas. A la izquierda se encontraban el despacho del director, la biblioteca, la enfermería, los servicios de la planta baja y las cocinas. Mientras que la planta superior, naturalmente, daba cabida a los dormitorios —cinco en total—, las duchas y otra serie de servicios.

¿Me olvido de algo?

Las aulas —de nuevo, cinco en total— ya las he mencionado, como también el quiosco, y, no muy lejos de éste, la campana, cuya función era regular la jornada escolar. Ahora caigo en que me he dejado la piscina, en el lado opuesto al edificio principal, donde estaban las aulas; y también la caseta deportiva, un edificio de madera que era el centro neurálgico de los campos de juego.

¿Alguna cosa más?

Desplazo la atención hacia el recinto cercado al otro extremo de los campos de juego, donde los profesores internos tenían sus viviendas. Cuatro casitas de una sola planta, todas construidas con el mismo ladrillo rojo que las aulas, todas con tejados verdes de zinc, pero con ventanas metálicas y puertas de madera en púrpura, el color distintivo del colegio; las cuatro dispuestas en torno a un pequeño cuadrángulo de césped, sobre el que han dejado tirados unos juguetes. Dos muñecas y unos minúsculos accesorios para el té desperdigados: tacitas, platitos, una jarrita de leche, una tetera. Stanford —uno de los profesores casados— tenía dos niñas pequeñas, claramente aficionadas a jugar a las casitas.

Pero no es a Stanford a quien busco. Es al soltero Spier al que quiero, de manera que es su puerta púrpura la que mi memoria cruza ahora velozmente.

Si bien por fuera la casita de Spier era idéntica a las otras tres, en su interior se respiraba otro ambiente; al menos en su despacho. El escritorio, por ejemplo, estaba infinitamente más desordenado que el del señor Stanford, o incluso que el del anciano MacWilliam. Además, sobre él no había ningún retrato de familia. Y tampoco los libros de sus estanterías eran todos volúmenes de aspecto erudito; muchos de ellos eran de tapa blanda, algunos

con cubiertas bastante chillonas, y Spier no tenía inconveniente en que los bajaras del estante y los ojearas. De hecho, te animaba a hacerlo, y sobre su desordenado escritorio había una libretita negra donde apuntaba los títulos que había dejado prestados y a quién.

Su «anti-biblioteca», la llamaba él.

Además, se peinaba sus cabellos castaño oscuro de cualquier modo y siempre los llevaba bastante más largos que los demás profesores, que en general parecían más mayores que él. Rara vez lucía corbata o chaqueta. Se subía las mangas de la camisa, en cuya pechera a menudo había manchas de tinta.

En resumen, se distinguía del resto de sus compañeros de profesión, por lo que su compañía resultaba mucho más estimulante. De haber conocido el término, Paul quizá incluso habría calificado a Spier de subversivo. Pero el término «subversivo» no formaba parte de su léxico. Todavía no.

—«DOS MUERTOS Y DECENAS DE HERIDOS —decía Spier, leyendo un artículo del diario del lunes a los seis alumnos que tenía sentados delante—
TRAS LOS DISTURBIOS OCASIONADOS POR RACISTAS BLANCOS EN ESTADOS UNIDOS.»

Spier, sentado en el borde de su desordenado escritorio, con una inestable pila de cuadernos de ejercicios al lado, levantó la vista del periódico para dirigirse a los seis muchachos.

—¿Qué hay detrás de esta noticia? —preguntó—. ¿Quién es James Meredith? ¿Alguno lo sabe?

La Tertulia de Cultura General se celebraba semanalmente, los jueves antes de cenar, y entre sus selectos participantes se encontraban Bentley, Lombard, Horton, Strover, Du Toit y Paul. Un grupo muy dispar, si bien Paul nunca se había planteado la razón por la que Spier los habría elegido a ellos en particular. Se conformaba con aceptar de buen grado que —¡por una vez!, ¡por fin!— él estuviera incluido. Aunque no supiera responder a las preguntas de Spier, como en ese momento.

—¿Nadie? ¿En serio? ¿Horton?

Horton, boquiabierto para variar —un vicio que, según algunos, había adoptado para provocar repugnancia dejando a la vista su baboso aparato dental—, se limitó a rebullirse en el asiento; y luego, por si a Spier se le ocurría pensar que quizá tuviera alguna aportación que hacer, cerró la boca de golpe y porrazo.

—¿Strover?

Pero Strover, si acaso, habría leído la sección de deportes.

Los únicos que quizá podían responder a la pregunta de Spier eran Bentley y Lombard. Lombard, porque era el más inteligente de la clase; Bentley, no sólo en calidad de delegado del curso sino también del dormitorio. Sin embargo, antes de que Spier se dirigiera a ninguno de los dos, Du Toit, que estaba sentado al lado de Paul, distrajo la atención del profesor al intentar pasarle a su compañero un papelito en el que había escrito algo a toda prisa.

—¡Ah, Du Toit! —exclamó Spier, de pronto sonriente—. Sabía que podía contar contigo. De todos modos, en lugar de intentar chivarle la respuesta a Harvey, ¿por qué no nos ilustras tú directamente? Adelante, ¡no te cortes!

—Lo siento, señor Spier —se disculpó Du Toit, guardando disimuladamente la nota en el bolsillo—, pero era Harvey quien quería decirme algo a mí, así que la verdad es que no estaba escuchando. Ha sido culpa mía. Lo siento.

—¡Cielos, Harvey! —dijo Spier, trasladando suavemente su risueña atención hacia Paul—. Haces mal, porque todos conocemos bien las dificultades de nuestro amigo Du Toit para concentrarse cuando algo no le concierne directamente. Deberías ser más considerado.

Entonces, antes de que nadie pudiera añadir o sugerir nada, Lombard se descolgó con la respuesta que Spier estaba esperando.

—Señor Spier, ¿ese tal Meredith no es el que tiene a todo el mundo mosqueado porque en realidad no lo quieren en su universidad? ¿El jaleo no ha venido por eso?

—¡Por fin! —exclamó feliz Spier—. Pero ¿por qué dices «su» universidad? Además, Lombard, que ha habido muertos, ¿eh? Yo creo que llamarlo «jaleo» quizá se quede un poco corto. *Ja*, ¿Bentley? Estás muy

calladito esta tarde. ¿Nada que añadir?

—Bueno, que esa universidad pertenece a uno de los estados del Deep South —contestó el delegado—. Misisipi, creo.

A partir de ahí el debate tomó vuelo, libre ya de los confines del despacho de Spier, con sus paredes repletas de libros, para campar a sus anchas en el mundo exterior, una de las expresiones favoritas de Spier, quien opinaba que sólo transportándote de ese modo podías aspirar a comprender tu realidad cercana. De eso trataba precisamente la cultura general, como le gustaba decir. Del mundo exterior. De aplicar lo aprendido allí a tu propio terreno. Aunque él no siempre aclaraba las conexiones, prefería que sus pupilos ataran cabos por sí solos.

—¡Exacto! —prosiguió Spier, instalándose más cómodamente sobre el escritorio, con un movimiento que delineó por un instante sus prietos muslos, enfundados en la franela gris del pantalón—. Un estudiante de raza negra llamado James Meredith se matriculó recientemente en la Universidad de Misisipi. ¿Por qué es noticia esa información? Porque en esos estados del Deep South, antiguamente esclavistas, se practica la segregación. Lo que aquí denominamos *apartheid*. ¿Me seguís?

Seis diligentes cabezas asintieron al unísono.

—Y el tal James Meredith —prosiguió Spier—, quien anteriormente ya había llevado al gobierno central a los tribunales, un caso que, por cierto, ganó, cuestionando su derecho a impedirle matricularse en la universidad de su elección, se matricula en un centro donde la actitud de los blancos (como buenos sureños, los habitantes de Misisipi creen en la segregación, la mayoría) le ha obligado a acudir al campus escoltado y bajo vigilancia. Las inevitables protestas dieron lugar a revueltas, hubo que llamar al ejército y de ahí el titular que nos ocupa.

Spier levantó el periódico del que había citado anteriormente y lo abrió por una de sus páginas interiores.

—Sigo leyendo: «Los estadounidenses consideran una afrenta que los comunistas, particularmente Moscú, pretendan instrumentalizar la situación. En su opinión, lo ocurrido en Misisipi ha llevado al mundo exterior a formarse una opinión errónea de los grandes pasos dados por el gobierno y

los ciudadanos del país para resolver los problemas raciales, particularmente en los estados del Sur. En las Naciones Unidas, los estadounidenses...». — Llegado a este punto, Spier levantó la vista—. ¿Recordáis que en la última tertulia hablamos de las Naciones Unidas? «En las Naciones Unidas, los estadounidenses consideran también que la firmeza y resolución de las acciones emprendidas por el presidente Kennedy para defender la ley en pro de la desegregación a escala nacional demostrará a los rusos que Estados Unidos es capaz de emplear la misma firmeza y resolución para tratar asuntos internacionales como los de Berlín, Cuba y demás conflictos entre Oriente y Occidente».

Ésa debió de ser la primera vez que se mencionaba Cuba, aunque, dado el enrevesamiento de aquel artículo, nadie lo advirtió. Paul se preguntó si alguno de sus compañeros habría entendido el mensaje mejor que él. O si habría captado, como había hecho él, la referencia que se hacía al «mundo exterior».

En el extremo del semicírculo de sillas dispuestas ante el escritorio de Spier se hallaba sentado el pelirrojo y pecoso Horton, boquiabierto una vez más, enseñando su aparato dental pringado de babas. A su lado estaba el fornido Strover, un fanático de los deportes que transmitía una inconsciente agresividad; inconsciente porque, de hecho, en general era por naturaleza poco agresivo, plácido incluso; por ponerlo en términos bovinos, una vaca rumiante más que un toro bravo. Luego venía el aplicado Lombard, con sus gafas y su cara de posible aprovechamiento. Y a continuación la funesta presencia de su vecino Du Toit, a quien Paul evitaba mirar; y a la izquierda de Paul, el callado pero atento Bentley, que fue el siguiente en hacer su aportación.

—Entonces, ¿quién está infringiendo la ley? —preguntó—. Si en esos estados sureños hay una ley, pero el gobierno central ordena otra cosa, ¿quién lleva razón, señor Spier?

Sorprendentemente, Strover tenía su opinión al respecto.

—Pues el gobierno, tonto.

Lombard, sin embargo, no estaba tan seguro.

—Pero si en tu estado las cosas se hacen de otro modo —replicó—, si

sólo atiendes a lo que dice el gobierno central, estás infringiendo tus propias leyes, ¿no?

—¿No os parece que aquí hay una dimensión moral en juego? —planteó Spier, azuzándolos—. ¿Una ley más elevada?

—Bueno —dijo Du Toit, que siempre intervenía tardíamente en aquellos debates—, hay que tener en cuenta la naturaleza humana. Mi padre dice que lo que quiere la gente es estar con su gente, que pasa en todas partes del mundo, y que cuando eso no se tiene en cuenta, surgen problemas, y graves a veces.

—¡Válgame Dios! —exclamó Spier, que en ese momento ya había abandonado su escritorio y deambulaba por el despacho—. ¿Quieres decir que tu padre...?

Pero entonces lo interrumpió Stover.

—Señor Spier, ¿no podríamos dejar el tema y hablar un poco del combate? *Ag*, por favor, señor Spier. ¡Por favor!

Stover se refería, cómo no, al combate de boxeo librado entre Sonny Liston y Floyd Patterson, otra noticia más llegada de Estados Unidos en aquellas fechas. Algo que, además, tenía muy alterado a Stover. ¿Por qué había sido tan desigual la pelea? ¡Y ese K.O. en el primer asalto! Al parecer, el tercero más rápido en toda la historia mundial del boxeo en la categoría de pesos pesados. Increíble, ¿no?

Entonces intervino Lombard, como a menudo solía, dejándolos fuera de combate a todos.

—¡Señor Spier! ¿Ha visto la hora que es? Cenamos en diez minutos.

Spier consultó su reloj de pulsera antes de dirigirse hacia la puerta.

—¡Cierto! —afirmó—. ¡Andando, pues! Y a ver si este fin de semana nos esforzamos un poquito y leemos el periódico, haced el favor. —Se hizo a un lado junto a la puerta abierta para dejarles paso—. ¿De acuerdo?

Por lo general, era Du Toit quien encabezaba la estampida para salir del aula, y con tal celeridad que cualquiera hubiera dicho que acababa de declararse un incendio y no que corrían en pos de, pongamos, unas judías con tomate sobre una tostada fría, un vaso de leche y, con un poco de suerte, un postre. O tal vez unos «huevos de rana», como denominaban a la tapioca.

Aquel día, sin embargo, Du Toit se contuvo y fue Bentley, con el pelo despeinado y levantado en la coronilla, el primero en abandonar el aula. Detrás fueron Horton, el ufano Strover, Lombard y, por último, Paul.

—Te veo muy pensativo, Harvey —observó Spier—. ¿Todo bien?

—¿Eh? Ah, perdone, señor Spier —dijo Paul.

—Incluso triste —puntualizó el profesor, clavando en él sus intensos ojos castaños—. ¿Me equivoco?

—¿Cómo dice?

Sotto voce, Spier —que había alargado la mano para atraer hacia sí a Paul al pasar—, añadió:

—No te dejes intimidar, muchacho. Sé tú mismo. Y tú, Du Toit —pues en ese momento entraba en escena el susodicho—, si quieres pasar notitas en mi presencia, procura que no te vea.

—¿Notitas? —replicó Du Toit, fingiendo asombro—. No sé a qué se refiere.

—A esa nota que pretendías pasarle a Harvey —dijo Spier—. La que todavía guardas en el bolsillo, imagino.

—¿Bolsillo, señor?

Spier alargó otra vez la mano, y Paul se fijó de nuevo en el vello que se extendía en diagonal por el dorso, desde el pulgar hasta el meñique. Un vello exuberante, como el que poblaba los antebrazos de Spier.

—Dame esa nota.

—Pero, señor...

—Venga, Du Toit, aligera, a menos que también quieras llegar tarde a la cena.

Du Toit vaciló, pero sólo por un instante.

—«*Die rooi gevaar*» —musitó Spier, pensativo, leyendo la nota de marras que Du Toit acababa de entregarle—. ¡Vaya, vaya, con que «el peligro rojo»! ¡Así que estabas prestando atención la otra semana, cuando tocamos el tema de la Guerra Fría y el temor occidental a todo lo rojo! —Spier miró a Paul—. Aunque no me explico por qué quiere que seas tú quien me pregunte sobre los comunistas. Si él mismo podría preguntármelo fácilmente, incluso más fácilmente. —Volvió la vista hacia Du Toit—. A

menos que pensaras que podríamos buscarnos un lío por hablar de esas cosas y quisieras que aquí el amigo Harvey pagara el pato. ¿Era eso?

—¿Perdone?

—Porque si así fuera, te ruego que recuerdes que lo que se habla en Cultura General siempre quedará entre estas cuatro paredes. Entre nosotros. Esta nota, Du Toit... —Spier hizo una bola con ella antes de lanzarla en dirección a su ya repleta papelera—..., además de desagradable, es innecesaria. ¿Entendido?

—Sí, señor. Lo siento, señor Spier.

Momentos después, mientras Du Toit sorteaba con Paul las muñecas y el juego de té en miniatura desperdigados sobre el césped, añadió:

—¡Maldito Spier! ¿Para qué sirven estas ridículas tertulias?

La pregunta, ya de por sí, daba tanto que pensar que Paul no habría sabido cómo responderla, ni siquiera en el caso de que la campana no hubiera anunciado en ese momento la hora de la cena, obligándoles a la temeridad de cruzar a la carrera por la zona prohibida, a través de los campos de juego.

Cuando llegaron al edificio principal, con la respiración entrecortada y el costado dolorido, se encontraron al regordete profesor de ciencias plantado en lo alto de las escaleras, supervisando que la entrada al comedor se hiciera de forma disciplinada. Una fila por clase.

—Qué, por los pelos, ¿no? —observó Botma mientras Du Toit y Paul, todavía jadeantes, pasaban por su lado—. Suerte habéis tenido de que el señor Stanford no esté de guardia, porque seguramente ya os habría castigado.

—Lo siento, señor Botma —se disculpó Paul—. Nos hemos...

—Nos ha entretenido el señor Spier —interrumpió Du Toit—, en Cultura General.

—¡Acabáramos! —Botma rió con sorna—. ¡La cultura! Claro, por algo dicen que saber tanto no es bueno.

Paul se sentaba a la misma mesa que Du Toit, aunque como éste ocupaba un lugar cercano a la cabecera, entre Paul y Du Toit siempre estaba el grueso del club de éste: Horton, Strover y Lombard, de Cultura General. Y Labuschagne, Kintock y el Babosa, que nada tenían que ver con el círculo de

Spier. Así pues, una vez que Botma hubo bendecido la mesa —con una retahíla de latinajos apenas comprensibles recitados de corrido—, no hubo lugar para indagar sobre la misteriosa nota de Du Toit. Todo siguió el curso de siempre, y Paul tuvo que aguantar la humillación habitual de ver cómo su plato pasaba de mano en mano entre todos los miembros del club hasta llegar al delegado del comedor, quien, aunque no era muy amigo de Du Toit, se las ingenió para servir a Paul un poco menos que a los demás.

¿O eran imaginaciones suyas que Eedes siempre le servía menos que a los demás? Eso habría dicho su madre. Y su padre, por descontado. «Déjate de monsergas, jovencito.»

¡Ya quisiera él! Con los ojos escocidos por las lágrimas de nuevo contenidas, Paul contempló con desgana las judías estofadas que tenía en el plato mientras alrededor sus compañeros de mesa se pedían el pan y la confitura, que no se zamparan toda la leche, que apartaran los codos, ¿y qué te parece, eh? ¡K.O. en el primer asalto!

Después de la cena venía el suplicio, si bien menor, de los deberes, que tenía lugar en la misma sala una vez recogidas las mesas, penúltima tarea del día para el ejército de mujeres uniformadas a las que luego ya sólo les quedaría lavar los platos para concluir la jornada. Aquella obligada hora de estudio se veía, pues, subrayada por un particular acompañamiento acústico: primero los bolígrafos, rasgando el papel; luego las percutivas pisadas del profesor de guardia en su deambular por la sala —Botma nuevamente, que al ser el único docente que fumaba en pipa (que o bien iba sujeta entre sus dientes amarillentos o escondida en el bolsillo de su chaqueta)apestaba al pasar por tu lado—; y finalmente, desde el otro lado del pasillo, un leve y esencialmente melódico contrapunto: el tintineo de la loza, el chapoteo del agua, la «música» creada por las voces distantes de las sirvientas lavando los platos. No es que aquellas mujeres cantaran mientras llevaban a cabo su última tarea del día, pero su charla, en una lengua que Paul desconocía, existía para él sólo en función de su cadencia, al igual que las notas de una canción.

Si Du Toit hubiera deseado incordiar a Paul en ese lapso de tiempo, su trabajo le habría costado. Así que no fue hasta que se apagaron las luces del

dormitorio cuando el día asestó su golpe de gracia.

Hacía un calor impropio de la estación y habían dejado abierta la persiana central de la habitación, lo que permitió que el pedazo visible de firmamento frente a la cama de Paul absorbiera y dispersara sus preocupaciones. Du Toit, Spier. No sentirse integrado. *Soutpiel. Rooinek. Rooi gevaar*. La belleza de las estrellas centelleaba más que las pullas. «... las palabras se las lleva el viento.» Tal vez su madre llevara razón.

Pero, de repente, algo, alguien apareció junto a su cama. Unos cabellos rubios, lacios y brillantes, apenas vislumbrados. Unos dientes blancos y afilados.

Paul miró rápidamente hacia el otro lado para ver si Bentley se había dado cuenta. Pero el delegado estaba dormido.

Con el estómago en un puño, se volvió de nuevo.

—¿Qué? —masculló—. ¿Ahora qué pasa? ¿Otra vez vienes a insultarme? ¿O a decirme lo penosos que te parecen mis padres? Sólo porque son ingleses.

La difusa figura no se movió. Tampoco dio a conocer sus intenciones, en un primer momento. Si había rastro en aquel semblante de lo que esa sombra pretendía, Paul fue incapaz de descifrarlo en la penumbra. Sólo percibía el halo de sus cabellos. El destello de los dientes. Cierta sensación de urgencia.

De buenas a primeras, el rostro se acercó a él, como el rostro de su madre todavía hacía alguna vez cuando lo arropaba por la noche, como si deseara... Imposible. ¡Du Toit nada menos!

—¿Qué? —repitió Paul con voz de pronto estridente—. ¿Qué quieres?

Luego un murmullo apresurado, como un soplo de viento entre briznas de hierba, que concluyó diciendo:

—Un *ou* tiene derecho a cambiar de opinión.

Aunque la secuencia inicial no se había pronunciado con demasiada claridad, Paul captó perfectamente la naturaleza del ofrecimiento. ¡Y venía del mismísimo cabecilla del club! Cuando de costumbre, o al menos eso tenía entendido Paul, el encargado de invitar al club a los nuevos miembros era el brazo derecho de Du Toit.

—¿Por qué? —le preguntó con voz más estridente aún—. ¿Ha pasado

algo?

—Hay una vacante y punto —susurró Du Toit, retrocediendo por fin—. Además ya sé, porque tú mismo me lo has dicho, que lo estás deseando. Así que ahora no te hagas el tonto.

El difuso rostro ya había regresado a su punto de partida inicial, unos pasos atrás, aunque eso no impidió que el corazón de Paul continuara latiendo desbocado mientras el cabecilla del club reiteraba su invitación sorpresa enmarcado por el refulgente firmamento.

—Bueno, ¿qué? ¿Aceptas o no, Harvey? No te quedes ahí tumbado sin decir ni mu.

Tres

También en el presente hay estrellas, un parabrisas repleto de ellas. Estrellas tan fulgurantes que, pese a la ausencia de luna, hacen que el paisaje —llano, agreste y salpicado de esporádicos y raquíuticos arbolitos— se ilumine. Donde la tierra ha escupido rocas, éstas emiten pálidos destellos, como recuerdos.

Según el navegador, me quedan veinte kilómetros para llegar a mi destino. Unas quince millas, pues, trayecto durante el cual todavía..., bueno, todavía hay tiempo para que el Ford, agazapado en la oscuridad, me tienda una emboscada. ¿O será que se ha desviado ya, en dirección a algún asentamiento? Recuerdo oír a mi padre hablar en cierta ocasión de los negros con los que te cruzabas cuando viajabas por carretera, que parecían atravesar la inmensidad del paisaje caminando de la nada a la nada. Sin población alguna a la vista.

—¿Nunca se te ha ocurrido pensar —le dijo a mi madre, que iba sentada a su lado— que quizá les paga el gobierno? Para hacer eso, para que deambulen por ahí de esa manera. Así dan color local. Crean ambiente.

Ahora, en cambio, esa misma gente, poco más o menos, es el gobierno. La nación arcoíris, como decía Tutu. Las cosas han cambiado. ¿O acaso ese polvoriento Ford, sea cual sea la intención de sus ocupantes, indica que, al igual que yo, el país no se ha sacudido del todo el implacable y extenuante yugo del pasado?

—No lo entiendo —decía la madre de Paul—. La señora Merinkavitch bien que se las apaña, y eso que apenas le presta atención al jardín, lo deja todo en manos del mozo. Que, por cierto, tiene una cara de pánfilo...

Llevaba puesto su habitual atuendo de jardinera: una falda larga de color parduzco que en otro tiempo había usado para vestir, una blusa sencilla, unos zapatos de tacón bajo con la piel ya desgastada y, por supuesto, un sombrero de paja de ala ancha, para protegerse del temido calor, que ocultaba la delicadeza de sus ondulados y oscuros cabellos. En la mano enguantada sostenía una pequeña pala.

—En Inglaterra —prosiguió—, la abuelita siempre alababa lo bien que se me daban las plantas. Pero este clima...

Se agarró al hombro de Paul, pues estaba arrodillada sobre un pedazo de arpillera ante el parterre en cuestión, y se apoyó en él para levantarse.

—En Inglaterra uno ansía el sol. Toda casa buena que se precie mira al sur. Allí la falta de lluvia nunca es un problema. Bueno, casi nunca. Todo crece solo. Crece y crece, lo quieras o no. Aquí, en cambio...

Dejó caer sobre la falda la palita que sostenía en la mano y se manchó de tierra.

Paul vivía con sus padres en un pequeño pueblo considerado en general de mayor categoría que otros asentamientos similares de la periferia de Pretoria. Las parcelas de mil metros, habituales en otras localidades, no existían en el refinado Nellmapius. Allí las parcelas más pequeñas tenían una extensión mínima de cuatro mil metros cuadrados, razón por la que abundaban los árboles; y dado lo deseable de la vegetación en el árido Highveld, deseable era también Nellmapius. Un pueblo encantador, decía la gente. Tan distinto de los que lo rodeaban, tan..., en fin, tan inglés, quizá. La clase de lugar donde alguien con la categoría de Peggy podría sentirse en casa.

—¡De verdad que no hay manera! —concluyó, señalando con la palita hacia sus margaritas del Transvaal, cada vez más mustias—. No sé para qué me esfuerzo.

Paul, siempre deseando infundir ánimos, contestó, optimista:

—Pero si la gente siempre está diciendo lo bonita que tienes la casa. Todo el que viene de visita lo dice.

La casa, aquella vivienda de una sola planta en la que habitaban, era una edificación mediocre; en absoluto deseable ni encantadora. Aun así, Paul tenía razón. A fuerza de *chintz* y roble, de alfombras persas y ornamentos con cierto aire antiguo y cuadros a menudo con paisajes de la campiña inglesa, Peggy se las había ingeniado para hacer de aquella casa su baluarte. El único aspecto africano de la vivienda, aparte de su arquitectura —las ventanas metálicas, el tejado de zinc rojo—, era Mosa, la criada.

Cada mañana, Mosa salía de la parte trasera del garaje, donde ocupaba un cuarto que despedía un fuerte olor a parafina y que, a diferencia de la recargada casa, estaba amueblado con lo mínimo: sólo una silla, unos ganchos en la pared para colgar la ropa y una cama individual apoyada sobre ladrillos con el propósito, según Mosa le explicó una vez al atónito Paul, de ahuyentar a un espíritu maligno llamado *tokoloshe*, quien gustaba, entre otras cosas no especificadas, de morderte los dedos de los pies mientras dormías. La única forma de defenderse contra él era poner esos ladrillos, ya que como el *tokoloshe* era tan pequeñito, a Dios gracias no podía trepar por ellos.

Mosa dejaba atrás las estrecheces de sus irrespirables y potencialmente mortíferas dependencias para ocupar su puesto de buena mañana en la cocina y preparar el primer té del día. Luego llevaba la tetera, en una bandeja que dejaba preparada la noche anterior, a la habitación de matrimonio; aunque, desde que Paul estaba en el internado, en periodo lectivo sólo experimentaba el ritmo de la vida en el hogar de los Harvey durante los *exeats*, los días que los internos tenían permiso para salir del colegio y pasarlos con sus padres o familiares.

Los domingos, ese ritmo era el siguiente: su padre, después de haber recogido a Paul en el internado, se encerraba toda la mañana en su taller anexo al garaje, mientras Peggy daba órdenes a Mosa en la cocina o cuidaba de su desesperante jardín. Luego, un contundente almuerzo servido en la mesa de roble del comedor, pues los Harvey ni siquiera en pleno verano salían al *stoep* a comer, ni hacían barbacoas. Preferían sentarse a una mesa

como es debido y disfrutar de un asado contundente, un surtido de verduras y un postre especial, todo ello servido por Mosa. A la comida le seguía un periodo de obligatorio silencio, que Paul debía pasar en su habitación. Luego venía el té en la salita —que Peggy servía en persona, puesto que a esa hora Mosa quedaba «excusada»—, durante el cual Paul estaba obligado a comer tantos sándwiches, los sándwiches siempre primero, y tantos pasteles («¡Venga, hijo, que te vas a quedar escuchimizado!»), que cuando llegaba la hora de montarse de mala gana en el coche para que Douglas lo llevara de vuelta a St Luke's, el terror que de costumbre lo embargaba al tener que abandonar el amparo del hogar para enfrentarse a otra semana escolar se agravaba con tal indigestión que hasta le dolía el estómago. A veces incluso le daban arcadas.

Sin embargo, el fin de semana posterior a la insólita invitación nocturna de Du Toit, la vida, de hecho, no había seguido su curso habitual. En consonancia con lo extraño, lo sorprendente, lo pasmoso de aquella invitación, abundaron las anomalías, empezando por el partido de cricket del sábado contra el KGPS, acrónimo del King George Preparatory School, el colegio de primaria asociado al St Luke's. Dado que el partido se celebraba en casa, después de las clases de la mañana y del almuerzo, los alumnos mayores que no formaban parte del equipo debían presentarse en el campo para jalearse a los once jugadores seleccionados. Allí se habían congregado también algunos padres, ellos con pantalón corto y camiseta la mayoría, y ellas con vestidos de verano, igualmente informales, cuya atractiva paleta de colores contrastaba con el preponderante verdor del campo. A excepción de un pálido padre, que destacaba sobre los demás con su traje beige, y una pálida madre, con la falda hasta los tobillos, cuando todos los vestidos a la vista llegaban por encima de la rodilla. Padres que despertaron en Paul, mientras corría hacia ellos —al verlos siempre solía romper a correr—, el deseo de que fueran distintos. O mejor dicho, no tan distintos. Eso era lo que deseaba, a decir verdad. Que no llamaran la atención.

—¡Hola, cariño! ¡Por Dios, qué sofocado vienes! —dijo Peggy, plantándole el beso de rigor en la sudada frente, algo que a Paul tampoco le hacía ninguna gracia—. ¿Por qué siempre tienes que correr así?, ¿no puedes

andar?

Douglas, a Dios gracias, era menos efusivo. Se limitó a levantar ligeramente la mano, distraído como estaba conversando con Spier.

—¿Qué tal el examen del lunes? —prosiguió Peggy—. ¿Lo llevabas bien preparado? Porque el domingo pasado no las tenía todas conmigo. ¿Y los pasteles que te preparé? ¿Te han durado toda la semana?

En ese momento, una pesada mano se posó sobre el hombro de Paul reclamando por sorpresa su atención y oyó una voz grave que le preguntaba, con retumbante acento afrikáans:

—Tú eres Paul, ¿verdad? Te he reconocido por la descripción que me hizo Andre. No te hagas el sorprendido. Uy, si supieras la de cosas que me ha contado sobre ti.

Paul levantó la vista y se encontró ante unos felinos ojos verdes, enmarcados en un rostro quemado por el sol.

—A lo que iba: quisiera saber si te gustaría pasar el *exeat* de mañana con Andre. En nuestra casa, me refiero.

Douglas y Spier se habían quedado callados.

—Lo siento, pero no creo que nos... —Fue Peggy quien rompió el silencio.

—Koos. Koos Du Toit —se presentó el hombre, tendiendo un fornido brazo. Luego se volvió para estrechar también la mano de Douglas, al tiempo que dirigía un breve saludo con la cabeza a Spier—. Buenas, Spier —dijo, y luego carraspeó—. No quisiera poner a su hijo en un brete ni nada por el estilo, pero como mi hijo y él son tan buenos amigos, o eso viene diciéndome Andre, señora... Harvey, ¿no es cierto?

—Llámeme Peggy, por favor —dijo la madre de Paul.

—Y yo soy Douglas —se presentó el padre de Paul.

—A mí ya me conoce —dijo Spier.

—Ag, a usted lo conocemos todos, señor Spier —dijo el padre de Du Toit, y soltó una carcajada estruendosa—. Está en todas partes. —Su mirada, sin embargo, seguía fija en Peggy—. Bueno, ¿qué me dice, entonces?

«¡Primero Du Toit junto a mi cama», pensó Paul, «y ahora su padre! ¿A qué viene esto?»

También Peggy parecía sorprendida.

—Es muy amable por su parte —le estaba diciendo, con una mirada que Paul no recordaba haber visto antes en aquellos ojos suyos gris verdoso, tan juiciosos por lo general—, pero lamento decir que mañana ya tenemos planes.

—¿Ah, sí?

Peggy lanzó una mirada a su marido que a Paul sí le resultó familiar.

—¡Por Dios, Douglas! ¡No me digas que lo has olvidado! El padre Ashley..., ¿no te acuerdas?... Y Simon. Simon viene también. Pero si ya tengo hecha la compra y todo.

—¿Simon? —intervino Spier—. ¿No se referirá por casualidad a Simon Tindall, verdad?

—¿Por qué? —preguntó Peggy—. ¿Lo conoce?

—Un poco.

—¿No le digo? —saltó el señor Du Toit—. Nuestro querido Spier está en todas partes. Pero, a ver, Peggy, hágame el favor: para los que no estamos metidos en todos los fregados, ¿se puede saber quién demonios es esa gente?

Paul observó al corrillo de personas que lo rodeaban. El desaliño de Spier, con aquellos manchurroneos de bilioso verdín en la pechera de la camisa arrugada; la delicadeza de su padre, con sus ojos azul lechoso y sus cabellos color zanahoria; la..., bueno, la elegancia, diría él, de su madre, aun cuando llevara aquellas faldas largas y severas por demás; y por último, si bien no por ello menos importante, el señor Du Toit, con su ceñida y bien planchada camisa caqui de manga corta, a juego con los también cortos pantalones, y aquellas chanclas que calzaba, exhibiendo en suma un exceso de carne a todas luces indecente. Spier al menos llevaba pantalón largo.

Peggy, entretanto, con una mano posada sobre la coronilla de Paul —se había arrimado a él después de que el señor Du Toit le pusiera la mano en el hombro—, estaba dando explicaciones de por qué no podía aceptar su invitación. Desde que la malaria se había llevado al otro mundo a la mujer del padre Ashley y el pobre tenía que bregar solo con el cuidado de su único hijo, a Douglas y a ella les gustaba invitarlo a comer los domingos, siempre que podían, para así aliviar un poco la carga que un día de precepto suponía ya de

por sí para un párroco, como si el pobre hombre no hiciera bastante por Nellmapius. Además, como se daba la circunstancia de que también era inglés, no contaba con ningún pariente en el país que pudiera echarle una mano con Simon. Con la cruz que era el muchacho. Como, seguramente, ya sabría el señor Spier.

—O sea, todo un rebelde —observó el señor Du Toit— para ser hijo de un párroco. O amigo de un profesor, incluso. ¿De qué se conocen ustedes dos, Spier?

—Ah, pues sólo de que jugábamos en el mismo equipo universitario.

—Pero, claro, también es verdad que no debe de ser fácil quedarse sin madre —prosiguió Peggy, intensificando la presión de la mano sobre la coronilla de Paul—. Supongo que quizá no es de extrañar que a Simon le haya dado por la política. En fin, que más razón, creo yo, para invitar a comer al pobre del padre Ashley siempre que podemos. En familia.

—Sin olvidar —añadió Douglas— lo mucho que disfrutas teniendo a alguien con quien hablar de Inglaterra. ¿Verdad, querida?

—Y tú también, ¿no?

—Bueno, en resumidas cuentas —dijo el señor Du Toit, levantando sus fornidos brazos con aspaviento de derrota—, que me vaya con la música a otra parte y lo de mañana, nanay. Entendido. Pero, háganme el favor, me encantaría de todos modos que Paul viniera a casa algún día. ¿Qué tal el domingo que viene? Podría recogerlo yo mismo cuando viniera a por Andre y luego sumarse ustedes, y hacíamos un señor almuerzo todos juntos. No puedo prometerles que hablemos de Inglaterra, porque nunca he estado allí, pero sí puedo mostrarles un pedazo de la auténtica Sudáfrica. En el Transvaal ha habido Du Toits desde antes de que lo declararan república la última vez. República bóer. Bueno, ¿qué me dicen?

—¿Y bien, Peggy? —consultó Douglas a su mujer—. No vamos a invitar al padre Ashley a comer dos domingos seguidos, ¿no?

—Ay, Señor —dijo Peggy, que ya había apartado la mano de la cabeza de Paul y se atusaba, nerviosa, el pelo—. Es que así, tan por sorpresa, no sé qué contestar.

—Pues que sí, espero —repuso el señor Du Toit—. ¿O eso ya quiere

decir que sí? Con ustedes los ingleses uno nunca sabe.

—*Over!*

La exclamación del árbitro no sólo sirvió para impulsar el cambio de posición de los *fielders*, sino también para poner punto final a la charla. Tanto Spier como el señor Du Toit desaparecieron cada uno por su lado, mientras que Peggy, reparando con el aviso del árbitro en que ya no podrían quedar muchos más *overs* de allí al final del partido, salió apresurada hacia la caseta para ayudar con los preparativos del té.

Y retomando el hilo de nuestra historia, en este momento se disponía a salir apresurada de nuevo y a abandonar sus decepcionantes margaritas.

—¡Cielos! —exclamó al mirar el reloj—. Tengo que ir a ver cómo va Mosa antes de que haga algún estropicio con la comida. Anda, Paul, cariño, sé bueno y mete todos los utensilios de jardinería en el garaje, ¿eh? —Le tendió los guantes y la palita, y luego añadió—: Oye, ese hombre con la piel tan quemada por el sol y el pelo cortado a cepillo, el señor Du Toit, lo mirabas muy raro ayer.

—¿Yo? ¡Qué va!

—¿Y su hijo? Nunca me lo habías mencionado. ¿Andre, no, era? ¿O se me ha olvidado que me has hablado de él? ¿Desde cuándo sois amigos exactamente? —Viendo que Paul no contestaba, añadió—: Porque si haces algún amigo especial, tienes que decírnoslo, por lo que más quieras. Nos gusta estar enterados de esas cosas. Tú lo eres todo para nosotros, ¿sabes? Siempre lo has sido, y siempre lo serás.

Peggy se vio interrumpida por una voz procedente de la puerta trasera: Mosa, implorando clemencia.

—¡Señora, el pollo!

—¡Lo sabía! —dijo Peggy con resignación—. Qué sinvivir. Y tú no te entretengas tampoco, hijo. La arpillera guárdamela también, ¿eh?

Pero Paul, alterado como estaba al comprender que, tarde o temprano, tendría que encontrar el modo de contarle a Peggy lo de Du Toit, sí se entretuvo un momento. Por un lado, se moría por alardear de que formaba parte de un club. ¿Qué mejor prueba de que, por fin, se había integrado? ¿De que había conseguido lo que sus padres siempre habían deseado? Pero, por

otro lado, no creía que el reglamento de ese club fuera del gusto de Peggy, ni de Douglas; a decir verdad, de Douglas menos aún. Integrarse sólo para estar a expensas de otro, y teniendo que demostrar continuamente tu valía: ¿acaso eso contaría como integración para ellos?

Paul lo dudaba.

Y había algo más sobre lo que dudar: ¿de verdad Du Toit, que había aparecido hacía nada junto a su cama, le habría dicho a su padre que eran tan buenos amigos? ¿Tan rápido? ¿En qué se basaba? ¿Y por qué?

Sofocado de pronto, y no sólo a causa del calor, agarró del suelo la arpillera de Peggy y se dirigió preocupado hacia el garaje buscando un poco de fresco.

—¡Hombre, hola! Qué, vienes a vigilar al viejo, ¿no? ¿A ver qué demonios anda haciendo en ese ridículo taller suyo?

Douglas una vez le había confesado a Paul que, de joven, soñaba con ser ingeniero, que había entrado en el mundo de los seguros sólo porque su padre no podía costearle una carrera. De ahí que, los fines de semana, Douglas sintiera el reclamo de un anexo del garaje calcado al que, en su parte trasera, ocupaba el cuarto de Mosa. Allí Douglas disfrutaba diseñando y creando artilugios domésticos para Peggy. O juguetes para Paul: entre los más recientes, una artesanal pista para coches de carreras, que se había desplegado en el interior del garaje. No había otro espacio donde colocarla. Aunque a decir verdad Paul, poco entusiasmado con su rústica factura y su irregular funcionamiento, apenas jugaba con ella. Como tampoco Peggy hacía un uso continuado de los artilugios domésticos con que su marido la obsequiaba, muchos de los cuales tampoco funcionaban demasiado bien y terminaban abandonados a su vez en el garaje, acumulando polvo tristemente sobre algún estante.

En el taller del garaje había multitud de estantes, hileras de ellos, distribuidos por encima, a los lados y detrás del baqueteado banco de trabajo sobre el que en ese momento Douglas encorvaba sus espaldas: estantes para las herramientas, para los clavos y los tornillos, para las pinturas, los cepillos, las cuerdas y el papel de lija. Douglas nunca se desprendía de nada, por muy oxidado, estropeado o torcido que estuviera.

—Bueno, confío en que me guardes el secreto —prosiguió en tono conspiratorio—, pero estoy preparando un regalito para el cumpleaños de tu madre.

Douglas extrajo del torno un tubo de metal terminado en punta y, mientras Paul devolvía a los abarrotados estantes los útiles de jardinería de Peggy, lo puso en alto.

—Sirve para plantar bulbos, ¿ves? Todavía no le he pegado el mango, pero hincas el tubo en la tierra, haces el agujero, dejas caer el bulbo en su interior y *voilà!*, el jardín se te llena de colores primaverales. O al menos ésa es la idea. —Mientras hablaba, recorría con la mirada el banco de trabajo como si buscara algo—. Tu madre le dedica tanto tiempo a esas plantas —dijo, con sus ojos azul lechoso saltando de un lado a otro—, y tiene tan mala suerte con ellas, que si está en mi mano hacer algo, horticulturalmente por así decirlo... En fin, que me gusta colaborar, eso es todo.

Volvió a colocar el artilugio en el torno con una mano y llevó la otra a lo que había estaba buscando: un paquete de cigarrillos. Furtivo, ya que supuestamente Douglas había dejado de fumar.

—Por cierto, ahora que hablamos de tu madre —dijo a continuación, entre una nube de humo—, ¿ha mencionado algo sobre el señor Du Toit? Ya sabes, el padre que conocimos ayer en el partido. El afrikáans de pelo rapado.

A Paul se le encogió el estómago; pero, de hecho, Douglas continuó hablando sin detenerse a tomar aliento.

—Porque si lo menciona, o cuando lo mencione, quiero que no te tomes muy al pie de la letra lo que te diga. El problema con tu madre es..., bueno, ya sabes que ella nunca se ha sentido del todo a gusto en este país. Sobre todo desde que salimos de la Commonwealth, desde que nos convertimos en república. Y luego, para colmo de males, todo el revuelo aquel de Sharpeville, cuando tu abuela, como recordarás, se empeñó en que te metiéramos en un avión y te fueras a Inglaterra a vivir con ella. Porque aquí ya no estábamos seguros, pensaba ella. Y no muy acertadamente, desde luego, más bien tenía que ver con su propia soledad desde que tu abuelo se fue de nuestro lado. En fin, sea como sea, jovencito, el caso es que hay que comprender que tu madre tiene un punto, sólo un punto, de prejuicio contra

los afrikáans. Y como sudafricanos, que es lo que somos ahora, tú más que ninguno, no podemos permitirnos esos prejuicios, ¿verdad? Hay que integrarse.

Douglas sacudió la ceniza del cigarrillo sobre el hormigón del suelo y luego la esparció con el pie.

—No fue una decisión fácil, la de venirse aquí, pero ya hemos echado raíces, qué remedio, y quiero que sepas que me siento muy orgulloso de que hayas hecho amistad con ese tal Du Toit. Andre se llama, ¿no? Nos vendrá bien ir a su casa el próximo fin de semana. A los tres. En todos los sentidos, qué demonios.

Paul supuso que debería haberse alegrado de que su padre no le exigiera entrar en detalles sobre Du Toit. (Aunque sí tuvo alguna pregunta que hacerle, y a ninguna pudo responderle: ¿el señor Du Toit se dedicaba sólo a su granja o tenía alguna otra ocupación? ¿Y la señora Du Toit? ¿Por qué no había ido al partido de cricket? ¿Tenían más hijos? ¿Cómo de grande era la granja?) Pero, aun así, la conversación le dejó mal sabor de boca. En las últimas fechas, habían quedado muchas cosas en el aire, ése era el problema. Como, para empezar, qué había detrás del comportamiento de Du Toit la noche en que apareció junto a su cama; y por qué, por ejemplo, decía su padre que Peggy tenía prejuicios, cuando Paul sabía perfectamente que ella también estaba deseando que su hijo se integrara.

Acompañando a ese pensamiento, se oyó la voz de Peggy, que los llamaba desde la puerta trasera.

—¡Douglas! ¡Paul! ¡Ya están aquí los invitados!

—Más vale que pongamos buena cara —le dijo Douglas, y dejó caer el cigarrillo al suelo, donde, al igual que había hecho antes con la ceniza, puso buen cuidado de restregarlo hasta que se desintegrara—. No vayan a acusarnos de estropearle la cháchara a tu madre sobre la vida allende los mares, ¿eh? Y mejor que no mencionemos nada de lo que hemos estado hablando. ¿De acuerdo?

Paul advirtió que, mientras iba hablando, Douglas se aseguraba de que el paquete de cigarrillos quedara bien escondido bajo una maraña de cuerdas y papeles de lija usados.

En la cocina, los fogones humeaban con los vapores despedidos por las borboteantes ollas, y, en el fregadero, Mosa, con los brazos hundidos hasta los codos en espuma, estaba enfrascada lavando unos cacharros. Se había arremangado y llevaba puesto un delantal para que después, llegado el momento de servir la mesa, el uniforme no se viera mojado.

—¿Dónde está la señora? —le preguntó Douglas.

—En la salita —respondió Mosa, interrumpiendo su tarea—. Con el padre Ashley.

—¿Has sacado las copas, Mosa?

—Sí, señor, en la bandeja.

—¿Hielo?

—En la cubeta, señor.

Mosa dirigió la atención hacia Paul.

—¿El señorito Paul quiere lavarse las manos aquí conmigo? —le preguntó Mosa en voz baja al marcharse Douglas, con una chispa picarona en los ojos, ya que Paul sólo tenía permitido lavarse las manos en el cuarto de baño situado al otro extremo de la casa—. No se lo diré a la señora, nunca.

Paul cruzó encantado la cocina y se hizo un hueco entre el fregadero y la oronda figura de Mosa para dejar que sus regordetas manos negras con sus palmas rosadas sumergieran sus manos, mucho más pequeñas y más pálidas, entre la cosquilleante espuma.

—Séquese aquí —le indicó después Mosa, ofreciéndole un pico del delantal—. Rápido, que no venga la señora. Y el pelo, tiene que hacer así —dijo, peinándole con la mano sus levantiscos cabellos rubios—. ¡Hala! Ahora el señorito ya está listo.

Al entrar en la salita, Paul observó que también Peggy se había acicalado para la ocasión. Llevaba puesto su vestido verde, uno de los favoritos de Paul, y los labios recién pintados. Sólo Douglas, ya junto al aparador sirviendo las copas, no se había molestado en arreglarse. Aunque, dado que él de todos modos siempre vestía con camisa y pantalones de traje, incluso para estar en su taller, ofrecía el mismo aspecto de siempre.

—Houghton Conquest —estaba diciendo el padre Ashley, con un huesudo dedo extendido hacia el vetusto mapa de Bedfordshire que colgaba

sobre el sofá—. La parroquia se llamaba Houghton Conquest.

El padre Ashley era un hombre de modales y hablar comedidos, muy admirado en el pueblo por su «caballerosidad» y su «capacidad para escuchar». Requisitos imprescindibles, al decir de todos, en el ejercicio del sacerdocio. Lo único desmedido en su persona era aquella hirsuta mata de pelo cano que poblaba su cabeza, a la que también le hubiera convenido que Mosa le pasara un poco la mano.

—Aquí tiene, padre —dijo Douglas, tendiéndole un vaso tintineante—. Ya me dirá si quiere más hielo.

—Gracias —dijo el padre Ashley, apartando la vista del mapa. Dio un sorbo, asintió complacido y prosiguió—: Era la Iglesia de Todos los Santos, una de las más grandes del condado, y ejerció allí de párroco alrededor de un año antes de venir a mí. —En ese momento reparó en Paul, y añadió—: ¡Hola, muchacho! ¿Qué tal el colegio? ¿Te adaptas bien? ¿Has visto ya a Simon?

—Está en el *stoep* delantero, cariño —le dijo Peggy—. Pobre criatura, se estaba aburriendo de muerte con nuestra conversación. ¿Quieres un refresco y sales al porche a tomártelo con él?

—¡Marchando! —dijo Douglas—. Pero esta vez procuraré que no se me vaya la mano con la ginebra.

—¡Qué cosas tienes, querido! —Peggy soltó una risita reprobatoria—. ¡Qué pensará el padre Ashley!

Pero el padre Ashley sólo pensaba en cierta iglesia de Bedfordshire.

—En fin, como les decía, algunos fragmentos de los murales datan de alrededor del siglo XV, me los enseñó él mismo en una ocasión, además de vitrales antiquísimos en algunas de las ventanas y un magnífico panteón de la familia Conquest (en mármol de Purbeck si no recuerdo mal), con placas funerarias en bronce.

—¿Así está bien? —le preguntó Douglas a Paul, tendiéndole su refresco—. Le he echado tan poca ginebra que ni la notarás. Pero hay más hielo si quieres.

—Tocaré la campanilla cuando esté lista la comida —dijo Peggy con sequedad—. Ya falta poco. Lo prometo.

—Eso es lo que echo de menos —continuó el padre Ashley, volviendo a su tema—. El sentido de la historia. A la gente de aquí nuestra iglesia le parece antigua sólo porque data de 1924. Para nosotros, en cambio..., nosotros tenemos un concepto distinto de las cosas. ¿Verdad, Peggy? ¿Douglas? Una ginebra deliciosa, por cierto.

Douglas le había llenado a Paul el vaso hasta los topes, y el chico, que no quería derramar una sola gota en la tarima, se detuvo para dar un sorbo al salir de la salita, momento en el que oyó:

—Pero, volviendo a lo de Simon, ¿qué piensa usted hacer? —Era la voz de Peggy—. Qué preocupación este chico. Ay, ojalá Evelyn estuviera viva todavía.

Paul sintió la tentación de pegar el oído un momento, intrigado por el tema, pero sabía que si seguía allí corría el riesgo de que o bien Mosa saliera de repente de la cocina para anunciarle a Peggy que ya estaba lista para servir la comida, o bien apareciera la propia Peggy en busca de Mosa. De manera que decidió salir al *stoep*.

El porche delantero tenía forma triangular y, a diferencia del que bordeaba todo el lateral de la casa, era de tamaño bastante reducido; Mosa tardaba sólo unos minutos en abrillantar la tarima por las mañanas. Lo rodeaba un murete de ladrillo sobre el que Simon se hallaba subido con semblante ceñudo.

Al igual que su padre, Simon era delgado y tenía una mata de pelo considerable, la suya peinada con un elaborado tupé que maravillaba a Paul: ¡asombroso que el pelo se pudiera levantar de esa manera! ¡Y que no se cayera! Pero ahí terminaba todo parecido entre ambos, pues mientras que el padre era un hombre de suaves maneras, Simon, en cambio, era tan vehemente que cuando fijaba en ti aquella mirada suya taciturna y reflexiva daba la impresión de clavarte en el sitio con los ojos.

—¿Y ahora qué cuenta el viejo ahí dentro? —inquirió en cuanto Paul salió al porche—. ¿Les ha soltado ya lo de la carta de Jean? ¡Dios! Ya me lo imagino.

—¿Carta? ¿Qué carta? —Paul dejó el refresco a su lado en el suelo y tomó asiento junto a Simon sobre el murete—. ¿Quién es Jean?

—¿Insinúas que se ha mordido la lengua por una vez? ¿Que no se lo ha soltado a la santa de tu madre? ¡Y una mierda me lo voy a creer!

Paul procuró no mostrar sorpresa ante la palabrota —al fin y al cabo, no quería que Simon desistiera de tratarlo de igual a igual—, y le dijo cautelosamente:

—De hecho, les estaba contando no sé qué rollo de una iglesia antigua. Aunque la verdad es que luego he oído que mi madre le decía...

—¿Qué?

—Que eras una preocupación o no sé qué. Y que «ojalá tu madre siguiera viva»... Pero como yo en ese momento ya estaba en el pasillo y...

—¡Así que se lo ha soltado, el tío! ¡Será cabrón! Una chica le escribe a su novio una carta privada, ¡privada!, ¿eh?, estrictamente privada, comentando cosas que han hecho juntos. ¡Cosas privadas!, ¿eh? Y va y un carcamal timorato se cree con derecho a abrirle la carta sólo porque el novio se ha afiliado hace poco a NUSAS y el decano ha comunicado a todos los padres que la universidad no ve a NUSAS ni sus campañas con buenos ojos. ¡Si esto no es un estado policial...!

De aquella andanada, Paul extrajo (a duras penas) que alguien (el padre Ashley, no podía ser otro) había abierto una carta de Simon escrita por su novia, Jean. Aunque no acababa de entender qué clase de «cosas privadas» eran ésas. Ni por qué Simon hablaba de sí mismo en tercera persona. ¿Y qué era lo de «NUSAS»? Eso sí que lo había descolocado por completo.

—¡La Unión Nacional de Estudiantes Sudafricanos, tonto! —le contestó bruscamente Simon cuando preguntó—. ¡Dios! ¿Se puede saber qué os enseñan en ese colegio pijo vuestro? —Y seguidamente añadió—: La cosa más natural del mundo, sagrada según algunos, y ellos sólo ven guarradas. A quienes tendrían que tenerlos vigilados es a ellos, no a mí.

Si hubiera sido un poco mayor, habría captado de inmediato a lo que Simon se refería. A sus doce años, sin embargo, Paul no entendió una palabra; de todos modos, Simon empezaba a cargarle un poco, por lo que, momentos después, recibió casi con agrado el tintineo de la campanita, aquella pastorcilla de bronce en miniatura que descansaba sobre el aparador del comedor. La comida estaba servida.

—No te olvides de tu refresco —le dijo Simon cuando ambos se pusieron de pie.

El comedor estaba situado entre la salita y la cocina; un espacio sombrío por demás, pues contaba con una sola ventana, bastante pequeña, a diferencia de la salita y la cocina, que tenían dos cada una. Tampoco había mucho allí que suavizara las rigurosas líneas de la mesa de roble con sus seis sillas de respaldo recto y el aparador a juego, a excepción tal vez de los grabados en blanco y negro que colgaban de las paredes, de una temática más bien grotesca en cualquier caso, obra de un tal Hogarth. Aunque lo más revelador de todo, a juicio de Paul, era que en ese cuarto la siempre jovial Mosa parecía apagarse por completo y se pasaba el rato revoloteando junto al aparador, pendiente de que Douglas, una vez trinchado el asado, le tendiera el plato para que luego ella lo depositara sobre la mesa delante del comensal correspondiente.

—¡Ah, Simon! —dijo Douglas, levantando la vista de su trinchado—. Apuesto a que te gusta la pata. ¿Te pongo un poco de pechuga también? Yo nunca pasé por la universidad, pero recuerdo muy bien el apetito de mis años mozos. Ay, los apetitos...

—¡Douglas! ¡Por favor!

—Pues, a decir verdad, señor Harvey —respondió Simon, tomando asiento a la mesa frente a su padre—, el trimestre pasado me hice vegetariano.

Peggy dejó escapar un lamento angustiado.

—¡Simon! —gimió, antes de dirigirse al padre Ashley—: Pero ¿cómo no nos avisó antes? Le habría preparado una pasta con queso o algo por el estilo.

El padre Ashley se encogió de hombros.

—No se preocupe, querida mía —le dijo—. Es sólo una ventolera que le ha dado, mañana será otra cosa.

—Con las verduras tengo más que de sobra —confirmó Simon—. De verdad, señora Harvey. Estoy acostumbrado.

—En fin, ¿les parece que bendiga la mesa? —prosiguió el padre Ashley sin inmutarse—. Cuando Douglas termine de trinchar.

—Oh, ¿le importaría, padre? —dijo Peggy, y seguidamente se dirigió a

Paul—: Sí, cariño. Tú a mi lado. Y echa una mano, haz el favor.

Peggy indicaba con la cabeza hacia la salsera.

Entretanto Douglas, que ya había terminado de trinchar el pollo, le decía a Mosa:

—La señora tocará la campanilla para que traiga el postre.

Mientras la puerta se cerraba tras la espalda uniformada de la camarera, el padre Ashley inició su oración, recitando en un tono menos formal que el que empleaba en el púlpito; más suave, si bien no menos grandilocuente. Con la voz de predicador, como la llamaba Douglas, aunque nunca en presencia de Peggy.

—¡Amén!

Cuando no había invitados presentes, aparte de lo que tuvieran que decirse el uno al otro, Peggy y Douglas siempre se interesaban por cómo le había ido la semana a Paul y qué noticias traía del colegio; o, en temporada de vacaciones, comentaban cómo debía emplear el tiempo libre o las posibles excursiones previstas. Sin embargo, cuando había invitados parecía como si no estuviera. Sólo que estaba, naturalmente; empapándose de la conversación sin perder detalle, aunque no siempre la comprendiera.

La charla ese día empezó con Marilyn Monroe. Una actriz que, al parecer, acababa de morir. A edad muy temprana y en extrañas circunstancias. Se iba a proyectar un ciclo conmemorativo de su filmografía en el autocine. Douglas confiaba en que pudieran ir. Le había gustado la canción que la actriz le había dedicado al presidente Kennedy con motivo de su cumpleaños. La habían visto en un noticiero.

Eso indujo a Simon a preguntar si nadie se había percatado de que estaban ocurriendo otras cosas en Estados Unidos en ese momento, cosas más importantes. Paul intuyó de inmediato por dónde iban los tiros: el asunto de James Meredith, sin duda, y las revueltas en Misisipi. En relación con ese tema, y de nuevo con voz de predicador, el padre Ashley se explayó un rato sobre la dignidad humana, o la falta de ella, y los derechos civiles de otros pueblos.

Simon, no obstante, enseguida desvió la conversación hacia Sudáfrica.

—Puestos a hablar de derechos civiles...

Aludió entonces a la Ley de Sabotaje, promulgada al parecer unos meses antes. Violar esa ley conllevaba, según dijo, una pena mínima de cinco años de prisión. ¡Cinco! Y la condena a muerte como pena máxima. ¡A muerte! Por no hablar de otras disposiciones de dicha ley como restringir la libertad de movimiento de ciertos ciudadanos y someterlos a una nueva y siniestra forma de detención: el arresto domiciliario. Y todo por si se les ocurría decir cosas que el gobierno no deseaba que se supieran. O creer en cosas que el gobierno no deseaba que la gente creyera. Como, por ejemplo, hacer extensibles los derechos civiles a todos los ciudadanos del país.

—¡Simon, por favor! —exclamó el padre Ashley—. ¡Ya sólo falta que la emprendas contra la Ley de Supresión del Comunismo!

—Sí, y espero de todo corazón, hijo mío —afirmó Peggy—, que no estés insinuando que debemos dejar de luchar contra el comunismo. Sería muy estrecho de miras por tu parte.

Entonces Douglas desvió la conversación hacia un tal Nelson Mandela, un prófugo de la justicia por lo que parecía, al que hacía poco habían detenido en una carretera de la provincia de Natal y estaba a punto de ser juzgado por salir del país ilegalmente, sin pasaporte, además de por incitación a la huelga.

—No olvidemos —dijo— que ese CNA suyo apoya actos de sabotaje. Como lo de aquella bomba que explotó en el centro de Johannesburgo a principios de año, por la que acaban de condenar a ese tal... ¿cómo se llama?

—Turok —intervino Simon—. Benjamin Turok.

—El gobierno no puede quedarse de brazos cruzados. No queremos una anarquía.

—De acuerdo, señor Harvey, pero esa huelga que organizó, y desde una forzosa clandestinidad por si fuera poco, sólo pretendía ser una protesta contra la nueva república y nuestras leyes raciales. Y tú, papá, si estás medianamente de acuerdo con que se amplíen los derechos civiles en Estados Unidos, tendrás que...

—Este país es distinto, Simon —saltó el padre Ashley—. Sudáfrica tiene su problemática particular y, lo que es yo, no me siento con derecho a..., porque no soy de aquí, recuérdalo..., a decirle a los que sí son oriundos cómo

deben gobernar su país. Tienen que ser ellos quienes lo decidan.

—¡Bien dicho! —afirmó Peggy.

—Puede que Sudáfrica sea un caso aparte —admitió Simon—, pero tú bien que disfrutas de los privilegios que te otorga. De todos modos, yo sí he nacido aquí, y si atiendes a lo que NUSAS tiene que decir...

—¡NUSAS! —exclamó el padre Ashley—. ¿De verdad quieres sacar a colación a esa gente después de la semana que hemos tenido que aguantar? A veces me sacas de mis casillas, Simon, de verdad te lo digo.

Esta vez fue Peggy quien interrumpió la conversación.

—Paul, hijo, recuerda que el cuchillo y el tenedor se dejan juntos encima del plato. Así, muy bien. Y ahora, cariño, pásame la campanilla, haz el favor.

El padre Ashley añadió entonces, compungido:

—Esto debe de ser aburridísimo para ti. Lo siento.

—Bueno, de hecho, padre —dijo Paul, inclinando la silla hacia atrás—, esta semana nos han hablado de James Meredith en el colegio.

—¿De verdad? —cuestionó Peggy—. ¿Y eso?

—El señor Spier. En Cultura General.

—¿Spier? —preguntó Simon, animándose de pronto—. ¿Andrew Spier? ¿Estudió en Wits?

—¡Qué curioso! —dijo Douglas—. Ayer en el partido de cricket estuvimos hablando un rato con él y mencionó que te conocía. ¡Qué pequeño es el mundo!

Paul le tendió a Peggy la pastorcilla de bronce, que ella hizo sonar de inmediato para que Mosa entrara a recoger los platos y sirviera el postre.

—Espero que hayáis dejado sitio para el pastel —dijo Peggy.

—Y yo espero, Simon —dijo Douglas—, que cuando hayamos terminado de comer me permitas enseñarte la pista de carreras que he hecho para Paul. A lo mejor te causa más impresión que a él. ¿O estoy siendo injusto, jovencito?

La puerta se abrió y por ella cruzó afanosamente Mosa con la bandeja, sobre la que se alzaba un *Queen of Puddings* con una cobertura de merengue que evocaba un espectacular paisaje de montañas con sus picos nevados y algunas de sus laderas teñidas de delicioso marrón.

—¡Cielos, Peggy, pero cuánto agasajo! —suspiró el padre Ashley—. De verdad que nos tienes demasiado mal acostumbrados.

Después de comer, mientras Douglas conducía a Simon hacia el garaje y Peggy arrastraba al padre Ashley hasta el jardín para pedirle consejo sobre qué intentar sembrar en él, Paul, como de costumbre, se retiró a su habitación para descansar. En otro tiempo, Peggy había insistido en que para ese rato del día se quedara en calzoncillos e incluso se metiera en la cama, bajo las sábanas, con las cortinas echadas. Pero, a sus doce años, se consideraba que ya tenía edad suficiente para decidir por su cuenta en qué emplear el tiempo y Paul, por lo general, lo ocupaba en poner al día su preciado diario. El libro estaba guardado a buen recaudo en la parte trasera del armario, junto a su viejo osito de peluche y los únicos tebeos que Peggy le tenía permitidos. Classics Illustrated se llamaba la colección, que contenía «historias de los escritores más importantes del mundo». Paul tenía en su haber quizá media docena de ellos, cada uno con su fascinante cubierta ilustrando la historia contada en el interior. Su ilustración favorita con diferencia era la de *Historia de dos ciudades*, en la que se mostraba a Sydney Carton ataviado con su levita, las manos atadas a la espalda y la mirada levantada gallardamente al cielo, mientras que tras él se apreciaba la difusa imagen de la guillotina esperando y de un implacable verdugo, presto para la faena con su mandil de cuero.

«Esto que hago ahora es mejor», decía Carton camino del cadalso, «infinitamente mejor, que nada de lo que he hecho en mi vida; este descanso al que me dirijo es mejor, infinitamente mejor, que ninguno de los que he conocido.»

Paul, que también se consideraba víctima de la historia, al menos en su fuero interno, reaccionaba de manera fervorosa ante esas palabras. Siempre lo había hecho. Identificándose con Carton, aun sin pretender poseer su valentía, al menos podía arrogarse cierto empaque. Cierta estoicismo. Ambos muy necesarios en según qué ocasiones.

Sacó el diario de su escondrijo, lo llevó a su escritorio, abrió el candado y se puso a hojear sus páginas color crema, a leerlas por encima, hasta que por fin llegó a la fecha correspondiente.

Pero ¿qué iba a escribir? ¿Cómo condensar todo lo que había ocurrido a lo largo de la semana anterior? Ninguna de las anteriores entradas en las que se mencionaba a Du Toit había exigido una complejidad así.

¿Debía recelar de su nuevo «amigo»? ¿O tal vez contemplar su comportamiento pasado como fruto de..., en fin, una especie de automatismo, por decirlo de algún modo, algo así como un espasmo muscular que escapaba al control de Du Toit? Quizá Du Toit hacía esas cosas, como lo de robarle el diario por ejemplo, porque no podía evitarlo. Y se metía tanto con él sin querer. Quizá ahora que, al fin y al cabo, ya era amigo de Du Toit... ¡Qué increíble! Y encima los habían invitado a todos a su casa..., quizá Paul ya no tenía que seguir temiéndole.

Su mirada se desvió hacia el poema de Kipling que colgaba enmarcado de la pared, por encima de su escritorio, y se preguntó cómo iba a ser capaz de relatar todas esas cosas en los siete pequeños rectángulos que el diario ponía a su disposición y, a la vez, dejar espacio para asuntos de rigor como las notas y los pasteles que su madre le había preparado para llevar al colegio. Pero como no pusiera manos a la obra cuanto antes, nunca terminaría; de manera que desenroscó el capuchón de la pluma y se dispuso a redactar su versión de los extraños acontecimientos de la semana. Su versión y la de nadie más.

Le llevó un buen rato, pero finalmente dio por concluida la tarea y, no sin cierta satisfacción, pasó la página y se situó en la semana del lunes 8 de octubre, que marcó con la cinta cosida al diario para tal función. Luego lo cerró y echó el candado a su tesoro máspreciado antes de devolverlo a la tutela de su osito y a la compañía del desgraciado aunque gallardo Sydney Carton.

Cuatro

—Te toca sanción, por lo que veo —dijo la señora MacWilliam cuando Paul se acercó a la mesa de su despacho tendiéndole el libro fuera de plazo—. Pero, mira, vamos a hacer una cosa: si me haces el favor de devolverlo tú mismo a su estante, y de paso me colocas en su sitio todos los que están en ese carrito de ahí, igual podría hacer la vista gorda. ¿Trato hecho?

La señora MacWilliam, una mujer de natural sencillo y aspecto amable, llevaba las canosas greñas recogidas en un moño siempre despeinado, y sus rasgos, desvaídos de por sí, tendían a verse difuminados más que resaltados por el maquillaje. Su sonrisa también era difusa; y las gafas, cuando no las llevaba sobre el caballete de la nariz, por lo general descansaban de medio lado sobre su amplio busto, sujetas por un raído cordoncillo atado al cuello de cualquier modo. Sin embargo, apariencias aparte, la señora MacWilliam era meticulosa con el orden cuando se trataba de su biblioteca. Todos los libros que le había indicado a Paul que ordenara estaban primorosamente forrados con una funda recia de plástico y lucían una etiqueta en el centro del lomo, con el color y número correspondientes a cada materia. Mientras Paul devolvía aquellos volúmenes a sus estantes, que llenaban las cuatro paredes de la biblioteca desde el suelo hasta el techo —había aceptado exultante la oferta de la señora MacWilliam, ya que en lo tocante al dinero sus padres lo tenían bastante a raya—, pensó de nuevo en lo seguro, lo arropado que le

hacía sentir siempre la biblioteca. En parte por lo bien ordenada que estaba, pero también porque sus anaqueles amortiguaban todo rastro de ruido exterior, incluidos los de la cocina cercana. Hasta allí sólo se filtraban algunos olores, lo que hacía que el abrazo de aquella estancia —aquel abrazo con olor a rancio, a polvo, a penumbra— sosegara su espíritu como nada en el mundo.

—¡Eres un chico muy servicial! —le dijo la señora MacWilliam antes de que hubiera cumplido del todo su tarea—. Quizá que..., la señora Stanford y yo habíamos pensado en buscar un ayudante para la biblioteca. No sería mucho trabajo. Sólo para echarnos una mano, la verdad. Una o dos veces a la semana. ¿Cómo lo ves?

Paul observó que había colocado en su sitio más de quince libros en la mitad de otros tantos minutos. Sólo le faltaba uno más, una novela (como indicaba el color de la etiqueta) que trataba de moscas, qué ocurrencias. Arduo, desde luego, no parecía el trabajo, y la verdad es que allí se sentía bien. Así que ¿por qué no? Pero, antes de que pudiera aceptar la propuesta, reparó en otra presencia en la sala. El servil Babosa, nada menos. Seguro que había entrado sigilosamente mientras la señora MacWilliam estaba hablando.

—Bueno, ¿cómo lo ves, hijo? —preguntó la señora MacWilliam.

—¿Y tú qué haces aquí? —le espetó Paul al recién llegado.

—Estamos esperando —respondió el Babosa—. ¿No te lo ha dicho?

—¡Vamos, vamos, niños! —los reconvino como era de esperar la señora MacWilliam, si bien afablemente—. Que estáis en la biblioteca.

—¡Venga ya! —suplicó el Babosa, impaciente, mirando a Paul con los ojos muy abiertos—. Como no nos demos prisa, se enfadará más todavía.

—Oye, jovencito, si no has venido a pedir un libro, te sugiero que...

—Ya voy —murmuró Paul entre dientes—. No te pongas nervioso, hombre. —Y dirigiéndose a la señora MacWilliam—: ¿Puedo venir a hablarlo con usted después?

—Claro que sí, cariño —respondió sonriente la señora MacWilliam—. Pero no tardes mucho, ¿eh?

—¡«Cariño»! —observó el Babosa con una mueca sarcástica cuando, momentos después, cruzaban los dos el patio a la carrera—. ¡Te ha llamado

«cariño»!

—¿Qué pasa? —replicó Paul—. ¡Como a ti nadie te dice nunca nada bonito!

El quiosco de las golosinas, advirtió Paul con alivio, ya había echado el cierre y quedaban pocos observadores por las inmediaciones. Al igual que en los campos de juego, donde, terminados ya los partidos, el único testigo posible era Pheko, que estaba encorvado sobre el cortacésped a lo lejos, haciendo avanzar palmo a palmo el rodillo sobre el campo.

Desde el fin de semana, cuando las preguntas de sus padres, a las que hubo que sumar la inesperada irrupción del señor Du Toit, lo habían obligado a analizar sus sentimientos más a fondo de lo que habría hecho en otras circunstancias, la ilusión inicial de ser invitado a formar parte del club de Du Toit se había visto empañada por una creciente inquietud. ¿Acaso uno podía equivocarse con sus propios deseos?, se había visto forzado a plantearse. La llegada del Babosa solicitando su comparecencia tampoco había hecho nada por calmar esa inquietud. En fin, al parecer había llegado el momento, tan largamente ansiado, de la iniciación. Pero ¿por qué el Babosa, con quien nadie en su sano juicio, ni bajo ninguna circunstancia, deseaba ser visto?

«Hay una vacante», había dicho Du Toit, «eso es todo.»

Pero ¿quién había dejado esa vacante? El Babosa, no, por lo visto, ya que si había sido él el emisario debía de ser porque había pasado a convertirse en la mano derecha de Du Toit. ¿No era ése el protocolo?

Entonces, ¿quería eso decir que Lombard había sido destituido? Y si así era, ¿cómo? ¿Por qué? ¿Cuándo?

—Mejor que rodeemos el campo —dijo con voz entrecortada el objeto de las reflexiones de Paul, señalando a Pheko allá a lo lejos—. O se chivará al director.

La cabaña donde Du Toit recibía a su séquito se hallaba en el otro extremo de los campos de juego, en una zanja estrecha y larga que marcaba el límite entre el recinto escolar y el mundo exterior. Allí, dispuestas en una irregular hilera, se alzaban media docena de cabañas similares, todas construidas a base de maderas de desecho, planchas de chapa, ramas de árboles y cualquier otro material con el que sus constructores hubieran

podido arramblar. La mayoría eran bastante toscas y el espacio interior era muy reducido; Paul había estado una vez dentro de una de ellas. Pero había algunas más amplias que ostentaban detalles de mayor categoría, como algún retal de moqueta vieja, rudimentarias ventanas o una puerta con bisagras incluidas. La de Du Toit era una de éstas y, mientras Paul y el Babosa se deslizaban por la ladera de la zanja en dirección a ella, Paul reparó en que contra la puerta de entrada —una puerta de verdad, con un picaporte de verdad, si bien medio suelto— había apoyada una tablilla sujetapapeles, con una hoja y un lápiz mordisqueado que colgaba sobre una de sus esquinas.

Todavía jadeante, el Babosa agarró el sujetapapeles e inquirió:

—¿Nombre?

Paul lo miró un tanto desconcertado.

—Tienes que decirme cómo te llamas —resolló el Babosa, dando unos golpecitos con el dedo sobre el sujetapapeles—. Lo dice el reglamento.

«¡Ah!», pensó Paul. «El reglamento.»

—Está bien —dijo a regañadientes—. Paul Harvey.

—¿Así a secas?

—No, claro que no.

—El reglamento dice «nombre completo». Si quieres te lo enseño.

—Está bien —respondió Paul, de nuevo a regañadientes—. Paul Thomas Barnabas Harvey.

Le habían puesto Barnabas por el padre de su abuela, o eso tenía entendido; Paul nunca mencionaba ese nombre, ni siquiera había dejado constancia escrita de él al estrenar su diario. Era demasiado estrambótico, y siempre había temido que se prestara a burlas.

Entonces, ¿por qué se lo había puesto en bandeja al Babosa? ¿Por qué no se había callado después del Thomas? Nadie tendría por qué haberse enterado nunca.

Entretanto, el Babosa llamaba a la puerta: cuatro toques claros y espaciados y, entre toque y toque, la consigna:

—(Toque) Pido... (toque) permiso... (toque) para... (toque) entrar.

Esos toques, sin embargo, no tuvieron más efecto inmediato que el de provocar que el picaporte se bamboleara, y hubieron de transcurrir unos

ansiosos minutos hasta que, finalmente, oyeron un murmullo de respuesta al otro lado.

—Pasa —le dijo el Babosa, sujetando con cuidado el picaporte—. Y agacha la cabeza, ¿eh?, que como des contra la viga se nos cae la cabaña encima. No sería la primera vez.

Paul hizo lo que se le indicaba y, nada más entrar, seguido inmediatamente por el Babosa, lo asaltó un penetrante olor a humedad y putrefacción orgánica. Luego, a medida que sus ojos fueron acostumbrándose a la penumbra —la cabaña de Du Toit no tenía ventanas, sólo la puerta, que el Babosa había cerrado al entrar—, vislumbró un puñado de figuras borrosas: Horton, Stover, Labuschagne y Kintock. ¡Vaya! Luego, efectivamente, el expulsado había sido Lombard (el inteligente y popular Lombard), y el ascendido el Babosa (el gafudo, fofo y lamentable mamarracho del Babosa).

¡Quién se lo iba a imaginar!

Los miembros del club estaban todos en cuclillas a los pies de su líder, y él no estaba agachado, sino sentado sobre una caja de madera puesta del revés. En la cabeza llevaba un casco romano de plástico, al parecer parte de algún disfraz, y detrás de él, contra la oxidada chapa de zinc de la pared, colgaba un raído pedazo de moqueta en el que habían pintado, en color blanco, una serie de anillos entrelazados, al estilo del símbolo olímpico, sólo que con seis aros en lugar de cinco. Uno por cada miembro del club, supuestamente.

—¡Salud al nuevo miembro del club! —ordenó Du Toit, alzando una imperiosa mano.

—¡Bienvenido, Harvey! —exclamaron todos a coro—. Bienvenido, Paul Thomas Barnabas Harvey.

¡Por eso el Babosa lo había obligado a dar su nombre completo!

A continuación, Du Toit ordenó a su mano derecha que leyera el reglamento.

El Babosa ya había recuperado el aliento y, sujetapapeles en mano, pudo, pues, recitar las reglas en un tono mesurado y monocorde, como si estuviera recitando teoremas desde la tarima en una clase de matemáticas de Stanford.

Uno: Hay que obedecer al líder en todo momento.

Dos: Para dirigirse al líder hay que hacerlo por su rango, nunca por su nombre.

Tres: Siempre que lo desee, el líder puede asignar misiones a los miembros del club para que éstos mantengan o asciendan de categoría.

Cuatro: Los miembros del club no deben hablar sobre las actividades de éste a nadie que no forme parte de él.

Cinco: Las reuniones se celebrarán una vez por semana en la sede del club.

Seis: Durante las reuniones, los miembros del club sólo podrán hablar cuando el líder les invite a hacerlo.

Ahí no acabó la cosa, pero Paul, como quien dice, ya no escuchaba. La número uno había sentado la tónica general y, en cualquier caso, ¿qué misión le iba a tocar a él, suponiendo que se le asignara una? Eso le daba cien vueltas al asunto de las reglas, que él calculaba que podría empollarse en cualquier momento, como si fueran deberes.

El Babosa concluyó su perorata —eran diez reglas en total, como los mandamientos bíblicos—, y luego el líder pidió algo denominado el acta, que resultó ser un resumen de las actividades recientes, algunas de las cuales el Babosa comentó valiéndose de las notas que llevaba pegadas al sujetapapeles, mientras que los demás miembros informaron de las restantes. Labuschagne y Kintock, por ejemplo, hablaron de una misión conjunta que se les había encomendado; aquellos dos lo hacían todo en pareja: los dos reían por lo bajo al unísono en clase, dormían en camas contiguas y en los baños colgaban sus toallas en ganchos contiguos. La semana anterior también se habían encargado juntos de hacerles la petaca en la cama a los novatos.

—Lo hicimos durante el recreo de la mañana —explicó Labuschagne—. Durante el recreo.

—La supervisora nunca está por ahí a esa hora, y como teníamos tiempo más que de sobra —añadió Kintock muy satisfecho—, la hicimos en todas las camas del dormitorio, no sólo en la de Biccard, como dijiste.

Era evidente que Kintock esperaba impresionar a Du Toit con tal alarde de celo. Sin embargo, un gélido silencio se abatió sobre la concurrencia, interrumpido al rato por el líder, que inclinó el cuerpo y le dijo:

—Cuando quiera que tomes la iniciativa, Kintock, te avisaré de antemano. ¿Entendido?

Paul pensó que quizá Kintock protestaría, habida cuenta del duro desaire; pero en la penumbra era imposible captar como es debido el semblante de nadie: los ojos no eran sino pozos de mayor oscuridad enmarcados en zonas de luz tenue y fantasmal. Además, Du Toit no le dio tiempo a replicar.

—Bien, Murray —iba diciendo, dirigiéndose al Babosa por su apellido—. Harvey salta por delante de Labuschagne y Kintock. ¿Entendido?

El Babosa consultó su sujetapapeles y lo confirmó:

—Uno: Murray. Dos: Strover. Tres: Horton. Cuatro: Harvey. Cinco: Labuschagne. Seis: Kintock.

—Ya eres el cuarto —dijo Du Toit, dirigiéndose a Paul con un satisfecho cabeceo—. Y si cumples bien tu primera misión, llegarás más lejos todavía. Tú pones tus propios límites. ¿Verdad que sí, chicos?

—¡Verdad, jefe! —corearon los demás.

—¿Qué somos?

—¡Tu club!

—¿Qué hacemos?

—¡Trabajamos juntos!

—¿A quién tememos?

—¡A nadie!

—¿Y a quién seguimos?

—¡A ti, jefe!

Tan imperiosamente como antes, Du Toit alzó la mano una vez más.

—Ya os podéis retirar —dijo—. Todos menos Harvey.

—¡Pero si todavía no le has dicho qué misión le toca! —replicó el Babosa.

—¿Cómo?

—La misión. Que no se la...

—¿Me estás desautorizando, Murray?

—No, jefe, claro que no. Pero normalmente...

—Pues hoy las cosas serán distintas, y punto. ¿Entendido?

Se produjo un violento silencio, tras el cual el Babosa asintió mansamente.

—Entendido, jefe. Lo siento, jefe. No volverá a suceder. Prometido.

En cuclillas todavía, pues las reducidas dimensiones de la cabaña no permitían otra postura, se arrastró con sigilo hacia la puerta y la abrió de un empujón. Los demás fueron saliendo, no sin dirigir al paso una leve reverencia hacia su jefe, mientras el escarmentado Babosa marcaba sus nombres en la lista antes de, finalmente, salir él también.

La puerta se cerró de golpe y Paul se quedó a solas en la penumbra con su archienemigo. Una experiencia nada agradable, según descubrió. Puede que deseada, pero no exactamente placentera.

¡Ay, ya imaginaba lo que dirían sus padres!

—¿Jefe? —Su voz sonó extraña, incluso a sus propios oídos.

Du Toit, en voz baja, respondió:

—He mandado salir a los demás porque la misión que tengo para ti es secreta. No se puede enterar nadie. Quiero que la próxima vez que nos reunamos en el despacho de Spier, si ves algo fuera de lo normal, se lo manges, ¿de acuerdo? Luego me lo traes. ¿Entendido?

O algo así vino a decir, porque la memoria de Paul tan sólo retuvo la estupefacción de que le encomendaran robarle algo a Spier. Sabía por descontado que a Du Toit no le caía bien Spier, y que Spier era duro con Du Toit. Pero ¿tanto como para que quisiera robarle algo de su despacho? ¿Qué iba a conseguir con eso?

Todo había resultado de lo más extraño —que hubieran echado a Lombard, que el Babosa hubiera pasado a ser la mano derecha de Du Toit, la naturaleza de su misión—, insólito todo, y cabe imaginar que susceptible de dar mucho que pensar una vez que saliera a la ya mortecina luz del día. Pero no fue así. Antes al contrario, el intenso malestar que había sentido con anterioridad empezó a diluirse gradualmente a medida que volvía poco a poco sobre sus pasos en dirección al edificio central, y cuando llegó al patio —como por arte de magia, ¡puf!— había desaparecido por completo. Incluso

habría jurado que los compañeros allí congregados esperando para entrar a cenar lo miraban con un respeto desconocido para él hasta entonces.

¿Y por qué no? Al fin y al cabo, ya había sido investido por completo de una nueva categoría, ¿no?

Mientras evoco de nuevo aquella gloriosa sensación, de llevar la cabeza bien alta por una vez, llego a las afueras de la localidad adonde me dirijo, sin haber sido víctima de ninguna emboscada. En la oscuridad, alcanzo a vislumbrar a duras penas un letrero que da la bienvenida al lugar; así como un nombre casi impronunciable, con una sonoridad de lo más singular. Un nombre olvidado además; ni siquiera me resulta vagamente familiar. La última vez que me había detenido a observar con cierto detalle un atlas del país —con MacWilliam en clase de geografía, lo más probable—, ese tipo de localidades eran generalmente afrikáans por designación, nunca africanas.

Si es que tal distinción es válida. Porque ¿no son ambas opciones, a su manera, africanas? En realidad debería decir sotho; o tswana; o zulú; o cualquiera que sea la lengua que se ha empleado para rebautizar la población.

«Mokimolle.»

Suena a salsa.

Lo que permanece inalterable es el ambiente del lugar. Su peculiaridad inconfundible, apreciable incluso en la oscuridad. La única calle principal con sus tiendas y edificios comerciales ruinosos, agrupados todos en unas pocas manzanas. Y, a continuación, otro par de manzanas, pero no más de un par, de casitas idénticas de una sola planta, ruinosas también, una de las cuales albergará seguramente mi *bed and breakfast*. Y a continuación, más *veld*, una vasta extensión de *veld*, y por consiguiente la pertinaz sensación de que la existencia de la población es mero vestigio del pasado.

—¡Así que es usted de Sussex! —dice Giles, el propietario del *bed and breakfast*, al tomarme los datos—. Yo he estado allí. En Brighton. Brighton me encantó. Aunque tiene gracia que a eso lo llamen playa, ¿eh? Con esas piedras... ¡Por favor!

Me entero también de que Giles vive con Lawrence —al que conoceré

luego, porque ahora mismo está cocinando— y de que abrieron este alojamiento tras acogerse a una jubilación anticipada y abandonar sus estresantes trabajos en Gauteng.

—En octubre hará cinco años —me explica Giles—, y encantados de la vida. Antes me gustaba Jozie; perdón, Johannesburgo. Es que aquí la llamamos así. La mejor ciudad del mundo, decía yo antes, pero el país ha cambiado, ¿verdad? Ha cambiado mucho.

Con sus manos regordetas se alisa el holgado blusón, que supongo que lleva suelto para disimular su corpulencia, aunque de hecho no consigue sino atraer la mirada.

—Pero bueno, no le daré la matraca con Johannesburgo porque ahora mismo lo que estará deseando es una ducha caliente, un buen trago y, luego, una cena bien rica. Ya verá, Lawrence es un cocinero de primera. Venga, le enseñaré su habitación.

El *bed and breakfast* se halla en la clase de bungalow que imaginaba. Su interior, sin embargo, me deja anonadado, pues en lo tocante a decoración Giles y Lawrence comparten el gusto de mi madre. También ellos tienen debilidad por la tapicería de *chintz*, las alfombras persas y la profusión de ornamentos, en su caso con inclinación camp: ellos han complementado el *chintz* con toda una serie de recargados cojines con lacitos, sus cortinajes lucen un derroche de pliegues y drapeados, sus ornamentos, de cobre y bronce principalmente, refulgen; y en lugar de los tonos neutros por los que Peggy se decantaba para las paredes, ellos han optado por el verde carruaje, con toques de burdeos y profusión de rosa. Incluso en la habitación que ahora se me muestra, la cama está engalanada en todo su contorno con telas de estampados florales; los cuadros son estampas de una bucólica campiña inglesa, con prados salpicados de vacas, riachuelos moteados por el sol y esas cosas; el baño contiguo, por su parte, luce azulejos y grifería de época, amén de alguna que otra churrigueresca pastilla de jabón.

—Espero que se encuentre cómodo —dice el radiante propietario—. Porque ése es nuestro objetivo: que nuestros huéspedes se sientan como en casa, igualito que en casa.

Sale después con mucha discreción mientras yo me derrumbo sobre la

cama con un gemido y entornó los ojos para protegerme del recargamiento pretendidamente europeo que me oprime entre estas cuatro paredes. ¡Qué ironía haber escogido este hospedaje en particular! Al final, he terminado siendo víctima de una emboscada. Aunque no a manos de alguna facción de la nación arcoíris, sino del omnipresente pasado, que, una vez más, se me ha venido furtivamente encima.

Tampoco entonces hubo forma de escapar a la rapidez con que la siguiente sesión de Cultura General se echó encima, de manera que Paul apenas tuvo tiempo para disfrutar de llevar la cabeza bien alta antes de acometer y cumplir como fuera su obligada misión.

—Nelson Mandela —decía Spier—. ¿Quién ha oído hablar de Nelson Mandela?

—Yo, señor Spier —respondió Paul, feliz de poder responder al menos por una vez—. ¿No lo detuvieron hace poco en Natal?

Spier se mostró tan contento como él.

—¡Vaya, vaya! —dijo—. ¿Así que hemos leído la prensa, para variar? ¿Alguno más aparte de ti? ¿O es que tus padres comentan la actualidad en casa? ¿Cuántos de vosotros habláis de política en casa? A ver, ¡que levanten la mano!

Ninguno tuvo a bien contestar, por supuesto —nunca respondían ante retos de esa índole—, por lo que Spier, retrepado contra su desordenado escritorio como de costumbre, hizo saltar sus escrutadores ojos castaños de uno a otro.

—Porque he estado pensando —prosiguió, con mirada meditabunda— que quizá haya llegado el momento de que nos fijemos más detenidamente en nuestra propia tierra. El mayo pasado se proclamó la república. Pero ¿por qué exactamente? ¿Qué nos ha llevado a cortar de este modo los lazos que nos unían a la Commonwealth y declararnos país independiente? ¿Qué pensáis?

Pero tampoco esa vez se atrevió nadie a abrir la boca, de modo que, tras un silencio prolongado y cada vez más violento, Spier se dispuso a pormenorizar los datos él mismo. Dejó escapar un suspiro y los hizo

remontarse hasta 1948, cuando el gobierno nacionalista del país había llegado por primera vez al poder. Destacó la introducción del *apartheid*, la distribución racial del territorio, el control racial de desplazamientos y algo denominado «sufragio». Habló también de una serie de cosas que a Paul le sonaba haber escuchado el domingo en la comida, como la Ley de Supresión del Comunismo; o, incluso antes, como el Estado de emergencia declarado por el gobierno a raíz de la matanza de Sharpeville.

Este último suceso no sólo lo recordaba Paul, sino también el resto de sus compañeros de tertulia, debido a las impactantes imágenes que habían ilustrado los múltiples artículos publicados en prensa sobre el tema; fotos de policías apostados ante la puerta de la comisaría mientras los manifestantes (negros, naturalmente) huían de las ráfagas de disparos que acababan de lanzarse contra ellos. En el caso de Paul, además, el suceso había tenido repercusiones en casa. Las cartas de su abuela, e incluso una llamada telefónica entre lágrimas. La respuesta airada y llena de angustia de su madre. Su padre diciendo, como había hecho el padre Ashley, que quienes no eran oriundos de Sudáfrica o no residían allí eran incapaces de comprender realmente lo que estaba sucediendo en el país, y tampoco podía erigirse en jueces.

Entretanto, Spier preguntaba qué significaban ciertas siglas —¿PAC? ¿CNA?—, a las que le había llevado el susodicho Mandela, cuyo juicio estaba a punto de celebrarse, según dijo, en la antigua sinagoga de Pretoria.

—Es decir, a la vuelta de la esquina.

—Pero, señor Spier —lo interrumpió Horton—, ¿las sinagogas no son los templos de los judíos?

—*Ja*, es ese edificio tan raro —intervino Bentley— que está en Paul Kruger Street. Pasamos por delante de camino a casa.

—Es un edificio de estilo bizantino —aclaró Spier.

—¿Y por qué ahí —preguntó Horton—, si eso no es un juzgado?

—Ah, es que sí lo es —replicó, exultante, Spier—. Ahí está la gracia. El gobierno lo adquirió hace muchos años y le ha estado dando uso recientemente, con bastante astucia en mi opinión, como juzgado para casos relacionados con la seguridad nacional. Porque, claro, está lo bastante alejado

de Jo'burg como para que nadie se desplace hasta aquí para asistir al juicio y apoyar al acusado. El gobierno no es tonto.

¿Dijo todo eso en realidad? Es probable que no —la acuciante misión dominaba los pensamientos de Paul aquel día—, pero durante aquella tertulia en particular Spier hizo sin duda una referencia solapada a la nota que Du Toit había intentado pasarle la semana anterior.

—En nuestra última tertulia —dejó caer, colocándose detrás de la cabeza de Du Toit, lustrosa de brillantina—, uno de vosotros insinuó que deseaba saber algo más sobre eso que algunos denominan *die rooi gevaar*. El tema ya se ha tratado aquí en otras ocasiones, desde luego. Hemos hablado de países como Vietnam del Norte y Cuba. De por qué el asunto inquieta tanto a Occidente. Pues bien, si seguimos de cerca este juicio, cosa que os prometo que haremos, y nos planteamos, pero sin prejuicios, que conste, la razón por la que nuestro gobierno se comporta como lo hace, quizá empecemos a vislumbrar cierto patrón común.

A continuación, Lombard, con las gafas destellantes, recurrió a su truco habitual.

—¡La hora de la cena, señor Spier! —exclamó—. Faltan diez minutos. Y esta noche tenemos de vigilante al señor Stanford.

Entretanto, los ojos de Paul se habían clavado en el escritorio de Spier. «La próxima vez que nos reunamos en el despacho de Spier, si ves algo fuera de lo normal...»

Pero ¿el qué? ¿Y dónde? ¿Cómo iba a ingeniárselas para birlar nada, mientras todos salían de estampida hacia la puerta, con el desorden que tenía Spier en el escritorio?

Las sillas se retiraban. Spier se dirigía hacia la puerta. Todos estaban de pie. Todos salvo Du Toit, quien se dirigió al señor Spier desde su asiento diciendo:

—Señor Spier, hay un libro que quisiera que me prestara, si puede ser. Ahí al lado de la puerta. ¿Puedo llevármelo? ¿Por favor?

¡Era una estratagema! Du Toit intentaba distraerlo, algo con lo que Paul no había contado en absoluto. ¡Pero qué genial que se le hubiera ocurrido! Tenía que aprovechar la ocasión. De manera que, mientras Du Toit buscaba

aquel supuesto libro con Spier y los demás revoloteaban alrededor de ellos abriéndose paso, Paul escudriñó el caótico escritorio de Spier para ver qué se ofrecía ante sus ojos. Cuadernos de ejercicios y periódicos atrasados principalmente; montones de bolígrafos, lápices, gomas y... ¿qué era aquello que asomaba por debajo de unos papeles? ¿Un peine? ¿Alguna especie de peine? Tenía púas como los peines, desde luego, pero parecían más largas de lo normal, la verdad. Además, era de madera, de forma cuadrada, y los peines solían ser rectangulares y de plástico. Es decir, que era algo bastante fuera de lo normal, conforme a lo estipulado; así que antes de que Du Toit le dijera al señor Spier que no se preocupara si no daban con el libro, que quizá para la siguiente tertulia ya se habría acordado de cómo era exactamente, Paul ya se había metido el objeto disimuladamente en el bolsillo.

—Que sepas que tu comportamiento no pasa inadvertido —le dijo Spier unos segundos después, mientras Paul se apartaba del escritorio para dirigirse hacia la puerta—. ¿Me oyes, Harvey?

Paul sintió que las tripas le daban un vuelco. ¿Y si Spier poseía los mismos superpoderes de los que alardeaba su madre y también era capaz de verte hasta de espaldas? Pero no, por suerte y al parecer, no, ya que acto seguido añadió:

—Hoy has hecho una gran aportación en clase. Gracias.

En cualquier otro momento, Paul se habría recreado en esas palabras, incluso las habría hecho constar en su diario, pero dadas las circunstancias, los nervios le impidieron asimilarlas como es debido. Todo lo que acertó a farfullar, muerto de vergüenza al pasar por su lado, fue:

—Gracias, señor, lo intento, espero que lo sepa.

Las hijas de Stanford habían recogido los juguetes que la semana anterior habían encontrado desperdigados por el jardín, y allí ya sólo quedaba el expectante Du Toit.

—Prohibido contarle nunca a nadie —le advirtió mientras Paul iba hacia él— que he intentado ayudarte, ¿eh? Vas por libre. ¿Entendido?

Luego, sin esperar a que Paul le diera alcance o le preguntara siquiera si al final había logrado dar con algo interesante sobre el escritorio de Spier, Du Toit salió como una flecha, y cuando Paul abandonaba el recinto del

profesorado, él ya había bordeado la mitad de la amplia superficie de los campos y su figura, con los calcetines grises caídos, los pulcros pantalones cortos de color gris, la camisa blanca y el destello fugaz de la corbata púrpura, se empequeñecía progresivamente en la distancia; mientras, desde el centro del campo más cercano se aproximaba en cambio una figura con pantalones cortos, los suyos de color caqui, sin calcetines (descalza, de hecho) y una camisa caqui abierta no sólo por el cuello sino por todos sus desgarrones. Pheko, el encargado de mantenimiento del colegio, que también llevaba impregnado el olor acre a aquel otro recinto donde residían los trabajadores: un olor a Lifebuoy, el jabón que el colegio proporcionaba a todos los internos, mezclado, en el caso de Pheko, con tabaco, humo de leña y sudor joven. Pero como el encargado de mantenimiento se hallaba aún a cierta distancia, Paul no tuvo que experimentar otra cosa que su visión antes de echar a correr hacia el edificio principal, como había hecho Du Toit.

En la cola para entrar a cenar, por fin tuvo tiempo de recuperar el aliento, poner en orden sus pensamientos y recordarse a sí mismo que esos días ya iba con la cabeza bien alta (¡recuérdalo, recuérdalo!). Que era uno de los miembros —el cuarto nada menos— del círculo más selecto del colegio. «No pierdas los nervios. Mantén la cabeza erguida. Como Sydney Carton.»

Luego el Babosa se acercó con mucho sigilo hasta él, y aunque Paul se preguntó qué necesidad tendría de hacerlo en ese momento, cuando podía esperar a la próxima reunión del club, no pudo evitar complacerle —y bastante ufano— haciéndole entrega del extraño objeto que había birlado del escritorio de Spier. No sin antes asegurarse, por descontado, de que Stanford no estaba mirando.

—No todos cumplen tan fácilmente —susurró el Babosa con una sonrisa sorprendida mientras guardaba en el bolsillo la ofrenda de Paul—. Llegarás lejos, tío.

Mis dos anfitriones están presentes cuando entro en el comedor, lo que hago a través de la doble puerta que hay en uno de sus extremos, puerta que debía de estar cerrada cuando he llegado al hotel, pues no recuerdo haber entrevisto

el comedor al llegar. Tampoco es que difiera mucho del resto de la casa. Idéntica profusión de pliegues y drapeados en las cortinas; también alfombras persas en el suelo y otras tantas escenas bucólicas de la campiña inglesa en sus paredes pintadas de rosa. Sólo las mesas, cuatro en total, desocupadas todas ellas pero impecablemente dispuestas, distinguen la habitación del resto.

—¡Ah! —exclama Giles, abatiéndose sobre mí como una corpulenta bailarina, ya caduca tal vez, pero todavía ligera de pies—. ¡Por fin! Nos tenía preocupados.

Se ha cambiado de camisa aunque, al igual que con la decoración, tampoco difiere mucho de la anterior. Estampada también, larga y vaporosa también, tanto que en una persona más bajita podría haber pasado por vestido.

—Siéntese en esta mesa mismo, ¿no? —añade retirando una silla—. Esta noche hay de sobra donde elegir. No tenemos más huéspedes. Lawrence le pondrá una copa ahora. ¿Qué le apetece tomar? Tenemos de todo..., ¿verdad, Lawrence?

Lawrence no es tan alto como Giles, ni tan voluminoso. Más bien tiene aire de pájaro y un rostro inquisitivo y afilado. Enseguida me tiende la mano.

—Bienvenido a Mokimolle —saluda—. ¿Es la primera vez que viene por aquí? Tiene que darse un paseo por la mañana y verlo a la luz del día. Desde el *koppie*, que no queda lejos, hay unas vistas fantásticas.

—¡Pero antes esa copa! —lo interrumpe Giles—. Deja que el pobre *ou* se pida algo, *skattie*, que estará sediento, y yo mientras le cuento lo que hay en la carta.

Pido un vino y el *bobotie*. Luego, ya a solas, continúo con mi mordaz repaso al comedor mientras ellos atienden a mis deseos, y se me ocurre que, dado que soy el único comensal, cuando llegue la comida es probable que se me exija hablar de mí. Y así es, efectivamente: una vez que Giles ha supervisado al camarero de uniforme que acude a servirme y que Lawrence me ha mostrado y descorchado la botella de vino, ya podrían los dos retirarse, pero no lo hacen.

—Tendrá que disculparme —suspira Giles, cerrando la puerta de la

cocina después de que el camarero salga—, pero es que si uno no está encima de ellos en todo momento...

—¿Qué le parece el vino? —lo interrumpe Lawrence, intuyendo por mi mirada que será mejor cambiar de tema—. Al menos una cosa que se hace bien en este país, ¿verdad?

Asiento de nuevo y luego añado, para complacerlo aún más, que el *bobotie* está delicioso.

—Otra cosa típica de nuestra tierra —dice con sonrisa satisfecha—. Es una receta malaya. La introdujeron los esclavos. En aquellos tiempos.

—¡*Ag, nee!* —exclama Giles, levantando la vista al techo—. Ya estamos otra vez. Como empiece a largar de historia, nos tiene aquí toda la noche.

—Uy, ¿estamos siendo impertinentes? —pregunta Lawrence, sustituyendo la sonrisa por una súbita preocupación en el semblante—. ¿Preferiría cenar a solas? ¿Quiere que nos vayamos?

—No, no, claro que no —me siento obligado a responder—. La compañía nunca está de más.

—¿Seguro?

Vuelvo a asentir con la cabeza, confiando en resultar convincente.

Giles le sugiere entonces a Lawrence que vaya a por la botella de vino que se estaban tomando y enseguida los tengo a ambos instalados en la mesa de al lado.

Durante un rato conversamos sobre generalidades: el tiempo, el estado de las carreteras en cuanto uno sale de Johannesburgo, que es una lástima que la gente ya no se atreva a viajar en tren.

—Bueno, no nos atreveríamos nosotros, ni usted —aclara Giles—. Porque es peligroso; con lo bien que estaban antes los trenes... ¡*Ag*, este país!

Siguiendo por esos derroteros, llegamos al momento de la verdad. Tienen mucho interés en saber cuándo he llegado. ¿Acabo de aterrizar? ¿Adónde me dirijo? ¿Voy a pasar sólo una noche con ellos o tengo intención de quedarme un tiempo por la zona? La gente lo hace, dicen. Tiene sus encantos.

Se basan en mi acento, qué duda cabe. Además de en mi palidez.

Y yo no intento sacarlos de su error. Finjo que es la primera vez que visito el país, efectivamente. Soy inglés, digo. Inglés de pura cepa. Les sigo

el juego y me las doy de europeo; no en el antiguo sentido sudafricano de la palabra, sino en la medida en que soy oriundo de allí.

Tampoco doy a entender que, en otros aspectos, tampoco somos tan distintos.

Cinco

Aquel *exeat*, Paul estaba sin duda invitado a la granja de Du Toit. Aunque, a juzgar por el comportamiento de éste durante el desayuno, nadie lo habría dicho. No dio señal alguna de que pocas horas después fuera a recibirlo en su casa y, cuando terminaron de desayunar, desapareció sin más, dejando que Paul abandonara a solas la penumbra del pasillo y saliera a la cegadora luz del día.

Aun así, y pese a aquel malestar en el estómago más comúnmente asociado para él con el término de dichos *exeats*, Paul siguió manteniendo la cabeza bien alta. ¿Y qué si esa invitación había llegado de una forma extraña y su perspectiva más bien le inspiraba temor? Al menos suponía una clara mejora respecto al trimestre anterior, incluso respecto a años anteriores.

No sólo eso. Mientras buscaba con la mirada la polvorienta camioneta blanca de los Du Toit, Paul sintió también la satisfacción de que, para alguien que se avergonzaba un tanto del coche de sus padres —un humilde Cortina, demasiado humilde comparado con los vehículos de otros padres, a menudo Mercedes y otros por el estilo, más grandes, más ostentosos y más caros—, viajar en una camioneta, por polvorienta que estuviera, era una perspectiva ilusionante. Y allí estaba, aparcada dentro del recinto, nada más pasar la verja de entrada.

Al otro lado de su limpiaparabrisas, Paul vio dos cabezas, aunque no las

distinguió bien a causa del polvo y del deslumbrante sol. ¡Vaya! Así que Du Toit, pese a su repentina desaparición, se le había adelantado. Sin embargo, al llegar a la camioneta descubrió que la cabeza que estaba junto a la del señor Du Toit era la de una niña, mayor que su hermano por lo que parecía, porque era evidente que se trataba de la hermana de Du Toit. Tenía el mismo pelo brillante que él, recogido en una coleta; el mismo bronceado impecable y el mismo aire displicente.

No sabía que Du Toit tuviera una hermana.

—Detrás de Laura, Paul, si no te importa —le indicó el señor Du Toit por la ventanilla abierta—. Mejor tira fuerte de la manija, porque va un poco dura, y echa al suelo todos los trastos que encuentres por medio. Pero ¿dónde se ha metido el *blerrie* de mi hijo? Éste es capaz de llegar tarde hasta a su propio entierro, ¿verdad, Laura?

Si Laura compartía su opinión, no lo manifestó. De hecho, ni siquiera volvió la mirada hacia Paul. Sólo los felinos ojos del señor Du Toit lo siguieron por el espejo retrovisor mientras se montaba en el asiento trasero de la camioneta y retiraba de allí una llave inglesa, un paquete de galletas vacío y un trapo pringoso que podría haberle manchado sin remedio sus pantalones de domingo.

De pronto se abrió de golpe la otra portezuela.

—Hola, papá. Hola, hermanita —dijo Du Toit al montarse—. ¿A qué esperamos? ¿A la próxima glaciación?

También eso resultaba ilusionante: presenciar de cerca el funcionamiento de otra familia. Poder observar detalles nimios como que Laura también llevara uniforme escolar: de color azul celeste, al igual que sus ojos, de lo que se deducía que también ella iba a un internado. No todos los días se podía conocer a una «santa», como denominaban entre los compañeros a las alumnas del cercano Saint Mary's.

Paul estaba deslumbrado.

—Menos cara y más respeto, jovencito —lo reprendió el señor Du Toit, metiendo la marcha—. Que tenemos un invitado, acuérdate.

En ese momento, Du Toit, que había estado apartando los cachivaches acumulados sobre su asiento, levantó la vista y, para asombro de Paul, miró

hacia él y le guiñó el ojo. Le guiñó el ojo y todo.

La granja de los Du Toit se hallaba al norte de Pretoria, a unos quince kilómetros de la zona residencial más nueva de la periferia: un territorio ignoto para Paul. Cuando salía de la ciudad con sus padres, por lo general se dirigían hacia el sur, o bien en dirección a Johannesburgo para ir de compras o hacia la costa, camino de sus vacaciones anuales. Rumbo a Ramsgate, Margate o Southbroom. Bueno, y una vez en dirección este, hasta las afueras de un *township* llamado Mamelodi, para dejar allí a Mosa, pues aquel día no circulaban los autocares.

La novedad del trayecto debería haberle ilusionado también; pero descubrió que en realidad no había gran cosa que ver, aparte de algún que otro árbol esporádico y tramos de tierra agostada a un lado y otro de una carretera asfaltada que no tardó en dar paso a un camino de tierra. De ahí el estado de la camioneta. No parecían terrenos adecuados para la labranza, asunto sobre el cual el señor Du Toit estuvo perorando mientras sorteaban los baches de la carretera y dejaban atrás una nube de polvo cada vez más grande.

—Mi tataratataratarabuelo —iba diciendo—, cuatro generaciones de bisabuelos atrás. Bueno, cinco para Andre y Laura, ¿eh? Él fue uno de los bóers que emigraron con Paul Kruger cuando la Gran Marcha, pero en aquel tiempo la granja era grande, más de doscientos *morgen* tenía. ¿Sabes lo que es un *morgen*, *mos*?

Paul tuvo que reconocer que no lo sabía.

—Pues la cantidad de tierra que un hombre puede arar con un buey en una mañana. *Eeen môre*. O *morgen*, en holandés o alemán. De media hectárea a hectárea y media, normalmente. Aunque con los años la granja ha ido reduciéndose cada vez más y ha habido que dedicarse a otras cosas. Es duro ganarse la vida con unas tierras como las nuestras.

Cruzaban en ese momento una verja al otro lado de la cual, sobre un pequeño promontorio, se alzaba una casita vulgar y corriente de una sola planta.

—¡Ya estamos, *ous!* —dijo el señor Du Toit, aparcando la camioneta bajo un eucalipto—. Vamos a ver qué nos tiene preparado Violet.

Encabezados por el señor Du Toit, los tres jóvenes subieron al *stoep* que bordeaba toda la fachada delantera de la casa. Allí se encontraron con unos vasos con refrescos y un plato de galletas esperándoles. Laura se sirvió, salió a la carrera hacia el otro extremo del porche y desapareció por una puerta. Entretanto, el señor Du Toit encendía un cigarrillo extraído del paquete que guardaba en el bolsillo de la camisa y aspiraba una honda calada.

—Mientras le enseñas la granja a tu invitado —dijo, exhalando serpenteantes volutas de humo—, hazme el favor y de paso ve a ver qué tal se encuentra Tsebo, ¿eh?

—*Ag nee*, papá. ¿Tengo que ir yo?

La protesta vino seguida de un repentino y gélido silencio.

—¿Ésas tenemos? —dijo el señor Du Toit, con la voz más estentórea que de costumbre—. No creas que porque haya un invitado en casa no te puedo arrear un *klap*. ¿Entendido?

Esta vez no hubo guiño ninguno.

—Le dices que estoy ocupado haciendo unas llamadas —prosiguió— y que tengo gente a comer. Tsebo lo entenderá. Que iré mañana, le dices. ¿Estamos?

Luego se marchó él también, dejando a Paul y Du Toit a solas.

¿O debía llamarlo Andre, ya que estaban fuera del colegio? Por su nombre, en lugar de su apellido. ¿Era ése el trato que uno se dispensaba de puertas afuera cuando entablaba amistad? Paul hubiera deseado saberlo, pero era la primera vez que se encontraba en una situación así; además, ¿quién le decía a él que fueran amigos de verdad? Demasiado pronto. Todavía era demasiado pronto para saberlo. Agarró, pues, una galleta, dio un sorbo cauteloso de su refresco y aguardó a que su compañero rompiera el hielo.

—Oye, Harvey —empezó Du Toit, respondiendo a la muda pregunta de Paul—, el Babosa me ha enseñado lo que pillaste.

Con semblante risueño, alcanzó un refresco a su vez.

—Es verdad que te eché un cable, cosa que no debes contarle a nadie, ni se te ocurra, porque se supone que no debo ayudar a nadie con su misión. Pero de todos modos, cumpliste. Y seguro que puedes encontrar más cosas. Sé muy bien que llevas un diario. Eres muy buen observador. O sea que tú

sigue así, al acecho, *ja?* Y esta vez ponlo por escrito, apunta lo que descubras o lo que veas. Si hay algo, quiero que me hagas un informe en condiciones, como en tu diario. Porque, oye, ¿a ti no te parece un poco raro que Spier nos hable del Mandela ese? Normalmente el tema es el mundo exterior. —Y, para concluir, añadió con talante malicioso—: ¿Y cómo es que tú también estabas enterado de lo del juicio ese?

Al igual que con Spier en Cultura General, no recuerdo con certeza las palabras exactas de Du Toit. Pero sí recuerdo su esencia, su intención subyacente. También recuerdo cómo se sentía Paul mientras lo escuchaba, dando sorbitos de su refresco y tratando de hincarle el diente a la galleta sin que se le desmigara por completo.

Puedo evocar también, con bastante exactitud, el momento en que le expliqué que Simon Tindall había estado en casa comiendo. Lo atento que estaba Du Toit mientras yo hablaba sobre el problemático hijo del párroco.

—Tus padres también son bastante raritos —dijo cuando terminé—, porque mira que tener amigos así...

Luego, como cayendo en la cuenta de que el comentario podía resultar ofensivo —la primera vez en su vida que había mostrado semejante consideración—, añadió enseguida:

—Pero no los has escogido tú, ¿no? Todos los padres son raros, cada uno a su manera.

Eso le permitió a Paul preguntar algo sobre lo que de otro modo no se habría atrevido a indagar: ¿dónde estaba la madre de Du Toit? La suya a esas alturas ya habría asomado.

—*Ag*, no está por aquí —dijo Du Toit, palideciendo bajo el bronceado.

Saltaba a la vista que no quería hablar de ella, y Paul se guardó muy mucho de forzar el tema. Du Toit no era persona a quien se pudiera forzar.

Un chirrido distrajo la atención de Paul. El señor Du Toit, aureolado todavía por una nube de humo, miraba ceñudo desde una ventana cercana.

—¿Has olvidado ese *klap* que te iba a arrear o qué? —gruñó.

El sol, alto en el cielo, emitía un intenso resplandor blanco que se tradujo en un inmediato cosquilleo de sudor en el cogote de Paul al saltar del *stoep* para seguir a Du Toit, quien ya había cubierto la mitad de la distancia que

separaba la casa de un conjunto de edificaciones anexas.

—¡Espera! ¡No vayas tan rápido!

Así empezó el recorrido de ambos por la granja, cuyo tamaño sin duda había menguado desde los aproximados doscientos *morgens* iniciales; el señor Du Toit no había exagerado. Los anexos, por ejemplo, eran ya sólo cuatro en total y, en realidad, no podían considerarse más que espaciosos garajes. Un coche oxidado, apuntalado sobre unos ladrillos, y un amasijo de máquinas agrícolas igualmente oxidadas —arados y herramientas por el estilo— ocupaban el primero de ellos; el segundo tenía el candado echado, el tercero estaba vacío y en el cuarto no había más que una pila de sacos.

—¿Qué hay en esos sacos?

—*Mielies* —respondió Du Toit, de espaldas a Paul—. Pero no son nuestros, ¿eh?, se los almacenamos a un vecino.

Habían emprendido el ascenso de un pequeño *koppie* que se alzaba por detrás de los edificios anexos, y fue allí donde, al aflojar el paso para subir la cuesta, Paul se atrevió por fin a preguntarle por el asunto de Lombard, que, como es natural, también lo tenía intrigado. ¿Por qué, quiso saber, dirigiéndose a la sudada espalda de Du Toit, Lombard ya no era su amigo? ¿Qué había ocurrido para provocar su marcha? Paul siempre había tenido entendido que Lombard era la mano derecha de Du Toit. ¡Nunca se hubiera imaginado que pudiera ser el Babosa!

Du Toit no respondió de inmediato. Sólo después de que hubieran alcanzado la cima del *koppie*, hizo un alto, se volvió de repente hacia Paul y lo miró a los ojos.

—A veces —dijo— la gente hace y dice cosas que a uno le sorprenden. Oye, ¡no es fácil ser el líder! —Entonces desplegó los brazos a todo lo ancho, como queriendo abarcar la vista que tenían ante sí, y sonrió sardónico—. La soledad de la cumbre. —Luego, ya con sonrisa desvaída, clavó de nuevo su insondable mirada en Paul y añadió—: Por eso confío en ti.

Por un instante, Du Toit pareció querer dar un paso adelante para tocar a Paul con la mano todavía extendida. Pero a continuación volvió ligeramente la cabeza, dejó caer la mano y Paul tuvo la impresión de que había sido todo un sueño.

—En fin, ahora ya ves —continuó Du Toit en voz baja, con la vista vuelta hacia el paisaje— lo difícil que es hacer que crezca nada en estas tierras.

Desde donde estaban, Paul vio también lo grande que debía de haber sido la granja en su tiempo. Y que las tierras que se extendían ante ellos de hecho seguían cultivándose, probablemente por quienes se las hubieran comprado a los Du Toit. Gracias a los aspersores de tamaño industrial, unos cuadrados de verdor intenso se perdían en la distancia, contrastando con el ocre predominante.

Luego reparó en otra fuente de agua: un pequeño embalse al pie de la colina, cerca del cual, tras una valla de bambú, se alzaba un conjunto de *rondavels* con sus techumbres de paja; en sus muros de barro todavía se apreciaban rastros de los dibujos geométricos pintados sobre ellos en otro tiempo.

—Ahí terminan nuestras tierras —dijo Du Toit, señalando—. Al lado del *kraal*.

—Entonces, ¿a qué se dedica tu padre ahora en realidad —se atrevió a preguntar Paul—, si ya no puede cultivar la tierra?

—Al gobierno —respondió Du Toit enigmáticamente—. A cosas para el gobierno.

—¿Qué tipo de cosas?

—¿Y a ti qué te importa?

—Es sólo curiosidad.

—Ag, ¡qué más da el trabajo! Es un rollo. ¿A ti tu padre te habla de su trabajo?

A decir verdad, sí lo hacía. Douglas pasaba gran parte de las comidas contando historias sobre lo que le había ocurrido a la gente que cometía la imprudencia de no contratar un seguro. Pero ya que Du Toit no deseaba hablar del trabajo de su padre, al igual que con el asunto de la ausencia de su madre, el tema quedaba prohibido.

Mientras, Du Toit había echado a trotar de nuevo, cuesta abajo esta vez, por el extremo del *koppie*, y a su pie se encontraron ante el embalse, cuyas aguas verde oscuro despedían un repentino y hediondo olor a vegetación podrida.

—¿Y ahora por dónde? —preguntó Paul arrugando la nariz.

—¡Por aquí! —ordenó Du Toit, girando bruscamente por un sendero con una quebradiza capa de barro seco, sobre la cual avanzaron hasta que al poco se toparon con el cercado de bambú que rodeaba las chozas que Paul había visto desde lo alto del *koppie*. Allí, Du Toit le explicó—: No podemos entrar en la choza a menos que nos invite, ¿entendido? Y no te pongas a hacer preguntas tontas de las tuyas. No tenemos tiempo. Además, es de mala educación.

Paul supuso que allí debía de ser dónde vivía Tsebo, fuera quien fuese aquel hombre. Pero ni eso tuvo tiempo de preguntarle, porque Du Toit ya se había colado por una rendija en la valla.

El suelo en el interior del *kraal* era aún más seco y polvoriento que el del camino, y no ofrecía a la vista más que unos matojos mustios y algunos trastos desperdigados con aspecto de chatarra: una palangana vieja de zinc, una lámina de chapa acanalada, un rollo de alambre y varias sillas desvencijadas, en una de las cuales, de cara al sol, se hallaba sentado un endeble anciano. Los escasos rizos que le quedaban en el pelo estaban ya completamente blancos, como blanca era también su rala barba, y un tosco cayado descansaba contra un muslo. Pese a todo, no carecía de dignidad. Sus ojos, que habían registrado la llegada de los muchachos nada más traspasar la valla, quizá estuvieran legañosos, pero también tenían vivacidad; y en contraste con la brillante negritud de aquella tez, su camisa blanca resplandecía.

—Has traído a un amiguito a verme —dijo al acercarse los dos—. Me gusta mucho conocer a tus amigos.

—*Dumela* —saludó Du Toit, inclinando la cabeza.

—¿Y cómo te llamas, pues? —preguntó Tsebo, porque no podía ser otro, mirando a Paul.

—Se llama Harvey —contestó Du Toit—. Vamos a la misma clase.

—Me alegro de conocerte, Harvey —dijo Tsebo levantando una mano—. Debes de ser buen amigo de Andre si te trae aquí. Eso me alegra. Un niño necesita buenos amigos. ¿Verdad, Andre?

—De hecho, lo ha invitado mi padre, si le digo la verdad. Y, además, sólo

para pasar el día —dijo Du Toit, con la cabeza gacha aún y los brazos colgando modosamente—. Dice mi padre también que vendrá a verlo mañana. Tenía unas llamadas que hacer y los padres de Harvey van a venir a comer.

—Dile a tu padre que hoy me encuentro bien. Que no se preocupe. —Tsebo miró de nuevo a Paul—. Todos los domingos, cuando no estoy bien, el padre de Andre viene a hacerme una visita. Es un hombre muy bueno.

—Pero nos tenemos que ir ya —lo interrumpió Du Toit—. No podemos llegar tarde a comer.

—¡Ja! —exclamó burlón Tsebo, y una desdentada sonrisa estalló en su rostro—. Si no, Violet se enfadará. ¡Ya lo sabe Tsebo! ¡Uuuy! —Sorbió el aire entre los dientes—. ¡Y cuando Violet se enfada, las cosas se ponen feas! —Juntó entonces las palmas de las manos y compuso a su vez una leve reverencia—. Id con cuidado, hijos míos, y volved pronto.

—¡Vamos! —ordenó Du Toit, extendiendo nuevamente la mano de tal forma que, por vez primera, llegó a tocar a Paul. Fue tan sólo un leve tirón del brazo, para apartarlo de allí—. ¡Vamos!

Mientras corrían de vuelta por el sendero ya marcado con las huellas intermitentes de sus sandalias, y bordeaban luego el pestilente embalse para remontar el *koppie*, Paul trató de interpretar lo sucedido a lo largo del día. Las inesperadas muestras de afecto de Du Toit, intercaladas con su frialdad de costumbre. El misterio de la madre. La displicente Laura. Tsebo y su supuesta mujer, Violet, pues a juzgar por cómo Tsebo había hablado de ella, Paul imaginaba que la tal Violet, a quien aún no había conocido, no podía ser sino su mujer.

¿Cómo funcionaba exactamente aquella familia, a la que se le había brindado tan inesperado acceso? Porque de una cosa no cabía duda: los Du Toit no eran como los Harvey. Los pensamientos de Paul derivaron entonces hacia Peggy y Douglas, y se dio cuenta de que los echaba de menos, los había echado de menos toda la mañana. Y mucho, a decir verdad. Si bien había visto a su madre durante el partido de cricket del día anterior, cuando acordaron que el señor Du Toit recogería a Paul por la mañana y que sus padres llegarían más tarde, en torno al mediodía, en realidad no habían

pasado mucho rato juntos: Peggy había estado demasiado ocupada hablando con el señor Du Toit. Además, se había presentado al partido sola. Al parecer, a Douglas le había surgido cierto trabajo imprevisto en el despacho.

Du Toit bordeó el último de los edificios anexos y el *stoep* apareció ante sus ojos de nuevo. Allí Paul vio: a una criada de uniforme con una bandeja, a Peggy con el mismo vestido ridículo que llevaba el día anterior para el partido de cricket, a Douglas con su traje habitual, y al señor Du Toit, con un cigarrillo en la boca, comandando los escalones.

—¡Por fin! —exclamó al ver a los niños corriendo hacia ellos—. A punto estábamos de enviar a una partida de rescate. ¿Eh, Peggy?

—Hola, cariño —sonrió Peggy, colocándose al lado del señor Du Toit—. ¡Pero qué sofocado vienes! ¿Por qué siempre tienes que correr?

Pese al vestido y a la absoluta previsibilidad de su saludo, Paul estaba deseando darle un abrazo. Pero no se atrevió. No con aquella gente alrededor. Además, el señor Du Toit descartó esa posibilidad al agarrarlo con fuerza del hombro.

—Como verás —dijo, apartando a Paul de Peggy y conduciéndolo escalones arriba—, Violet tiene otra cosita para ti en esa bandeja. Y después..., nada de protestas, ¿eh, Andre?..., os vais a lavar las manos y a buscar a Laura. La comida estará lista enseguida. *Ja, Violet? Is dit gereed?*

La criada asintió, indicando al mismo tiempo con un guiño muy al estilo de Mosa que Paul podía servirse otro refresco de la bandeja.

—¿Cómo está Tsebo? —le preguntó a Du Toit en voz baja mientras se servía.

Los adultos, en cambio, parecían haberse olvidado ya de su existencia, como era de esperar. El señor Du Toit estaba repitiendo, poco más o menos con las mismas palabras, lo que había contado en el coche aquella mañana, y Douglas y Peggy explicaron, si bien de forma más comedida, pues su historia no merecía tanto alarde, cómo habían llegado a su vez al Transvaal. La vida en Gran Bretaña al término de la guerra. El frío. Las cartillas de racionamiento. La escasez de oportunidades. El futuro incierto. Hasta que, finalmente, en parte gracias a un plan gubernamental, habían embarcado en el *Stirling Castle*. Hablaron de su primera impresión al encontrarse ante la vista

espectacular de Table Mountain cuando su barco arribó al puerto de Ciudad del Cabo. Del empleo que aguardaba a Douglas en Johannesburgo. Ya no tan espectacular, pero aun así, un buen empleo. De un futuro ya no tan incierto. Y luego de cuando los destinaron a Pretoria y su subsiguiente traslado a Nellmapius. De la entrada de Paul en St Luke's.

—¡Un pueblo precioso! —exclamó el señor Du Toit—. Tan inglés a su manera. Supongo que allí se sentirán como en casa.

—Bueno —dijo Peggy—, dentro de lo que cabe, sí, supongo que sí.

—¡No me puedo creer que lo ponga en duda! Además, apuesto a que la comunidad la tiene en gran estima. ¿Me equivoco?

Paul detectó algo en aquella risita de Peggy mientras se atusaba el pelo que no se correspondía demasiado con la manera de ser de su madre; algo más bien acorde, o eso pensó mientras la observaba desde el banco donde Du Toit y él habían ido a sentarse con sus refrescos, con su indumentaria. Lo cual debería haberlo alegrado, pues siempre había querido que Peggy se vistiera más al estilo de las demás madres. Pero, viéndola de aquella guisa, descubrió que en realidad no le hacía tanta gracia. Era un vestido demasiado llamativo. Corto además. Demasiado corto. Y demasiado ceñido también. Para llevar un vestido así, había que estar morena.

Al parecer, Douglas compartía su opinión; bueno, al menos a juzgar por la mirada que en ese momento le estaba dirigiendo a Peggy.

Luego el señor Du Toit exclamó, dando una palmada con sus rollizas manos:

—¿Listos, chicos? No sé vosotros, pero aquí este *ou* tiene un hambre de lobo.

Du Toit se levantó del banco y, tras lanzar un impaciente y rápido vistazo hacia Paul, llevó su vaso vacío a la bandeja que Violet había dejado sobre una mesita cercana y se precipitó hacia la puerta tras la que antes había desaparecido Laura.

—¡De verdad que no hay manera! —oyó Paul que su madre murmuraba con otra risita, al verlo salir disparado detrás de Du Toit—. ¡Qué modales, estos niños! Siempre corriendo, como si no supieran andar... Serán las hormonas, ¿no?

Pese a su similar distribución, la casa de los Du Toit parecía más espaciosa que la de Nellmapius. Los Harvey tendían a vivir más bien apretados, mientras que allí había cierta sensación de espacio, de libertad de movimientos; contaban con más habitaciones de las estrictamente necesarias para sólo un padre, dos niños y una madre que brillaba por su ausencia; así como con más muebles en dichas habitaciones, por lo que Paul pudo entrever mientras corrían por delante de sus puertas, muchas de ellas abiertas. Y, en las paredes parduzcas del pasillo, había hileras de fotos en blanco y negro. Adustos antepasados de los Du Toit, al parecer, todos muy bien trajeados y mirando a la cámara como para el Día del Juicio Final.

La habitación de Laura, cuya puerta estaba cerrada, se encontraba al final del pasillo. Una puerta cerrada, sin embargo, no suponía impedimento alguno para Du Toit, ni mucho menos, quien irrumpió en su interior sin llamar, anunciando:

—¡Ya está la comida!

Su hermana se había quitado el uniforme y estaba de pie junto a la ventana con un sencillo vestido azul que, si bien combinaba adecuadamente con el color de sus ojos, no reflejaba en lo más mínimo lo que se traslucía en su semblante: la rabia furibunda contra su hermano por no haber llamado antes de entrar.

—¿Quién demonios te has creído que eres, eh? —le espetó—. ¡Animal!

—Bueno, ¿vienes o no? —contestó Du Toit sin inmutarse—. Papá está esperando. No querrás que se mosquee.

Después se volvió para echar a correr otra vez por el pasillo y Laura desvió la vista hacia Paul, reteniéndolo brevemente con la manifiesta curiosidad de su mirada. Curiosidad a la que, sin duda, hubo que añadir la propia de Paul sobre lo que supondría tener hermanos, algo que a menudo se había planteado. ¿Acaso su vida sería diferente, menos solitaria, más fácil, más feliz, si tuviera un hermano o una hermana con quien compartirla?

—¿Se está portando bien contigo? —le preguntó Laura—. Porque si no, tienes que decirlo. Pero, oye, ¿qué haces aquí esperando? Yo no soy la que se tiene que ocupar de ti. Es hora de comer, *ja*? Eso ha dicho, ¿no?

El comedor de los Du Toit, cuando por fin llegó allí después de hacer un

alto por el camino para lavarse las manos, le recordó al de los Harvey. Igual de lóbrego, con muebles igual de austeros, aunque la mesa y las sillas, en lugar de ser de roble como las de los Harvey, eran de una madera muy oscura, casi negra en algunas partes, que le confería un aspecto recargado y tremendamente rancio. Al estilo de los retratos familiares, de los que había otros tantos colgando en el comedor con aire crítico.

Los padres de Paul ya estaban sentados, flanqueando al señor Du Toit, que se había adjudicado la cabecera de la mesa, y al llegar Paul le indicó dónde debía sentarse: delante de su hijo. La silla del otro extremo debía de ser para Laura, sobre la que el señor Du Toit inquirió de malas pulgas:

—¿Y ahora ésta qué hace que no viene?

Y cuando por fin apareció:

—A este paso, Laura, se nos enfriará la comida y tendrás que pedirle disculpas a Violet.

Luego bajó la cabeza y dijo solemnemente: «*Seën Here hierdie voedsel en die hande wat dit voorberei het en maak ons opreg dankbaar daarvoor. Amen*».

Bendecida la mesa, Violet, que llevaba un rato revoloteando como Mosa en torno a un barroco aparador de madera tallada, empezó a servir la comida en los platos allí dispuestos: una especie de pastel de carne y unas verduras que venían por separado y aguardaban en unas bandejas sobre la mesa.

—¡Adelante! —ordenó el señor Du Toit mientras Violet empezaba a servir los platos—. Ya pueden atacar. Sírvanse. No se corten.

—Huele de maravilla —dijo Peggy—. ¿Qué es?

—*Bobotie* —respondió el señor Du Toit, y explicó seguidamente que la receta original la habían llevado a Ciudad del Cabo los esclavos malayos, «en los viejos tiempos».

Paul, de todos modos, no escuchaba. Estaba absorto en la persona que tenía delante, intentando deducir por el semblante de Du Toit cómo debía reaccionar a su vez. ¿Qué tocaba ahora, alzar la mirada al techo haciendo aspavientos ante las rarezas de los adultos? ¿O compartir alguna risita con complicidad? ¿O acaso lo apropiado era mostrar hastío? Y a Laura, ¿había que incluirla en lo que quisieran comunicarse entre sí o simplemente hacer

como si no existiera, igual que hacía ella con ellos?

Simultáneamente, los adultos se habían puesto a hablar de historia: de historia y de su inevitable apéndice, la política. Tras ensalzar largo rato las maravillas de Sudáfrica —las razones por las que la gente siempre se había sentido tan atraída hacia el país desde sus orígenes en Ciudad del Cabo—, el señor Du Toit pasó a advertir sobre los peligros que acechaban bajo la cautivadora superficie: sobre elementos de los que había que recelar, si uno no quería meterse en líos. Obviamente, no pretendía insinuar que hubiera que preocuparse, como sabía que habían hecho algunos tras lo ocurrido en Sharpeville. No era eso lo que pretendía decir ni mucho menos; todo eso ya estaba bajo control, perfectamente bajo control. No, sólo que en un país como Sudáfrica era conveniente andarse con mucho ojo, sólo eso.

—Bueno, cuéntame —susurró Laura mirando a Paul—, ¿y mi hermano cómo es en el colegio? ¿Tan popular como dice?

Consciente de que los fríos ojos de Du Toit estaban clavados en él, Paul contestó:

—*Ja*, todos quieren ser amigos suyos.

—¿Todos?

—Pero no todos pueden.

—¿Por qué?

—Porque así funciona su club.

—¿Club? ¿Qué club?

Du Toit terció:

—Para mí que Barnabas no tiene idea de lo que está diciendo.

—¿Barnabas? —preguntó Laura—. ¿Quién es Barnabas?

En este punto Paul, captada la advertencia, se las ingenió como pudo para cambiar de tema; entretanto, el señor Du Toit iba diciendo:

—Supongo que estarán enterados de lo ocurrido este fin de semana. Lo de esa tal Helen Joseph a la que han condenado a arresto domiciliario. Por primera vez en la historia de este país; pero si no contáramos con leyes así, ya me dirán cómo demonios íbamos a poner freno a esa gente, ¿eh? Porque ya intentaron condenarla en otra ocasión, no sé si lo sabrán, pero se libró. Igual que el tal Mandela la última vez. No se puede confiar siempre en la justicia.

Aunque, tal como están las cosas, al menos la señora Joseph esa lo va a tener muy crudo para salir de su casa, eso por descontado.

En ese momento irrumpió Violet con el postre.

—Buñuelos de piña, *baas* Andre, ¡su favorito! —anunció Violet con una sonrisa, depositando la bandeja en el centro de la mesa.

Laura y su padre sonrieron a su vez.

—*Sal ons tweede kom, dan?* —preguntó el señor Du Toit.

—¡Papá! —protestó su hijo.

—Yo hoy no tengo ganas de que se me repita —dijo con sorna Laura—. Prefiero repetir.

—¡Laura! —Du Toit cada vez sonaba más alterado.

—No entiendo —dijo Paul.

—Andre —le explicó el señor Du Toit, sin borrar la sonrisa—, bueno, cuando Andre era pequeño, me refiero, una noche que también había buñuelos para cenar, dijo que quería que se le repitiera. Ninguno lo entendimos, hasta que su madre de pronto lo pilló: ¡lo que quería era repetir!

Violet, que ya había terminado de colocar los cuencos para el postre frente a cada uno de los comensales, preguntó en voz baja:

—*Koffie, baas?*

—*Ja* —respondió el señor Du Toit—. *Asseblief*. Pero en el porche, ¿eh? —Y una vez que Violet se hubo retirado, añadió la misma exhortación que al inicio de la comida—: Adelante, ataquen. No se corten.

Vaya, vaya, ¡quién lo iba a decir! Paul se descubrió sonriendo a su vez, para sus adentros al menos, mientras pinchaba un buñuelo. *Sal ons tweed kom?* Ya tenía el disuasorio perfecto para evitar que en el futuro se burlaran de su odiado Barnabas.

—Otra de nuestras especialidades —dijo el señor Du Toit mientras se servía un buñuelo—. ¿O en Inglaterra también se hacen *fritters* así?

—No —dijo Peggy—. No creo.

—¿Qué postres tienen en su pérfida Albión?

—Bueno —respondió Peggy—, el favorito de Paul es el *Queen of Puddings*, ¿verdad, hijo?

—¿La reina de los puddings? —tradujo el señor Du Toit con sorna—.

Tiene gracia. Muy monárquico.

—Pero delicioso, adictivo —afirmó Peggy—. El domingo pasado precisamente lo tomamos, ¿verdad, querido?

—¡Ah! —dijo el señor Du Toit—. Claro. Con el párroco. Y el hijo del párroco. ¿Cómo se llamaba el chico? Simon, ¿no?

Y así, mientras atacaban los humeantes buñuelos, que había que comer con cuidado, como descubrió Paul, si no querías abrasarte la lengua con la piña todavía ardiendo bajo la masa frita, la conversación derivó hacia los Tindall, sobre los que el señor Du Toit quería saberlo todo, hasta el último detalle.

Después de comer, los mayores se retiraron al *stoep*, Laura a su habitación y Du Toit hijo le preguntó a Paul, cuando ambos salieron a su vez del comedor:

—¿Y ahora qué?

—¿Tu padre no te obliga a dormir la siesta?

—¿Por qué iba a hacer eso? Ni que fuera un niño de teta. Podemos jugar en mi habitación o salir fuera.

—Fuera hará calor.

—Pues en mi habitación, entonces. Allí te veo. Tengo que ir al baño.

Du Toit salió a la carrera sin explicar dónde quedaba ese «allí», dejando a solas a Paul ante la adusta mirada del Du Toit cuyo retrato tenía delante. El antepasado llevaba una levita oscura abotonada hasta el cuello y, sobre ésta, una poblada barba que se había dejado sólo bajo el mentón y en torno a la mandíbula, como se estilaba antiguamente en el Transvaal. A saber por qué, pensó Paul, qué moda tan ridícula.

¡Pero ya estaba bien de antepasados! Había ido allí para pasar el día con un Du Toit viviente, de modo que volvió la espalda al retrato y se dirigió hacia la habitación de Laura, por donde supuso que debía de encontrarse también la de su compañero de clase. En aquel extremo de la casa, a buen seguro.

La primera habitación por la que pasó albergaba un piano y unas vitrinas altas pegadas a una pared que contenían partituras y varios instrumentos musicales de pequeño tamaño: un violín, un ukelele y un par de flautas.

Más adelante vio un despacho con un amplio escritorio hecho de la misma madera oscura que la mesa del comedor. Encima había unos papeles, cuidadosamente apilados; nada de desorden en su caso. Y en las paredes, por si no hubiera bastantes ya en el resto de la casa, otra serie de retratos, uno de los cuales lo hizo avanzar sigilosamente hacia el interior. Era una foto de Du Toit cuando era pequeño, de pie delante de su padre y de una mujer cuya cálida sonrisa y cabeza ladeada contrastaban gratamente con la rigidez exhibida por doquier. Una mano delicada se apoyaba sobre el hombro de Du Toit. Debía de ser su madre. Y parecía agradable, muy agradable.

Luego algo más atrajo la atención de Paul. Sobre los papeles cuidadosamente apilados descansaba el objeto que tantos sudores le había costado hurtar del despacho de Spier. El peine de madera, o lo que fuera aquello. A la vista de todo el mundo.

Mientras contemplaba estupefacto su hallazgo, se vio arrastrado por una vorágine de preguntas, suposiciones y fantasías descabelladas. Fue como si una sacudida sísmica obligara a confluir violentamente distintas partes de su vida, de su persona. Luego, tras decidir por fin que lo mejor que podía hacer era asegurarse de que Du Toit no se enterara de lo que acababa de descubrir, se retiró rápidamente y siguió pasillo adelante hasta que dio con la habitación que estaba buscando. Supo que era aquella porque en la estantería había una colección de tebeos, que enseguida empezó a hojear ávidamente, entre los que figuraban *Boy's Own*; *Eagle*, con el personaje de Dan Dare; y, el mejor de todos, *Beano*, con Dennis the Menace, los Bash Street Kids y Roger the Dodger. Para un niño limitado a los *Classics Illustrated*, con eso casi bastaba para relegar al olvido —bueno, al menos por un rato— lo que había visto sobre el ordenado escritorio del señor Du Toit.

—No te habrá dejado solo, ¿verdad? —oyó decir—. Sabe de sobra que eso no se hace.

Paul levantó la vista y sus sobresaltados ojos se toparon con los de Laura, de pie en el umbral: una imagen viviente y no fotográfica; de cuerpo entero además.

—Está en el baño —aclaró Paul—. No pasa nada.

—Aun así —dijo Laura, adentrándose en la habitación—. A veces es un

grosero. —Se apoyó despreocupadamente en la cómoda—. ¿Cuánto tiempo hace?

—¿Cómo?

—Que cuánto hace que sois amigos. Es que nunca te ha mencionado.

—Bueno —contestó Paul, renunciando al tebeo en el que estaba absorto—, sólo hace una semana que he entrado en su club.

—*Ja*, y encima lo del club ese. Dime, ¿es...?

Pero no pudo seguir indagando. Du Toit ya estaba de vuelta y miraba ceñudo y furibundo a la intrusa.

—¿Y a ti quién te ha dado permiso? —saltó—. Además, ¿de quién es invitado, eh?

—Tuyo, por supuesto —contestó Laura, levantando un bronceado brazo, fuerte y flexible, para apartarse un pelo de la cara—. Por eso precisamente no deberías dejarlo solo. Pórtate bien, Andre. Como a mamá le habría gustado. Es de mala educación hacer eso.

—¿Quién lo dice?

—¡Yo lo digo!

Los dos hermanos se miraron iracundos. Luego, tras echar un rápido vistazo en dirección a Paul con aire comprensivo, Laura salió de la habitación.

—Maldita cotilla —escupió Du Toit, lanzándose sobre la cama—. Siempre metiendo las narices donde no la llaman. Qué potra la tuya no tener hermanas. Porque no tienes ninguna, ¿no? Además, seguro que tampoco tu padre intenta humillarte delante de tus amigos como hace el mío.

—¿Lo dices por eso de que se te repitiera? Era una broma, ¿no?

—Crees que puedes confiar en ellos —dijo Du Toit con talante sombrío—, pero qué va. No sabes cómo lo odio. Y a ella igual. La tienen tomada conmigo. ¡Maldita familia!

Paul pensó en todos los retratos de las paredes. Y en su propio círculo familiar, mucho más reducido y lejano; sobre todo en su abuela, quien sólo había ido a verlos en una ocasión, pero que aun así no dejaba de escribirle y a quien, naturalmente, debía agradecer aquel diario. Al recordarlo, pensó que quizá fuera el momento idóneo para pedirle cuentas a Du Toit, aprovechando

que por una vez mostraba su lado vulnerable, y preguntarle por qué, si tan mal le sentaba que se metieran con él, le había parecido aceptable meterse con Paul y robarle el diario.

O ¿dónde estaba su madre? Podía aprovechar para preguntarle por ella. O por el club. Por la expulsión de Lombard. Por el ascenso del Babosa. Incluso por lo que había visto sobre el escritorio del señor Du Toit. Incluso eso le podría preguntar.

Pero Du Toit, recuperado ya, se le adelantó.

—Bueno, ¿y qué le has dicho? Sobre el club. No me digas que nada porque la he oído preguntarte.

—Nada. ¡Te lo prometo!

—Júramelo. Porque si quieres seguir en el club, tengo que poder confiar en ti. No debes contar nada que tenga que ver con él a nadie. Nunca. ¿Entendido?

Paul asintió, aturdido.

—¿Y tú cuántos coches de juguete tienes? —dijo a continuación—. ¿Quieres ver los míos?

Abrió bruscamente el armario y puso a la vista una colección de coches en miniatura que superaba con creces, tanto en variedad como en número, a la de tebeos. Si a Du Toit le faltaba algo en la vida, desde luego no eran juguetes.

Levantó un cochecito azul de elegantes formas, con los alerones traseros terminados en punta, el techo de color beige y una banda beige a juego en los laterales, y dijo con sonrisa vehemente:

—DeSoto Fireflite. Me lo regalaron en vacaciones. Chupi, ¿eh?

Recuerdo también, de aquel funesto día, la vergüenza que sentí cuando Du Toit y yo volvíamos por aquel pasillo después de jugar con sus coches en miniatura y pasé, por segunda vez, junto al despacho de su padre: vergüenza por haber traicionado en cierto modo a Spier, que tan amable había sido siempre conmigo.

Recuerdo que Violet nos había dejado preparados otros refrescos en el

porche, y que los mayores estaban tomando el té. Y el alivio que sentí al comprobar que allí bastaba con que te tomaras una galletita más, no como en mi casa.

Recuerdo que en un momento dado se mencionó de nuevo a Tsebo, porque fue entonces cuando me enteré de que lo habían operado de no sé qué. Y que Violet, presente todavía, se mofó con risita burlona y dijo: «¡Un gandul! ¡Un gandul de mucho cuidado es lo que es!».

Aunque en lo tocante a comportamientos femeninos quien destaca en mi recuerdo es mi madre. El modo en que echaba hacia atrás la cabeza cuando se reía, como si estuviera en un escenario, bajo los focos. El modo en que se pasaba la mano grácilmente por su exuberante cabellera. Mientras que mi padre, sin apenas despegar los labios, se limitaba a observar; a observar con mucha atención.

Recuerdo también que cuando llegó la hora de marcharse, dado que también había que llevar a Laura de vuelta al colegio, se decidió que, si el señor Du Toit se encargaba de llevarla a ella, mis padres podrían dejarnos a su hijo y a mí en St Luke's. Para evitarle al señor Du Toit tanto viaje.

También puedo evocar el momento en que, junto al eucalipto de la entrada bajo el cual estaban aparcados los coches, el señor Du Toit, rodeado por volutas de humo, fumando una vez más, tendió una mano para estrechar la mía en el momento de despedirse y el vello de su dorso pareció incendiarse bajo el sol.

Esta vez era mi madre la que observaba.

Y ya en el coche, mientras la tierra del camino se transformaba en asfalto y el *veld* daba paso a la periferia urbana, Peggy había intentado averiguar, si bien sonsacándolo con mucho tacto, qué había sido de la madre de Du Toit.

Y Douglas había dicho: «Peggy, déjalo». Y luego: «A veces no hay quién te entienda, de verdad te lo digo».

También recuerdo que aparcamos en la rotonda del colegio, y a mis padres dándole las gracias a Du Toit por el maravilloso día que habían pasado en su casa, y el modo en que Du Toit echó a correr, como si se alegrara de perdernos de vista. Recuerdo a mi madre sacando del maletero una lata con pasteles y galletas para la semana siguiente y luego dándome un beso de

despedida.

Y cómo, después de que yo saliera disparado a mi vez hacia la escalera de la entrada, me detuve un instante para volverme hacia ellos. Para dirigirles un último gesto de despedida con la mano, como teníamos por costumbre. Y que al ver a los dos, el uno al lado del otro, frente a su humilde Cortina, y a mi madre con aquel vestido, otra imagen vino a superponerse a la de Peggy y Douglas junto al coche: la imagen de Peggy y el señor Du Toit después de que ella se hubiera colocado a su lado en los escalones del porche de la granja cuando Du Toit y yo echamos a correr hacia ellos.

Y a mi madre diciendo: «¡Pero qué sofocado vienes!».

Cuando, en realidad, la que estaba sofocada era ella.

Seis

Paul se encontraba en la caseta de cricket, apareando los protectores para las piernas, tarea que a menudo le encomendaban al término de los partidos. Los profesores sabían que no protestaría por tener que comprobar que el número escrito al dorso de cada protector coincidiera con su pareja antes de guardarlos, tras haberse asegurado previamente de que no faltara ninguno, en la taquilla correspondiente. Paul ejecutaba esa clase de tareas con una eficacia impecable. Todos los profesores lo decían.

En la taquilla se guardaban también las coquillas de los bateadores, que por alguna razón que Paul aún no lograba formular ejercían una extraña fascinación en él. Se disponía precisamente a levantar una de ellas, con intención de recorrer con un ilícito y voluptuoso dedo su moldeado contorno, cuando oyó que alguien lo llamaba.

Giró en redondo y vio al Babosa asomándose por la puerta abierta.

—¿Qué pasa ahora? —saltó.

—Reunión del club —anunció el Babosa mientras pasaba al interior—. Llevo horas buscándote. ¿Qué haces? No te habré pillado in fraganti, ¿no?

Paul se apartó de la taquilla que lo delataba.

—A ti qué te importa —le contestó Paul, y luego, por si el Babosa no lo pillaba, añadió con la misma brusquedad—. ¿Me has oído?

El Babosa, por lo general, encajaba los rapapolvos sin el más mínimo

empacho. Aquel día, sin embargo, se acercó a Paul, lo miró abriendo mucho los ojos y dijo:

—Perdona, no pretendía ofenderte, Harvey.

Dio la impresión no sólo de querer disculparse, sino de intentar algún tipo de acercamiento. ¿De ofrecimiento de amistad quizá, ahora que ambos formaban parte del club? Paul, sin embargo, no estaba dispuesto a seguirle el juego.

—No importa, ya he terminado —dijo, todavía con brusquedad—. Si quieres nos vamos.

Salieron de la caseta en silencio y el Babosa tardó un rato en atreverse a preguntar, mientras iban al trote hacia las lindes del recinto:

—¿Y cómo es la granja en realidad? ¿De verdad que tiene tantos coches de juguete? ¿Y su hermana? ¿Es tan guay como dice?

—¿Eso dice? —preguntó Paul, sorprendido.

El Babosa asintió.

—Además de lista, según él, y buena gente. Son uña y carne, por lo visto. Tienes que habérselo oído decir.

—¿Qué otras cosas dice?

—¿De su hermana?

—Estaba pensando más bien en su madre. ¿Te ha hablado alguna vez de ella?

El Babosa se subió las gafas, que siempre solían resbalársele por aquel pegotito rosa que tenía por nariz, y meditó un momento su respuesta. Luego contestó, aunque cauteloso:

—¿Por qué?, ¿ha pasado algo?

Pero si el Babosa no estaba al corriente, no sería él quien lo pusiera en antecedentes. Además, ¿qué iba a contarle, si él mismo apenas sabía nada? Tampoco tenía intención de hablarle de la granja, pese a que el Babosa a todas luces se moría de ganas de saber.

—Da igual —respondió Paul—. Tonterías.

El Babosa, que ya empezaba a jadear levemente, dijo entonces:

—No sabes la suerte que tienes. Lombard también estuvo invitado, cuando era el número uno. Un par de veces. No entiendo por qué yo no. ¿Por

qué a ti sí te invita y a mí no? —Luego, tras reflexionar un momento, añadió —: ¿Tú crees que podrías preguntárselo? Te daría algo a cambio.

—¿Ah, sí? ¿Como qué?

—Pues parte de las chuches o pasteles que traiga de casa. Ya sé que te dan muy poca paga.

Pero si el Babosa imaginaba que eso contribuiría a su causa, estaba muy equivocado. Comentar el dinero que te daban para tus gastos era tanto como insultar a tus padres; y eso sólo los más débiles de carácter lo habrían aceptado. Pero Paul no tenía intención de mostrarse débil con el Babosa, ¡con él menos que con nadie!

—Si tanto quieres saberlo, pídeselo a otro —dijo, apretando el paso para distanciarse de su jadeante compañero—. No soy tu criado.

Saltaron ambos a la zanja, y un corrillo de críos levantó la vista, como suricatas. Luego desaparecieron entre risitas por la puerta de su cabaña mientras el Babosa llamaba con aire solemne a la puerta de otra asociación más distinguida

—(Toque) Pido... (toque) permiso... (toque) para... (toque) entrar.

También en otros aspectos la reunión subsiguiente se pareció a la primera a la que Paul había asistido. Una vez más, los otros ya estaban presentes cuando el Babosa y él agacharon la cabeza para entrar en la cabaña; dentro había el mismo olor a humedad y putrefacción vegetal, la misma penumbra y, en el trono, tocado con el mismo casco de plástico, la adusta y solemne figura de su cabecilla.

El Babosa echó mano del sujetapapeles. Se pasó lista tan innecesariamente como la vez anterior (y de manera igualmente vergonzosa), se levantó el acta de rigor y a continuación el cabecilla pronunció un breve discurso. Un discurso, por lo demás, sumamente satisfactorio en lo que a Paul respectaba. La semana anterior se le había asignado el cuarto lugar en el ranking. Esa semana, cumplida con éxito su misión, había ascendido de pronto al tercer puesto. Por encima de Horton.

—¡No es justo!

La objeción, naturalmente, partió del nuevo número cuatro.

—¿Perdona? —fue la glacial réplica del cabecilla.

En el silencio subsiguiente, se agacharon cabezas, se desviaron miradas y, durante unos minutos que se hicieron eternos, Paul lo único que oyó fueron las risitas sofocadas de los críos en la cabaña vecina.

—Murray, pregúntale a Horton qué problema tiene —ordenó Du Toit, interrumpiendo el silencio.

—Horton, ¿qué problema tienes? —preguntó el Babosa, obediente.

—Aún no sabemos qué misión le encargaste a Harvey —respondió Horton.

Silencio de nuevo, interrumpido por la mano derecha del jefe.

—Horton tiene razón, jefe. Es verdad que en la última reunión dije que...

Pero Du Toit lo cortó secamente.

—Si yo decido que la misión debe ser secreta, ha de mantenerse secreta. ¿De acuerdo? ¿Entendido?

Paul seguía con la vista en el suelo. Sin embargo, percibía la mirada de Du Toit saltando de uno a otro; lenta, fija y autoritariamente.

—¿Qué somos? —terminó preguntando.

Todos corearon de inmediato:

—¡Tu club!

—¿Qué hacemos?

—¡Trabajamos juntos!

—¿A quién tememos?

—¡A nadie!

—¿Y a quién seguimos?

—¡A ti, jefe!

Satisfecho, el cabecilla anunció que Horton tendría que desempeñar en algún momento otra misión, aún sin determinar. No se asignó ninguna otra más, si bien el Babosa le recordó que les había prometido hacer una incursión contra los pequeños de la cabaña vecina algún día, ya que se sospechaba que uno o más de los suyos habían tenido la desfachatez de entrar en la sede del club cuando no estaban.

Luego despidió a la concurrencia.

Fuera, atardecía ya, y el manto de oscuridad que arrojaba la tierra para pasar la noche hacía que el habitual azul distante del cielo se viera como algo

más negro y a la vez más cercano en apariencia. Un destello refulgente irrumpió en la conciencia de Paul: el aparato dental de Horton, pringado de saliva.

—Ya me enteraré —murmuró rabioso, acercando su cara llena de pecas a la de Paul—. Y como no sea algo muy difícil de verdad, vas a ver lo que es bueno. ¡Misión secreta! ¡Ja! ¿Por qué tiene que ser secreta la tuya?

Luego Horton se quedó atrás y en su campo de visión orbitó otro rostro, con los ojos de un azul frío y calculador, a tono con el color que el cielo había perdido.

—No te preocupes por ellos —dijo Du Toit, acompasando sus pasos a los de Paul—. Enseguida se les olvidará. Tú sigue atento. Por cierto, ¿y si vuelves a traer el diario al colegio? Esta vez no lo tocaré, te lo prometo, así lo usas para registrar como es debido lo que veas o descubras. Para tu informe. *Ja?*

—Oye una cosa —dijo Paul, estimando que por fin había llegado el momento—. ¿Por qué lo hiciste?

—¿Por qué hice qué?

—Robármelo, qué va a ser.

—*Ag*, si sólo era por unos días, tío.

—Eso ya lo sé. ¿Y?

—Pues nada. —Du Toit guardó silencio un momento—. Que como siempre dice Spier: no deberíamos creernos mejores que los demás.

La respuesta dejó a Paul completamente descolocado.

—¿Sólo porque lleve un diario se supone que me creo mejor que los demás?

—Bueno, te distingue, eso está claro —respondió Du Toit—. ¿Tú sabes de alguien más que lleve un diario? Y vale, sí, me picaba la curiosidad, lo reconozco.

—¿Cuánto leíste?

—Lo suficiente como para saber que necesitas ayuda.

—¿Ayuda? ¿Yo? ¿Por qué? —replicó Paul, aun intuyendo por dónde iban los tiros.

—No te hagas el tonto, Harvey. ¿Tú dónde naciste?

—Pues aquí, dónde voy a nacer.

—Entonces ésta es tu tierra, ¿no? No deberías estar siempre curioseando sobre lo que pasa en otras. Al fin y al cabo, tampoco son mejores. De hecho, si lo piensas bien, muchas veces son peores. Vietnam del Norte. Cuba. En fin, sólo quería ayudarte, ya te digo.

Aquella noche, después de que apagarán las luces, Paul se quedó largo rato contemplando su habitual rectángulo de cielo. A veces, detenido en esas contemplaciones, las estrellas le brindaban una especie de liberación, pues su misma distancia y obvia indiferencia le permitían ver sus preocupaciones con perspectiva. Esa noche, sin embargo, tuvo la impresión de que el mundo no sólo se mostraba desconsiderado, sino decididamente inescrutable. Tan enigmático como el proceder de un Du Toit. De todo punto indescifrable para un simple Harvey.

Se puso de lado en la cama y se concentró en otra táctica a la que solía recurrir para tranquilizarse cuando no lograba conciliar el sueño, que consistía en erigirse secretamente como soberano del reino que imaginaba para sí desde su lecho: montañas y valles de un mundo en miniatura en su cubrecama, habitados por seres como hormigas a los que él, como monarca absoluto que era, ataviado con una capa imaginaria de suntuoso terciopelo y empuñando un imaginario cetro con cierto aire a coquilla, dominaba por completo.

—*Omphaloskepsis* —dijo Spier, escrutando con sus inquisitivos ojos castaños al semicírculo de muchachos que tenía sentados delante—. ¿Algún voluntario?

Como era de esperar, el reto fue recibido por seis miradas tan fijas como vacías. Formar parte de una tertulia de cultura general no significaba que por ello hubieran de comprender el griego clásico; ni siquiera que supieran que aquello era griego clásico.

—¡Bien! —dijo Spier—. *Omphalos* significa ombligo. *Skepsis*, el acto de

mirar. ¿Así que si unimos las dos palabras quiere decir...?

—¿Mirarse el ombligo? —aventuró Lombard.

—No me refería al sentido literal, Lombard —rezongó Spier—. Eso acabo de decíroslo. Pensad en sentido amplio. Metafórico, si queréis.

Más miradas vacías.

—Está bien, os leeré algo que salió en el periódico del lunes —siguió diciendo y revolvió en su escritorio hasta dar con el *Pretoria News*, que levantó en alto con los titulares mirando hacia ellos—. Edición del lunes, en primera plana por si fuera poco, y fijaos en la parte inferior de la página:

FUDGE, NUESTRA GATA, HA DESAPARECIDO;
SUS GATITOS LA ESPERAN.

—Ay, sí, es verdad, señor Spier —dijo Bentley—. *Fudge* se ha hecho famosa. Mi madre dice que no dejan de sacarla en el periódico porque dio a luz a esos gatitos debajo del escritorio de un periodista. Pero eso usted ya lo sabrá, porque también lee la prensa.

—Es posible —dijo Spier secamente— que a mí me interesen noticias de más envergadura. En cualquier caso... —Apoyado en el escritorio, Spier enderezó el periódico, se aclaró la garganta y empezó a leer—: «Ha desaparecido nuestra gata *Fudge*. Sus cinco gatitos, a cuya experiencia de este triste mundo ahora debe sumarse cierto conocimiento de los zarpazos del hambre, maúllan de añoranza. *Fudge* fue vista por última vez el sábado a las 11:27 de la noche. La mañana siguiente, a eso de las once, un redactor del periódico llegó a este rotativo en misión de misericordia: con un paquete de pescado crudo para ella. Dado que *Fudge* continuaba desaparecida, dejó el pescado en el sitio habitual y se marchó. Al regresar a las cinco y media de la tarde, el pescado seguía intacto y los cinco gatitos maullaban hambrientos. Cuando una de las operadoras del teletipo entró a ordenar los mensajes que vertían las máquinas, tomó cartas en el asunto y, valiéndose de una cucharilla, dio de comer artificialmente a los gatitos. Luego se los llevó a su casa y se levantó repetidas veces a lo largo de la noche para seguir alimentándolos. Esta mañana los pobres huerfanitos han probado por primera

vez la carne picada y les ha gustado. ¿Qué ha sido de *Fudge*? ¿Fue víctima de un atropello? El departamento municipal encargado de recoger a los animales muertos afirma que no. Ni un solo gato ha perdido la vida en las carreteras de Pretoria a lo largo del fin de semana. J.C. Mooiman, encargado del servicio de recogida de la Sociedad Protectora de Animales, nos aseguró que allí no se encontraba, y de paso nos explicó cómo había que alimentar y cuidar de los gatitos. ¿Qué ha sido de *Fudge*? ¿Estará encerrada en algún armario? ¿Se habrá extraviado? ¿Alguien se la habrá llevado? No se sabe. Pero si todavía sigue viva, a estas alturas debe de estar sufriendo a causa de la leche retenida. La redacción de este periódico sospecha que la gata busca una vez más publicidad, y que en algún momento del día aparecerá con una chispa ufana en la mirada y una cabeza de pescado entre los dientes».

Cuando terminó de leer, Spier levantó el periódico de nuevo y señaló el titular principal de la portada:

SABOTAJES EN SEIS PUNTOS DISTINTOS.

Junto a éste había un segundo titular, sobre el que también nos llamó la atención:

EL JUICIO A MANDELA SE APLAZA UNA SEMANA.

Entre ambos titulares, un par de fotos: la primera de una muchedumbre tras un cordón policial y la segunda de una joven negra con un tocado tribal y montones de collares de cuentas ceñidos al cuello.

—¡Bueno! —dijo Spier, dejando a un lado el periódico—. En una semana en la que se llega al extremo de someter a arresto domiciliario al primer ciudadano del país y en la que da comienzo el juicio del señor Mandela (aunque luego se aplazara, claro), con tal muchedumbre congregada a las puertas de los juzgados (por mucho que el juicio se celebrará aquí en Pretoria) que requirió de presencia policial, y pese a que marido y mujer comparecieran con vestimenta tribal (su mujer es la de la foto, para vuestra información) plantándoles cara a las autoridades, ¿qué se le ocurre al *Pretoria*

News publicar en portada? ¡La noticia de la gata *Fudge!* Así que, repito: *omphaloskepsis*. ¿Alguien sabe ya por dónde voy?

—¿Insinúa que no deberíamos interesarnos por la gata *Fudge*, señor Spier? —dijo Bentley—. Pero eso sería cruel, ¿no?

—Esos gatitos sobrevivirán —dijo Spier y se puso a deambular por el despacho—. Tienen a toda una empresa periodística, a toda una ciudad, pendiente de ellos. De manera que si vamos a hablar de hambre, que reconozco que es un tema importante, ¿qué pasa con los millares de niños negros que, a tenor de las recientes estadísticas, están muriendo de hambre? Muriéndose literalmente. —Miró con insistencia a uno tras otro—. ¿Alguno de vosotros sabe qué jornal percibe, aproximadamente, un minero medio? Un minero de raza negra, me refiero.

Silencio de nuevo.

—Hay casos, y no son tan aislados, en los que ocho rands a la semana. Mientras que un minero blanco, cualificado, eso sí, puede llegar a ganar incluso diez veces más. Un tema más pertinente que el de los gatitos, ¿no os parece? —Spier detuvo sus pasos y se apoyó una vez más en el borde del escritorio—. ¿O qué tal si analizamos el concepto de *arresto*? ¿Qué significa la palabra? *Arrestar*.

—Detener a alguien —respondió Lombard seguro de sí mismo.

—¿Y eso conlleva?

Detrás de las gafas, el semblante de Lombard pareció perder algo de aplomo.

—No entiendo.

—Cuando se detiene a alguien, ¿qué suele significar por lo general?

—Que se le mete en la cárcel —intervino Bentley, acudiendo al rescate de Lombard.

—¡Exacto! —exclamó Spier—. Luego no parece lógico utilizar una casa como cárcel, ¿no?

—No, señor Spier —terció Horton—. Una casa es donde uno vive. En las casas no hay celdas, ni carceleros, ni vallas eléctricas, ni torretas de vigilancia, ni nada de eso —dijo, enumerando con cierto entusiasmo todas las características de un presidio que se le venían a la cabeza.

—Entonces —dijo Spier—, ¿os parece bien que se encierre a una persona bajo llave en su propia casa? ¿O es una distorsión de la justicia? Por otro lado, ¿hay otras maneras de encarcelar injustamente a una persona? ¿Os parece, por ejemplo, que podemos llegar a convertirnos en nuestros propios carceleros? ¿Podemos caer en la trampa de encerrarnos y tirar la llave por el mero hecho de no hacer o decir lo que sabemos que otras personas podrían no querer que hiciéramos o dijéramos?

Spier miró fijamente a sus tertulianos.

Y yo me pregunto, una vez más: ¿diría Spier realmente todo eso? ¿O estaré atribuyéndole más que de costumbre, habida cuenta de lo que ahora sé, palabras que no dijo? Desde luego en aquella tertulia no se anduvo con rodeos, yo diría que incluso buscaba polémica, eso lo recuerdo con toda claridad. Aunque eso es todo lo que me viene a la memoria, francamente, porque Paul no prestaba demasiada atención. ¿Cómo iba a hacerlo? Tenía otras cosas en las que pensar. Por ejemplo, ¿cómo iba a buscar algo en el escritorio de Spier ese día?, ¿y sin que la desasosegante inquietud que seguía sintiendo por haberse convertido en semejante espía, por haber traicionado la confianza de Spier, no supusiera una traba? ¿Lograría encontrar algo más interesante que aquella especie de peine y, con ello, ascender de categoría en aquel otro círculo del que ya formaba parte?

Entretanto, los demás habían llevado la conversación nada más y nada menos que al tema del tiempo. Se rumoreaba que, a juzgar por la temperatura del día anterior —35 abrasadores grados a la sombra, según el periódico—, era muy posible que el verano fuera más achicharrante de lo habitual. Stover estaba preocupado por cómo podría eso afectar a la hierba del campo de juego, Bentley por las jacarandas de la ciudad, en plena floración púrpura —de ahí había copiado el colegio su color distintivo—, que quizá perdieran sus brotes antes de tiempo, mientras que Du Toit sostenía que lo preocupante en realidad era Free State, la provincia granero de Sudáfrica, donde, o al menos eso le había dicho su padre, la sequía era tan grave que los granjeros no sabían si sobrevivirían o no al verano, literalmente. ¡Ahí sí que había peligro de hambruna!

El hambre figuraba también en otro contexto: la inminente cena,

anunciada, qué duda cabe, por Lombard.

Como en la ocasión anterior, Paul no se sumó a la estampida general hacia la puerta, sino que se las ingenió para pasar muy despacio por delante del escritorio de Spier, o al menos tan despacio como se atrevió, pues esta vez no contaba con la ayuda de Du Toit, quien, como de costumbre, había encabezado la estampida. Miró furtivamente hacia el habitual desbarajuste de periódicos, bolígrafos, lápices, gomas y demás, hasta que, asomando entre la pila de cuadernos de ejercicios, vio la libretita negra en la que Spier solía anotar los libros que prestaba. ¿Merecería la pena llevársela? Sí, ¡por qué no! Sin embargo, al levantar la vista para asegurarse de que nadie lo miraba, descubrió con horror que los demás ya se habían marchado y él quedaba al descubierto por completo.

—¡Vamos, Harvey! —refunfuñó Spier, que esperaba con la puerta abierta—. ¿No tienes hambre o qué?

Paul agachó la cabeza y se precipitó hacia la puerta obedeciendo a su profesor, quien, aunque solía percatarse si estabas nervioso, ese día se limitó a darle unas palmaditas en el hombro cuando pasó escabulléndose por su lado.

¡Buf!

Aliviado de verse fuera, aunque al final no hubiera logrado arramblar con nada, echó a correr, aturdido, hacia el edificio principal procurando no darle muchas vueltas a su fracaso. Ya tendría tiempo más adelante de seguir recabando información y robar otras cosas, se dijo. No tenía ni idea de dónde ni cómo, pero si no quería volverse loco, más le valía pensar que encontraría el modo y el momento de hacerlo posible.

Como así fue, efectivamente, y al poco tiempo. Sólo que ni mucho menos como podría haber previsto.

La tarde siguiente, después de los partidos, tenían permiso para bañarse en la piscina, en dos tandas, primero los pequeños y luego los mayores. Así que Paul se llevó la toalla y el traje de baño al partido de cricket para después poder ir directamente a darse un baño. Botma estaba a cargo de la vigilancia

y, cuando señaló el final del partido, cosa que hizo yendo a por la chaqueta que había dejado colgada sobre los tres palos a espaldas del bateador para sacar las cerillas y la pipa, Paul abandonó su posición en el centro del campo para correr hacia el borde, donde había dejado la toalla enrollada. Al hacerlo, oyó a alguien advirtiéndole a voces:

—¡Rápido, tío, agáchate!

Labuschagne, que hasta el momento había estado ocupando la posición de lanzador, debió de querer efectuar un último lanzamiento en dirección a Horton, y éste seguramente había redirigido la pelota hacia Paul. O eso supuso Paul, pues la esquivó instintivamente y al hacerlo tropezó con un trozo de cuerda que alguien debía de haber tensado a todo lo largo de la línea divisoria del campo. Pheko, seguramente, ya que durante el partido lo había visto agachado repasando la línea con una nueva capa de pintura blanca.

Paul cayó de bruces en el suelo, con el codo por delante. No muy lejos de él, la pelota cayó a su vez; Paul oyó el golpetazo, seguido de una oleada de risas a lo lejos. A continuación llegaron unas pisadas y de pronto su mirada se encontró ante un par de ojos oscuros y extraños.

—¿Se ha hecho daño el *baas*? —preguntó el joven encargado de mantenimiento, aunque, naturalmente, sin hacer amago de intentar ayudarlo a levantarse, como habría hecho un profesor.

—No, estoy bien —contestó Paul—. De verdad.

Se puso en pie rápidamente y se sacudió los pantalones manchados con fingida despreocupación, pese a que el codo, al que no le echó ni un vistazo, empezaba a dolerle.

—¡Pero el *baas* está sangrando! —dijo Pheko—. ¡Tome!

Del bolsillo de los pantalones cortos sacó un pañuelo que, a diferencia del resto de su atuendo, estaba impoluto; de hecho, su reluciente blancura le recordó la camisa del anciano Tsebo.

Al evocar a Tsebo y cómo se había comportado Du Toit con él durante su visita a la granja (con tan sorprendente cortesía), Paul dudó un momento antes de declinar el ofrecimiento de Pheko. Sentía que debía hacerlo. Aceptar ayuda del servicio... Sólo conseguiría que se burlaran de él, y había demasiados testigos delante. Paul hizo un seco gesto de negación con la

cabeza; no se atrevió a más.

No obstante, el joven encargado de mantenimiento se había percatado de su titubeo y se limitó a dejar caer el pañuelo con una levísima sonrisa, obligando a Paul a cogerlo.

—El *baas* puede devolvérmelo cuando quiera —dijo—. No hay prisa.

Evitando como pudo la mirada fija de Pheko, Paul se dio unos toquécitos con el pañuelo en el codo —que sangraba profusamente, según comprobó entonces— con la intención de devolvérselo cuanto antes. Sólo que, cuando hubo restañado la herida, Pheko ya había regresado a su tarea y estaba lejos de allí, repasando las líneas del campo. Se guardó, pues, el pañuelo en el bolsillo. Ya se lo devolvería más tarde, decidió, cuando no hubiera nadie alrededor para ridiculizarlo y pudiera darle las gracias como es debido.

Luego, recogió su toalla y su bañador y fue en dirección al sonido de los pequeños que chapoteaban en el agua.

La piscina era grande: olímpica casi, según Strover, quien, naturalmente, conocía al dedillo sus dimensiones. Contaba con dos trampolines, uno alto y otro bajo, unas cuantas gradas de cemento a lo largo de uno de sus laterales y, al otro lado de dichos rudimentarios asientos para los espectadores, un espacioso vestuario. Aquella tarde la encargada de la vigilancia era la señorita De Villiers, la profesora de arte, que se hallaba reclinada en una de las gradas de cemento como una estrella de cine bajo los potentes reflectores del atardecer. Al ver a Paul, se incorporó, consultó su reloj de pulsera con incrustaciones de diamantes para ver si ya tocaba ceder el turno a los mayores y luego le indicó a Paul con un ademán de la mano que se dirigiera hacia el vestuario al tiempo que ordenaba a los retozones pequeños que fueran saliendo del agua.

En torno a las cuatro paredes del vestuario, hecho de tablones de madera, había dispuestos unos bancos, de madera también, y a la altura de los ojos hileras de ganchos metálicos distribuidos regularmente donde colgar la ropa y las toallas. Paul se dirigió al banco más alejado —en esas circunstancias, a ser posible siempre optaba por el rincón— y se dispuso a desvestirse y ponerse el bañador.

Un grupo de críos de los cursos inferiores entró jadeante en el vestuario,

el mismo con que el Babosa y él se habían topado el martes a las puertas de la cabaña de Du Toit; aunque, al igual que entonces, se cuidaron de evitar a Paul, el único de los mayores presente, y enseguida se dirigieron hacia los bancos que estaban más apartados de él.

En consecuencia, Paul pudo seguir desvistiéndose sin tener que estar demasiado pendiente del entorno, y estaba ciñéndose el cordón del bañador cuando, de pronto, oyó una voz conocida preguntando:

—¿Qué, McCumskey, cómo está el agua? No muy fría, ¿no?

Spier había aparecido junto a los pequeños y tenía ya media camiseta fuera.

—No, señor Spier, está perfecta —respondió McCumskey.

—Bien —dijo Spier—. Me alegro.

Spier no parecía haber reparado en Paul —o, si lo había hecho, no daba muestras de ello—, de modo que éste pudo observarlo con descaro mientras se desvestía: primero la camiseta; luego el reloj, que metió en un bolsillo del pantalón; luego los zapatos y calcetines; los pantalones; y, por último, unos calzoncillos muy ceñidos, tan blancos como el pañuelo de Pheko o la camisa de Tsebo, lo que se prefiera.

Desnudo, el cuerpo de Spier brindaba una versión de lo que la señorita De Villiers a veces pegaba en su tablón de anuncios en forma de postal para ilustrar a sus alumnos sobre el arte de la Grecia o la Roma clásicas. Una escultura perfecta, en otras palabras; sólo que esculpida en carne, en carne y hueso, una carne que, a excepción de la zona hacia la cual Paul sentía que se le iba la mirada, estaba bastante bronceada y que, en algunos puntos —aquél en particular—, lucía una pelambreira de impresión. No como las postales.

El estómago de Paul entró en caída libre. Luego todo se detuvo, el mundo entero se esfumó de buenas a primeras, junto con su estómago, y entre las cuatro paredes del vestuario no quedaron más que Spier y él, incapaz de moverse hasta que, por fin, Spier tapó con un ligero triángulo de nylon negro aquella parte de su persona que Paul no podía dejar de mirar.

—¿Ya te has bañado, Harvey? —le preguntó el profesor al apartarse del banco, con la toalla en la mano.

—No —acertó a decir Paul.

—Pues entonces, adelante —le dijo Spier, indicándole que pasara—. No te entretengas por mi culpa.

¿Se habría dado cuenta de que lo estaba espiando? Nada hacía pensar que así fuera; por otro lado, tampoco su tono de voz, siempre algo burlón, excluía dicha posibilidad. Entretanto, a Paul había empezado a escocerle el cuerpo entero (no sólo el codo); no era que le escociera exactamente, sino que sentía la piel más tensa que nunca, como si estirara de él intentando que adoptara una forma nueva, de manera que Paul no pudo por más que echar a correr por delante de su profesor y lanzarse a las destellantes aguas de la piscina.

Durante el siguiente cuarto de hora más o menos, el tiempo que Spier se quedó por allí, Paul percibió la presencia de su profesor con aguda intensidad. Primero, Spier se detuvo a charlar con la señorita De Villiers, que enderezó el cuerpo ilusionada al verlo salir de los vestuarios. Luego Spier se subió al trampolín más alto y ejecutó un salto impecable. Hizo unos cuantos largos con brazada rápida y vigorosa y después, secándose al mismo tiempo, regresó otra vez con la señorita De Villiers, quien, mientras escuchaba lo que fuera que estuviera diciéndole, parecía más consciente que nunca de su aparente condición de estrella: mantenía la cabeza muy erguida y no dejaba de toquetearse las estilosas gafas de sol, así como la repeinada cabellera. A Paul le recordó algo. Pero ¿qué? ¡Claro! A su madre, y su forma de comportarse mientras hablaba con el señor Du Toit.

Finalmente Spier se desvaneció y otros asuntos vinieron a reclamar la atención de Paul. Habían ido llegando otros compañeros de su edad y, entre el chapoteo y el sano jolgorio circundante, Lombard, que se había acercado nadando hasta Paul, le dijo:

—Si quieres, Harvey...

Pero en ese instante, Horton se lanzó en bomba a la piscina sobre ellos, obligando a la señorita De Villiers a reprenderlo.

—¡Usa el trampolín si vas a tirarte, Horton! Y los demás, siento decirlo que os quedan diez minutos. Luego fuera todos.

Lombard continuó cabeceando cerca de él en las revueltas aguas. Al parecer, todavía con la intención de decirle a Paul lo que fuera que Horton había interrumpido. Tal vez algo relacionado con el porqué de su expulsión

del club de Du Toit. Pues ¿qué otra cosa sino iba a querer con él Lombard, si no era amigo suyo? Pero a Paul se le habían quitado las ganas de piscina. Lo ocurrido antes en los vestuarios continuaba muy presente en sus pensamientos, y le preocupaba que su conducta dejara traslucir la agitación que sentía por dentro. Así que, pese a la curiosidad, echó a nadar hacia un lateral de la piscina y, mucho antes de que sus compañeros aparecieran, ya estaba de vuelta en el vestuario y se había desprendido a toda prisa del traje de baño mojado.

Ya vestido, abandonó el recinto de la piscina tan rápido como pudo, tras decidir que quizá fuera el momento idóneo de devolverle a Pheko su pañuelo, aprovechando que los demás seguían en el agua o pululando por el patio de recreo.

Desde el borde de los campos de juego, escudriñó la desierta extensión buscando algún rastro del buen samaritano.

Al principio, no vio más que verde.

Luego, a lo lejos, en el extremo del campo más distante, distinguió una mancha caqui: su objetivo, pintando todavía las líneas.

Paul se encaminó hacia allí, pero apenas había avanzado unos metros cuando distinguió algo más: a Spier saliendo del recinto de los profesores. Seguramente le tocaría vigilar la cena. Sólo que, en cuanto llegó al límite del campo donde Pheko estaba agachado trabajando, hizo un alto. Por un instante, pareció quedarse inmóvil. Luego se volvió por donde había venido. Entretanto, Pheko se había puesto en pie y, tras lanzar una serie de vistazos alrededor, rápidos, furtivos casi, desapareció a su vez por el recinto de los profesores.

Paul no alcanzaba a concebir qué significaba aquello exactamente. Pero sí sabía una cosa: acababa de ser testigo de ciertos movimientos que tal vez pudieran serle útiles para su siguiente misión. De ciertos movimientos en los que, a falta de material más sustancioso, basar su informe.

En mi recuerdo, las tormentas que se abatían las tardes de verano sobre el Highveld solían producirse con total y absoluta regularidad. El cielo estaba

despejado y sin más nubarrones que los que tu imaginación pudiera concebir en abstracto —tan remota era la posibilidad de que hicieran aparición como azul era el cielo—, cuando a media tarde, con la precisión de un reloj, las nubes se cernían de repente, infundiendo una mezcla de sobrecogimiento y respeto, y al rato se retiraban de nuevo con menguante estruendo hasta la mañana siguiente.

Así sucedía también con el director del colegio, si bien en el caso del señor Wilson sus amedrentadoras apariciones se producían durante todo el año y puntualmente cada mañana en la reunión de profesores y alumnos que daba inicio a la jornada escolar. Con la espalda erguida como una vara y la leonina testa bien alta, el director se alzaba sobre la tarima, como el mismo cielo, atronando una vez más. «Aplíquense más en clase. Y en el campo de juego. No sean impertinentes con sus profesores. Atención a esas camas. A esos pelos. A esas notas. Al lustre de los zapatos. A la supervisora. A sus padres. A mí.»

Aquel viernes, sin embargo, por pura casualidad y completamente a destiempo por una vez —de hecho, justo después de que Paul hubiera observado a Pheko y Spier—, el director dio también en ensombrecer con su figura el pasillo principal, por donde el desventurado Paul, que acababa de entrar en el edificio, experimentó su tempestuoso acercamiento con el mismo talante que uno recibiría la llegada de un impredecible nubarrón.

—¡Eh, Harvey! —le gritó el director con voz destemplada—. ¿No te has olvidado de algo?

—¿Perdón? —dijo Paul, deteniéndose en seco; cuadrándose también, pues ante el señor Wilson era impensable no quedarse plantado en el sitio, erguido con los brazos pegados al cuerpo, remedando su postura.

—En un despacho de por aquí cerca —aclaró el director—, hay alguien esperándote: la señora MacWilliam. Y creo que esta noche también la señora Stanford. Te han pedido cierto favor, si no me equivoco. ¡Vamos, Harvey! Ya es hora de que les des una respuesta, ¿no te parece? ¡Pero no corras! Ya conoces las reglas.

—Gracias, señor Wilson —dijo Paul, cuidando de adoptar un paso apropiado al encaminarse hacia la dirección indicada—. Muy amable por su

parte recordádomelo.

—Me alegro de ser útil para algo —respondió el director, un comentario que, en el caso de alguien como Spier, habría venido acompañado de una sonrisa. Pero en el caso del señor Wilson, no. Los nubarrones son unos aguafiestas.

La señora MacWilliam, sin embargo, levantó la cabeza de su escritorio con una sonrisa radiante.

—¡Vaya, vaya! —dijo, dándole un codazo a la señora Stanford, que casualmente estaba sentada a su lado—. Nos tenías en ascuas. ¿Verdad, Cynthia?

—Ni que lo digas —convino la señora Stanford, clavando también en Paul los ojos desde detrás de unas gafas exageradamente puntiagudas.

—Bueno, ¿qué? —preguntó la señora MacWilliam—. No nos hagas esperar más. ¿Tenemos o no tenemos ayudante? —Y al ver que Paul asentía con la cabeza, exclamó—: ¡Qué te dije, Cynthia! Sabía que podíamos confiar en él. —Luego señaló hacia el carrito que estaba por allí cerca, cargado de libros hasta los topes—. Todavía no es hora de cenar, así que si quieres puedes empezar con éstos.

Mientras Paul desempeñaba su tarea, la sensación que siempre abrigaba en la biblioteca, de encontrarse como en un refugio, a salvo, lo envolvió de nuevo, y el resto de la semana —que Horton la hubiera emprendido con él por haber sido desbancado en la jerarquía del club; que no hubiera conseguido oír lo que Lombard había intentado decirle en la piscina; que hubiera sacado tan pésima nota en el trabajo de historia («Las causas de la Gran Marcha»); que hubiera hecho tan mal papel en matemáticas y geografía, cosas ambas sobre las que su madre lo llamaría a capítulo el domingo; que el director lo hubiera abordado de malas formas; y lo de Spier, por descontado, lo de Spier más que nada—, todo eso empezó a disiparse y asentarse. No es que desapareciera precisamente; pero durante un rato sus inquietudes, temores y preocupaciones sin duda amainaron.

—¡Eres un cielo! —exclamó la señora MacWilliam cuando, por fin, terminó su tarea—. No sé cómo hemos podido arreglárnoslas sin ti. ¿Verdad, Cynthia?

—Pero ahora más vale que te laves esas manos —dijo tan sólo la señora Stanford, siempre menos efusiva—. ¡Fíjate qué de polvo traes! Ahí quizá tengamos otra tarea, para el próximo día. ¿No te parece, Susan? Visto queda que hay que quitarle el polvo a estos libros.

Luego sonó la campana y, después de prometerles que regresaría la semana siguiente para limpiar el polvo, Paul se marchó a toda prisa para ponerse en la cola de la cena. Cuando llegó, descubrió que delante tenía al Babosa, quien, tras percatarse de la llegada de Paul, se volvió para decirle por lo bajo:

—Oye, ese informe y lo que sea que lo acompañe tienen que estar listos antes de que apaguen las luces esta noche. Me ha encargado él que te lo diga. Lo recogeré después de la hora de estudio. ¿De acuerdo? ¿Entendido?

La cola avanzó con paso arrastrado —entretanto, la señora Stanford había aparecido en lo alto de las escaleras—, pero el Babosa todavía tuvo ocasión de añadir, en un tono más conciliatorio:

—Ya sé que es difícil. A mí también se me hace difícil. Y a todos.

¡Difícil! Vaya eufemismo.

En fin, a la fuerza ahorcan, pensó, de manera que, cuando ya faltaba poco para que finalizara la hora de estudio, tras terminar el trabajo de historia, y olvidándose, por una vez, de la dulce melodía que emanaba de las sirvientas, Paul redactó el informe de lo que había visto después de bañarse en la piscina. Poniendo cuidado, naturalmente, en tapar la hoja con la mano izquierda para que la señora Stanford, todavía de guardia, no viera lo que se traía entre manos en el transcurso de sus frecuentes batidas a lo largo y ancho de la sala.

Mientras escribía, le asaltó el temor de que sus observaciones carecieran de interés alguno. A decir verdad, aquella escena vislumbrada a lo lejos parecía tal nimiedad que, aun después de referirla con todo lujo de detalles, Paul lamentó —¡y de qué manera!— no haber robado la «anti-biblioteca» de Spier. La próxima vez tendría que esmerarse un poco más. No tenía más remedio.

Luego la señora Stanford dio por concluida la hora de estudio y el Babosa se inclinó hacia su asiento —estaba sentado enfrente— para que Paul le

entregara el informe, previamente introducido en un sobre que había tenido la precaución de llevar consigo a la hora de estudio y que selló con mucho cuidado.

—Sabía que cumplirías —dijo el Babosa, guardándose el sobre en el bolsillo—. Por algo dicen los profes que eres tan responsable, ¿no? A ver si te crees que no me he enterado.

Esas palabras continuaron resonando, irónicamente, en la cabeza de Paul mucho después de que se apagaran las luces. ¿Qué significaba en realidad ser responsable? ¿De verdad sería algo de lo que sentirse orgulloso? ¿O bien sólo una cosa más de la que preocuparse?

Se quedó tumbado en la cama muy quieto, contemplando no su habitual pedazo de firmamento, sino el lienzo en blanco que le ofrecía el desplegado estor contiguo, sobre el cual —a modo de pantalla cinematográfica— Spier se desvestía de nuevo ante él: corbata, camisa, reloj, zapatos, calcetines, pantalones y ceñidos calzoncillos blancos. Luego, corten, y Spier aparecía subido al más alto de los dos trampolines, dispuesto para la zambullida. Como una estatua viviente, bañada por el sol; un dios griego redivivo, mientras la señorita De Villiers señalaba sus atributos, uno tras otro.

Siete

En Mokimolle, mis anfitriones siguen haciéndome compañía, aunque ya he dado cuenta del *bobotie* y casi me he terminado el postre, un *melk tert* casero, exquisito, cuyo origen Lawrence ya me ha explicado dos veces: la primera cuando he decidido pedir dicho plato; la segunda, mientras el silencioso camarero negro me lo colocaba delante.

De hecho, en el transcurso de la cena, y a pesar de que su pareja hubiera expresado su deseo de evitar «largar de historia», se ha puesto de manifiesto que el hombre no quería hablar de otra cosa, como bien ha conseguido. Siente esa necesidad, común entre muchos sudafricanos blancos, de explicarlo todo en relación con su génesis. Como si así pudiera dotar de mayor coherencia a su mundo; circunscribirlo a un *laager* de palabras; hacerlo menos temible.

Y es que hay mucho que temer, sostiene Lawrence. La violencia urbana: Johannesburgo de nuevo, o Jozie, como la denomina él. La violencia rural, sobre la que apenas se informa, según dice: ataques salvajes contra granjeros y barbaridades por el estilo. (Me acuerdo de los tres mirones dentro del Ford polvoriento.) Y, entretanto, el gobierno cruzado de brazos, añade. ¡Yissus, qué atajo de monos! Desastres administrativos y corrupción a una escala inimaginable. A una escala africana. Cortes en el suministro eléctrico, despilfarro presidencial, la incertidumbre del rand. En fin, ¿sigo? Porque la lista es interminable.

—No, déjalo, por favor, *skattie* —suplica Giles.

Pero Lawrence ha tomado carrerilla. Aunque reconoce, eso sí, quizá en deferencia a los sentimientos de Giles o quizá para evitar que yo, como supuesto europeo, me vanaglorie, que la corrupción no es exclusiva de Sudáfrica.

—Claro que también los políticos inglesitos pueden ser *skelms*, ¿no? —dice.

—¿Sabe lo que es un *skelm*? —pregunta Giles.

Casi me delato asintiendo, pero reacciono a tiempo y acierto a preguntar con aire ingenuo:

—¿Un..., un sinvergüenza quizá?

—Exacto —afirma Lawrence—. ¡Ay, los políticos! Dicen una cosa, hacen otra y piensan otra. Menos Mandela. Hay que reconocerlo. Aunque también él tenía sus fallos, ¿eh? Porque menuda su primera mujer...

Oírle decir eso sobre los políticos agrava la mala conciencia que ya venía sintiendo por mi doble duplicidad: por no haber desvelado ni mis orígenes ni ese otro algo que comparto con ellos, igualmente distintivo. Emprendo un viaje tan largo después de tantos años y sigo sintiéndome vulnerable a la presión externa. ¿Qué habría dicho Spier? O mis padres, ahora que lo pienso. O el Babosa. O los tres Du Toit.

Sus rostros y los de otros tantos (el de la señora Wilson, la señora MacWilliam, el de Mosa) cuelgan en la galería de mi mente, como un eco espectral de los retratos de familia que cubrían las paredes de la residencia de los Du Toit. Rostros que me observan. Que toman nota. Que siguen juzgándome.

—Una cosa —digo, procurando cambiar el rumbo de la conversación—, si al final salgo a dar una vuelta por ahí mañana, como sugieren, aparte de... —casi digo *koppie*—..., de la colina donde disfrutar de esas vistas, ¿hay algún otro sitio que recomienden visitar?

Parece que sí, lo hay: un modesto museo de historia local; una tetería muy bonita; y, en Malan Street, una casita donde Herman Charles Bosman se hospedó en una ocasión.

—El nombre seguramente no le dirá nada —advirtió Giles—, pero es uno

de nuestros escritores más conocidos. O era, mejor dicho, porque ya ha muerto. No está abierta al público, la casa; ahora la ocupa Elsie Le Grange. Pero aun así merece la pena verla por fuera.

—¿Nada más? —pregunto inocentemente.

Giles arruga el ceño y se quita la pelusilla del blusón.

—Pues —dice— la verdad es que no. Bueno, hay alguna que otra tienda, pero no venden nada que no pueda encontrar en otra parte, y mejor.

—¿Alguna iglesia?

—*Ja*, varias. Una iglesia reformista holandesa, otra anglicana y una capilla metodista.

—¿Y cementerio?

¡Ya está! Ya lo he soltado.

—Sí, claro —dice Giles, con el tono desdeñoso de quien da por sentada la imposibilidad de que su cementerio tenga algún interés para un turista—. Está a las afueras. Camino del *koppie*. *Ag*, y se me olvidaba, qué tonto, el *vlei*. Perdón, al embalse, me refiero. El lago. Queda por allí también, si le gustan los pájaros.

—Gracias —digo, una vez que he averiguado todo lo que quería—. Y ahora, si me disculpan... —Retiro la silla—. He pasado muchas horas al volante y estoy agotado. Una cena deliciosa, Lawrence. Y gracias también, a los dos, por la estupenda compañía. Son ustedes un pozo de información. Se lo agradezco sobremanera.

¿Estaré cargando demasiado las tintas en mi intento de sonar como un inglés de pura cepa?

—No hay de qué —dice Lawrence, suavizando de pronto su afilado rostro con una sonrisa—. Para nosotros es un placer. Nos gusta la gente. A ver, por eso montamos este *bed and breakfast*, ¿verdad, *skattie*?

Pero Giles, que se ha deslizado con sigilo hacia la puerta que da a la cocina, está dando una voz desde el umbral:

—¡*Petrus! Die borde!*

Su generosa envergadura, mientras ordena al silencioso camarero que recoja los platos, me trae a las mientes al Babosa. También él podía llenar el marco de una puerta.

—Hasta mañana —digo escabulléndome.

—*Slaap lekker* —contesta Lawrence, dándome las buenas noches.

Aquel sábado, Paul se levantó mucho más sereno de lo que estaba el viernes mientras conciliaba el sueño. Quizá por saber que vería a sus padres en el partido de cricket, pues no había podido pasar mucho rato con ellos el domingo anterior. ¿O quizá sólo por haber sobrevivido una semana más? Comoquiera que fuera, el estor desplegado ya no hacía las veces de pantalla de cine; era sólo eso, un estor desplegado, vacío por completo. Al igual que el cielo, azul y despejado. Quizá la única fuente de crispación procedía de Bentley, quien, en su papel de vigilante del dormitorio, ordenaba que quitaran las sábanas sucias y las dejaran apiladas junto a la puerta antes de ir a ver a la supervisora para que les entregara el juego limpio.

—¡Tonto el último! —exclamó.

Paul consiguió salir del dormitorio el primero y ya casi tenía otra vez hecha la cama cuando el Babosa, por fin, regresó anadeando con sus sábanas y su funda de almohada limpias y todos lo recibieron gritando a coro:

—¡Tonto! ¡Tonto!

Aunque tampoco eso perturbó en exceso a Paul; seguía perfectamente sereno todavía, y no fue hasta el partido de cricket cuando empezó a acusar nuevamente la alteración del ambiente emocional. Al salir del edificio principal y ver a sus padres ya en el lateral del campo, echó a correr de inmediato hacia ellos, sin apenas reparar, por una vez, en el inapropiado traje de su padre o en que Peggy llevaba un vestido más soso, si cabe, que de costumbre. Una especie de saco. Justo lo opuesto al vestidito del fin de semana anterior.

—Hola, cariño —le dijo. Después, el beso de rigor, las preguntas de rigor—. ¿Siempre tienes que correr? ¿Qué tal las clases de esta mañana?

En esencia, todo conforme a la pauta de siempre, salvo por cierto deje inhabitual en la voz de Peggy, cierta crispación, como si se estuviera conteniendo: el primer presagio de que quizá no se avecinaba una tarde fácil.

—Hola, jovencito —masculló Douglas—. ¿Te alegras de vernos?

—¿Por qué no iba a alegrarse?

—Sólo preguntaba.

—¡Ay, tu padre! —rezongó Peggy, con un brusco respingo de su elegante cabeza.

—¿Qué pasa conmigo?

Sus padres no solían discutir —al menos que Paul supiera—, salvo tal vez por nimiedades, como cuando Douglas extraviaba las llaves del coche o Peggy se entretenía demasiado en alguna tienda; aun así, lo suyo en realidad eran desavenencias más que discusiones.

Aquello, sin embargo, era una discusión en toda regla.

Paul miró a uno y otro, y luego lanzó una ojeada alrededor por si alguien los había oído. Afortunadamente, no había nadie cerca. Sólo el señor Du Toit, aunque estaba más próximo a la caseta que a ellos, charlando con Spier, quien parecía un tanto incómodo.

Rápidamente, Paul apartó la mirada. Después de lo ocurrido el día anterior, lo último que deseaba era que lo pillaran observando a Spier.

Entretanto otro profesor, el anciano señor MacWilliam, tan poco agraciado como su mujer pero sin su amabilidad, se dejó caer por allí y le dijo a Peggy:

—¿Le ha confesado ya su hijo que el examen de esta semana le ha ido regular?

—¿Es verdad eso, cariño? —le preguntó Peggy cuando el antipático señor MacWilliam ya se había ido.

—¡Habrase visto! —exclamó Douglas—. Deja de machacar al niño, haz el favor.

—Ah, ¿para ti no tienen importancia las notas? ¿Con lo que nos ha costado que entre en este colegio?

—Pero si estamos en fin de semana, por Dios, y además, no sé tú, pero yo quisiera ver el partido, si no te importa. Ya me perdí el de la semana pasada.

Como buenos adultos, se comportaban como si Paul no estuviera delante.

—Creía que habíamos acordado —dijo Peggy en tono amenazador— que lo del fin de semana no se tocaba. Y haz el favor de no mentar el nombre de Dios en vano. *Pas devant.*

—¿Cuándo he acordado yo eso?

—¿Ah, no? En fin, ¿sabes lo que te digo?, que es una lástima que no muestres ese empuje para otras cosas.

—¿Qué insinúas?

—En fin, mejor dejarlo. De todos modos, el fin de semana pasado yo sólo pretendía ser educada.

—¡Educada! Así que esa sonrisita bobalicona sólo era educación, ¿no?

—Pero ¿qué dices?

—¡Lo que has oído!

—¿Bobalicona?

—Se me ocurren adjetivos peores.

Peggy introdujo una mano nerviosa en el bolsillo de aquella especie de saco que llevaba por vestido y tiró de un pañuelito de encaje, con el que se sonó la nariz estruendosamente.

—¡Qué injusto puedes llegar a ser! —le dijo—. ¡Pero si en definitiva los dos queremos lo mismo!

—Si para ello hay que comportarse así, no.

—Por enésima vez, Douglas, no te preocupes por mi comportamiento el fin de semana porque no hay motivo. Yo sólo intentaba ser...

Pero en ese punto los interrumpió el señor Du Toit, a quien en ese preciso momento le dio por acercarse a ellos con enérgica zancada.

—¡Peggy! ¡Douglas! ¿Cómo están? —saludó.

Y aunque el señor Du Toit no hubiera aparecido —pero sin duda apareció, porque lo recuerdo perfectamente con sus ceñidos pantalones cortos y su ceñida camisa, el cigarrillo en la comisura de los labios—, ahora mismo me encargo yo de zanjar esa discusión, pues (en retrospectiva de nuevo) es posible que esté cargando las tintas.

—El domingo me lo pasé en grande —prosiguió el señor Du Toit—. Y conste que no fui el único. Por lo general, Violet sólo tiene que cocinar para nosotros tres, lo cual se le hace bastante aburrido, la verdad, ¡así que ella más que nadie insiste en que, por favor, vuelvan otra vez! ¿Lo harán?

Douglas no abrió la boca y dejó que fuera Peggy la que respondiera a la invitación, cosa que hizo otra vez con aquella voz crispada, sin asomo de

bobaliconería:

—Nosotros también lo pasamos muy bien.

—¡Pues entonces está hecho! —El señor Du Toit sonrió de oreja a oreja y apagó el cigarrillo restregando la colilla con el pie—. ¿Qué tal el próximo *exeat*, pasado mañana? Podrían darse una vuelta por la granja y, ya digo, Violet se pondrá loca de contenta. Así tiene una excusa para preparar una comilona por todo lo alto.

—Vaya —dijo Douglas—, es muy amable por su parte. Muy generoso. Pero es que el fin de semana que viene ya tenemos un compromiso. ¿Verdad, Peggy?

—¡Ag, qué mala suerte! —dijo el señor Du Toit, al parecer sin percatarse del asombro con que Peggy miraba a Douglas—. Pues entonces habrá que buscar otra fecha. ¿Y la semana siguiente qué tal? Pero este fin de semana, ¿podría venir Paul al menos? Que se venga él solo con Andre. ¿Puede?

Paul estaba convencido de que Douglas intervendría nuevamente, incluso lo deseaba, pero esta vez Peggy se le adelantó.

—Desde luego que sí —dijo con firmeza—. A ti te haría ilusión, ¿verdad, cariño? ¿Otro *exeat* con tu amigo? Qué detalle, Koos. Gracias.

Peggy volvió la mirada hacia Douglas, retándolo a que la contradijera.

—Entonces no hay más que hablar —dijo el señor Du Toit con una gran sonrisa—. ¡Fantástico! —Luego, arrojándose tanto a Peggy que, según advirtió Paul, Douglas casi da un respingo, añadió en voz baja—: Le está costando aceptar que sus padres ya no están juntos. Se siente solo. Como su papá.

Peggy se ruborizó de nuevo, como en aquella otra ocasión en la granja, y se llevó una mano al cuello. Simultáneamente, Douglas ya no sólo daba un respingo sino que arrugaba el entrecejo y, por un instante, Paul tuvo la impresión de que el tiempo se detenía. Sólo se oía el sonido del bate al golpear la pelota y la voz del árbitro (Stanford) exclamando: «¡Seis!». Luego, el señor Du Toit dio un paso atrás y miró hacia otro lado. Con los ojos verdes entrecerrados y un rictus en los labios que parecía más gruñido que sonrisa, dijo a voces:

—Sobre lo del Congreso de Demócratas, recuérdeme que le enseñe un

artículo que debería usted leer. El próximo día se lo llevo.

—Muy bien —dijo con sequedad una voz: la de Spier.

—*Over!*

En el terreno de juego, los jugadores cambiaban de posición.

Los domingos, el desayuno venía seguido de la inspección de rigor, durante la cual el delegado del trimestre se paseaba lentamente arriba y abajo del dormitorio, pasando revista a todas y cada una de las camas para comprobar que la mañana antes se hubieran cambiado las sábanas debidamente, que las colchas estuvieran perfectamente lisas y las esquinas bien encajadas, como en un hospital. También se inspeccionaban las taquillas y se levantaban las cortinas por si en su interior había algún artículo prohibido o se detectaba alguna muestra de descuido. Única y exclusivamente después de haber pasado dicha inspección se te permitía abandonar el dormitorio, y por fin eras libre (siempre que no tuvieras que quedarte a hacer otra vez la cama u ordenar la taquilla) para agarrar la mochila y salir de allí volando, pues la mañana del *exeat* ningún profesor —con excepción del director del colegio— intentaba poner freno a las carreras por el pasillo. Ni siquiera Stanford.

Aquel domingo, sin embargo, Paul no salió volando, más bien se entretuvo adrede. Después de haber visto discutir de esa manera a sus padres en el partido, a decir verdad veía con poca ilusión el comienzo del día, lo cual indujo a la supervisora a abordarlo cual espectro en el pasillo —eran el uniforme blanco, los zapatos blancos y la cofia blanca los que le conferían su aspecto fantasmal —y a preguntarle:

—¿Alguna pega con la cama, Harvey? Me extraña en ti.

—No, señora, he pasado la inspección.

—¿O será que en casa te esperan otras tareas? —La supervisora sonrió: el almidonado caparazón no hacía del todo honor a su persona; había que tener también en consideración la afabilidad de su rostro—. Por mucho que te hagas el remolón, no conseguirás quitártelas de encima, ¿sabes?

Dicho lo cual, la supervisora entró en otro dormitorio, permitiendo que Paul continuara su avance a solas por las escaleras; una vez abajo, la melodía

de las sirvientas proveniente del salón de actos apaciguó brevemente su ánimo hasta que atravesó por fin el umbral de la entrada, donde se encontró con el viejo y pestilente Botma en lo alto de los escalones, vigilando la salida del alumnado.

El profesor apuntó con un ademán de su humeante pipa en dirección al lugar donde estaba aparcado el Cortina.

—Que pase un buen *exeat*, Harvey —gruñó.

—Gracias, señor Botma —contestó Paul—. Igualmente.

En el camino de acceso también estaba aparcada la camioneta de Du Toit, por delante de la cual Paul se vio obligado a pasar al dirigirse hacia el Cortina. Al volante se hallaba el señor Du Toit, a su lado, la displicente Laura, y detrás de ellos, su hermano. Luego Paul reparó en que el señor Du Toit sostenía en aquella manaza suya una hoja de papel que le resultó familiar, blanquísima en contraste con su atezada piel: nada más y nada menos que la misma hoja en la que Paul había redactado su informe sobre lo que había visto el viernes después del baño en la piscina.

Al igual que aquella tarde en los vestuarios, su estómago entró en caída libre y el joven Paul se montó estupefacto en el Cortina.

—Cuánto has tardado —dijo Douglas—. Somos prácticamente los últimos. Bueno, nosotros y... —Pero su padre no terminó la frase; se volvió hacia él con mirada inquisitiva y le preguntó—: ¿Te pasa algo?

Paul apartó la mirada.

—No, papá. ¿Por qué?

—¿Seguro? —Douglas giró la llave de contacto—. Porque ayer tanto a tu madre como a mí nos pareció que estabas un poco apagado. En el partido, me refiero —aclaró, pisando ya el embrague—. ¿Lo estabas o no?

El Cortina se puso en marcha y adelantó a la polvorienta camioneta.

—No me pasa nada, papá, de verdad —contestó Paul—. No me agobies. Siempre me estáis agobiando, tanto tú como mamá.

Con la cara todavía vuelta hacia el otro lado, Paul contempló las viviendas al pasar. Sus setos altos y sus intrincadas verjas; las imágenes fugaces de los jóvenes que se ocupaban de los jardines immaculados; los destellantes arcos, diamantinos parecían, que los aspersores lanzaban al aire

de la mañana; las cocheras abiertas; los vehículos impolutos. Prosperidad; seguridad; *statu quo*. Todo aquello para lo que St Luke's lo estaba preparando.

Sin venir a cuento, al menos en apariencia, Douglas saltó:

—Bueno, los adultos no son perfectos. Si tienes eso presente, te irá mejor en la vida. Ah, por cierto, hay que limpiar este parabrisas. Está plagado de insectos muertos, pobres. No veo nada. ¿Me harás el favor, jovencito? En algún momento del día, ¿eh?

La supervisora tenía razón: en casa esperaban otras tareas.

Y aquélla no era la única en perspectiva, puesto que después de llegar a casa y saludar a Peggy y a Mosa en la cocina y de responder a otra andanada de preguntas de su madre —¿qué tal le habían dado de comer esa semana?, ¿había terminado ya los pasteles que le preparó?, ¿qué tal había ido de vientre?, ¿las uñas?—, enseguida pasó a leerle la cartilla sobre el asunto de las notas. ¿A santo de qué venía aquel comentario del señor MacWilliam? ¿Qué nota había sacado exactamente? Luego le preguntó si llevaba algún cuaderno de ejercicios en la mochila, que Paul había dejado tirada sobre la encimera de la cocina al entrar. En su interior Paul encontró unos cuantos: el de ciencias, el de matemáticas y, casualmente, el de geografía, y dentro de éste el examen de marras. Y, mira por dónde, también llevaba el libro de texto de geografía sobre el que se había examinado.

—¡Estupendo! —exclamó Peggy—. Pues, entonces, cariño, te encierras esta mañana en tu cuarto y repasas otra vez ese capítulo.

—¡Pero, mamá, si es domingo! Nunca...

Pero de nada habría servido replicar. Peggy no sólo tenía ya tomada la decisión, sino que se lo había exigido con la misma crispación que Paul había detectado en su voz el día anterior.

¿Tendría que ver, quizá, con la discusión que había presenciado durante el partido de cricket? ¿O quizá con que, según su madre dejó entonces caer, el padre Ashley iba a presentarse inesperadamente a comer otra vez?

—Pobre hombre, cuando llamó anoche estaba..., yo creo que nunca lo había oído tan alterado...

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Ya te enterarás a su debido tiempo. Antes, la geografía. Mosa, ¿le pones un vaso de leche a Paul? Ah, y tómate una galleta si te apetece, hijo. ¡Pero sólo una! No se te vayan a quitar las ganas de comer.

Dicho esto, cruzó la antecocina y salió fuera para cuidar de su imposible jardín.

—El señorito Paul hará los deberes enseguida —dijo Mosa con una sonrisa consoladora—. Ya verá.

En la mano Mosa llevaba la mochila de Paul, sin duda con la intención de sacar la lata donde guardaba los pasteles y limpiarla de migas antes de que Peggy la rellenara otra vez. Pero al hacerlo puso al descubierto algo más: el pañuelo de Pheko manchado de sangre.

—*Hayi Khona!* —exclamó alarmada—. ¿El señorito Paul se ha hecho daño? ¡Pero qué pañuelo es éste! ¿De dónde ha salido este pañuelo?

—Ah, me lo ha prestado un amigo —dijo Paul, fingiendo indiferencia—. De mi clase. No lo conoces.

—Entonces Mosa no preguntar —dijo la criada—. Pero ella se lo lavará. Para el amigo de su clase.

Lo cual, de hecho, era lo que Paul esperaba en el fondo: que aquel pañuelo se lavara en casa. Sabía que, si terminaba en la lavandería del colegio con el resto de su ropa sucia, podía dar pie a preguntas aún más insidiosas.

Entretanto, Mosa se había dirigido al frigorífico, con el pañuelo ya guardado en el bolsillo del delantal.

—¿Al señorito le importaría llevarse el vaso? —le preguntó, sacando una botella de leche—. ¿O tiene que llevárselo Mosa?

—No, gracias, no te preocupes. De verdad.

—Entonces Mosa terminará con las patatas y la señora llamará cuando esté la comida.

A solas por fin en su habitación, Paul dejó el vaso de leche y la galleta sobre el escritorio, sacó sus libros de texto de la mochila y se dejó caer en la butaca.

Delante tenía una carta enviada por correo aéreo, dirigida a él con una caligrafía tan conocida como querida. Rasgó el sobre y leyó:

«Querido Paul:

»¿Estarás leyendo esta carta sentado a tu escritorio? Yo te escribo desde el mío, mirando al jardín, que no está en su mejor momento, la verdad. Dentro de poco el jardinero y yo tendremos que poner manos a la obra y preparar los parterres de cara al invierno. ¡Y vosotros, mientras, cada día más calor! Tiene gracia, ¿verdad?

»¿Cómo te va en el colegio? ¿Todavía te sientes solo? La semana pasada tu madre me decía en una carta que habías hecho un nuevo amigo. Me alegro mucho. Es muy importante tener amigos. Amigos, de los de verdad, no se tienen muchos, pero los hay que pueden durar toda una vida. Yo he tenido mucha suerte con los míos y espero que tú también.

»Cuando termine esta carta, tendré que acercarme en autobús al centro y pasar por la biblioteca. ¿Te puedes creer que se me ha pasado la fecha de devolución? Qué tonta estoy. Ahora me tocará pagar una multa. Eran dos de Jean Plaidy y uno de Winston Graham. Graham es muy bueno. Tienes que leerlo algún día y dejarte de tebeos, que ya no eres tan pequeño.

»También tendré que pasar por la farmacia para recoger mis medicamentos, y por la panadería a comprar una barra de pan. O mejor una hogaza, si es que tienen. Cuando tu abuelo vivía, siempre volvía a casa con una hogaza cuando lo mandaba a hacer la compra. Se le hacía la boca agua sólo de verla, decía.

»He estado hablando con tu madre de ir a veros. No le digas que te lo he contado, porque no hay nada seguro todavía; ella me insiste para que vaya este invierno y empiezo a pensar que no sería mala idea. ¡Qué bien me vendría un poco de ese calor vuestro cuando aquí empiecen los fríos! Cuando uno se hace mayor acusa mucho el frío, y últimamente ando un poco delicada. ¡Una vieja cargada de achaques es lo que soy!

»Bueno, un fuerte abrazo de tu abuela que te quiere mucho».

A continuación del nombre, había trazado una primorosa hilera de aspas que representaban besos. Paul remataba su firma del mismo modo cuando le escribía. Las repasó con el dedo, lenta y parsimoniosamente, luego depositó la carta sobre el escritorio y, sin poder contenerse, dejó que las lágrimas

resbalaran calientes por sus mejillas. Hasta que por fin, presintiendo que no abrir el libro de geografía acarrearía aún más desgracia, se restregó los ojos con el dorso de la mano, y al levantar la vista en ese instante se fijó en la segunda estrofa del poema que colgaba sobre su escritorio:

Si puedes oír tus verdades tergiversadas
por truhanes que a los necios tienden sus celadas,
o ver el fruto de tu sacrificio destruido
y doblarte para de nuevo dejarlo erguido...

¡Si..., si..., si...!

Es curioso lo que recuerdo haber leído en mi infancia y lo que no. Pero la carta de mi abuela, ¿cómo iba a olvidarla? Me acuerdo prácticamente de todas sus cartas, incluso conservo todavía la mayoría de ellas. Al igual que mi antiguo diario, que también ha sobrevivido. No así la llave, no. La llave se perdió.

¡Freud se frotaría las manos!

Pero ¿Kipling? No me explico cómo, aún hoy, soy capaz de recitar de cabo a rabo las cuatro estrofas de ese poema con la misma seguridad que el reglamento del club. ¿Se frotaría las manos Freud una vez más? Aunque en aquel entonces el joven Paul no se paraba a rumiar sobre lo que su memoria retenía y lo que no. Además, aquel sábado tenía otras cosas en las que pensar; como, por ejemplo, la inesperada reaparición del padre Ashley en su casa.

—¡Así que —empezó diciendo Douglas, cuando ya les habían servido la comida y Mosa se había retirado a la cocina— se le presentaron ayer en casa por las buenas! ¿Sin avisar ni nada?

—Bueno —contestó el párroco, pasándose una mano nerviosa por el hirsuto pelo; repetía el gesto una y otra vez mientras hablaba, o bien se tironeaba de la oreja, los dedos inquietos, buscando constantemente algo

sobre lo que abatirse—, supongo que teniendo en cuenta que el comportamiento de Simon ya me tenía preocupado de antemano, ya estábamos debidamente avisados, sí. ¡Pero que se propusieran prohibirle...!

—¿No hubo llamada telefónica previa ni nada?

—A menos que contemos la del sargento Avenant... Creo que ya os lo había comentado (¿no lo mencioné cuando te llamé, Peggy?), que me telefoneó el viernes para decirme que quería consultar algo conmigo sobre la sala de reuniones de la parroquia. Nada urgente, me dijo, pero que si íbamos a estar en casa el sábado. Es buena gente, Avenant, siempre le he tenido aprecio. ¿Lo conocéis? No, ¿por qué ibais a conocerlo? ¿Desde cuándo la gente de paz tiene nunca necesidad de entablar relación con la policía del lugar? Aunque, claro, podía ser que hubierais coincidido por casualidad. En fin, el caso es que aparecieron ayer después de comer, así por las buenas, sí, se presentaron en la puerta. Venían dos, con traje de safari (del cuerpo de seguridad, dijeron, o de la Brigada Especial, ya no recuerdo), y llegaron preguntando por Simon, al que entonces le entregaron una serie de papeles, que le hicieron firmar, y ahora el muy idiota tiene prohibido entrar en la universidad, y está sometido a arresto domiciliario. Como si tal cosa.

—Douglas, pásale al padre Ashley la salsa —dijo Peggy—. Y tú, Paul, hijo, ¿quieres un poco de salsa también? Parece que te falta.

—Igual que esa tal Helen Joseph, la del fin de semana pasado —dijo Douglas, echando mano de la salsera como se le pedía—. ¡Cago en el demonio!

—¡Douglas!

—¡Exactamente! —dijo el padre—. Ahora cada día, durante cinco años, tendrá que..., ¿o era una vez por semana? Se me ha olvidado, pero lo pone en los papeles que le trajeron; en fin, que tendrá que presentarse en comisaría. No sólo eso, sino que antes de las seis tiene que estar en casa y no puede salir hasta las siete de la mañana siguiente. Y los fines de semana, encerrado desde el viernes a las seis hasta el lunes por la mañana, sin interrupción. Por si fuera poco, nos han puesto a una pareja de vigilantes en la calle, apostados dentro de un coche. A mí se me permite estar en la misma habitación que él, pero a nadie más. Si alguien viene de visita, Simon debe retirarse a otra parte de la

casa.

—¿Y la criada? —preguntó Peggy—. ¿Ella qué va a hacer?

—De eso no hablaron. Pero del médico, sí, por esa parte no habría problema.

—¿Y hay alguien más enterado? —quiso saber Douglas—. ¿Lo ha mencionado en la iglesia?

—Lo pensé, sí. Pero, francamente, no sabía cómo abordarlo. Son muy pocos los que conocen a Simon como vosotros... O nuestra situación en general. En fin, que no, por el momento sois los únicos que lo sabéis.

—Pues en ese caso no diremos una palabra —afirmó Peggy—. ¿Verdad, Douglas? A nadie. Prometido.

—Supongo que nadie le habrá explicado el porqué —preguntó Douglas a continuación—. ¿Los que fueron a su casa? ¿O el propio Simon?

—Siento decir que Simon y yo no hemos estado muy comunicativos el uno con el otro precisamente —respondió el padre Ashley—. Pero yo desde luego me propongo estarlo. Con el tiempo iré averiguando qué se traía entre manos exactamente, el muy tonto, en vez de centrarse en los estudios como un universitario de provecho.

—¿Y la policía de seguridad?

El padre Ashley negó con la cabeza.

—Pues tampoco estuvieron muy locuaces, siento decir. Sólo estaban dispuestos a hablar con él. El domingo tendré que llamar a un abogado. Por suerte, conozco a uno al que a veces recurre la iglesia, él seguramente podrá aconsejarnos.

A continuación Peggy se interesó por cómo se las iba a arreglar Simon para comer ese día e insistió en que el padre Ashley se llevara algo a casa. Había sobrado un montón de verdura.

—¡Tiene gracia! —añadió Peggy—. Si vinimos aquí fue por lo que ofrecía este país; y ahora, fíjate.

—No veo dónde está la gracia —dijo Douglas.

—Y si Evelyn y yo nos hubiéramos quedado en Bedfordshire —convino el padre Ashley—, quizá todavía estuviera viva. Al fin y al cabo, allí no hay malaria.

—Además allí las cosas crecen —añadió Peggy y rió, contrita—. En los jardines, me refiero. Todo crece y crece, lo quieras o no. No pretendo insinuar ni mucho menos que...

—Pero no se puede volver la vista atrás —replicó Douglas—. «Ése es el camino a la locura.»

Después de comer, los mayores se retiraron al salón para tomar el café y Paul a su habitación para descansar, con la cabeza revuelta después de aquella velada que, en ciertos momentos, le había recordado a las tertulias de Cultura General con Spier, donde también habían debatido la cuestión del arresto domiciliario. Si la casa de una persona debía o podía ser utilizada como cárcel, sobre lo que Spier había dicho: «¿Podemos llegar a ser nuestros propios carceleros? ¿Podemos caer en la trampa de encerrarnos y tirar la llave por el mero hecho de no hacer o decir lo que sabemos que otras personas podrían no querer que hiciéramos o dijéramos?».

Eso había dicho Spier, que era amigo de Simon... Al reparar en ello, Paul de pronto vio la luz. Comprendió, o creyó comprender, lo que podría ocultarse tras aquellas misiones de su compañero Du Toit. Du Toit quería que él vigilara a Spier porque Spier era como su amigo, Simon. Un peligro en potencia para el Estado. Razón por la cual Du Toit a su vez estaba poniendo al corriente a su padre de lo que Paul iba descubriendo, porque su padre a veces trabajaba para el gobierno, o eso había dado a entender Du Toit; así que quién más indicado para saber de Spier que el señor Du Toit, en caso de que hubiera que hacer algo para detener a Spier antes de que las cosas llegaran demasiado lejos, igual que habían detenido a Simon. Sobre todo si Spier tenía tratos con Pheko. Porque todos sabían por experiencia —lo de Sharpeville, sin ir más lejos— qué ocurría cuando los negros se apropiaban de las ideas que no debían.

¡La política! Todo había tenido que ver con la política. Con que Sudáfrica continuara siendo un país seguro.

Luego le asaltó otro pensamiento, casi subliminalmente: a Paul le vendría de perlas que el señor Du Toit frenara a Spier. Porque, desde aquel encuentro

en la piscina, Paul estaba deseando —¡y de qué manera!— que el profesor dejara de rondar por su cabeza con tanta insistencia.

Sintiéndose de pronto mucho más ligero, se arrodilló delante de la cómoda y extrajo su preciado diario. No sabía si sería capaz de escribir todo aquello; ni siquiera si deseaba hacerlo. Pero al menos debía dejar constancia de su pertenencia al club de Du Toit: de lo que sentía al formar parte de él. Y contar algo sobre la granja. Sobre Laura. Sobre su trabajo de ayudante en la biblioteca. Habían sido quince días repletos de acontecimientos.

El diario se abrió por una de sus entradas más antiguas.

«La abuela quiere que me vaya a Inglaterra a vivir», leyó. «Dice que este país es peligroso. Está preocupada porque aquí no estoy seguro.»

Pero ahora —qué fantástico— también podía escribir que, aunque lo suyo fuera un simple granito de arena, estaba contribuyendo a hacer de Sudáfrica un país más seguro.

¿Cómo iba el poema? «Y doblarte para de nuevo dejarlo erguido...»

Le quitó el capuchón a la pluma, pasó sus hojas color crema hasta llegar a la fecha correspondiente y se puso a escribir, sin detenerse hasta una vez concluida la entrada del domingo 21 de octubre, en la que hizo constar que el padre Ashley había ido a comer a su casa porque su hijo, Simon, se encontraba bajo arresto domiciliario. Sobre Spier, ni una palabra.

Volvió a poner a buen recaudo el diario y por un momento incluso consideró la posibilidad de llevárselo al colegio, como le había sugerido Du Toit. Luego recapacitó. Con una vez bastaba. Así que luego, una vez dejado el diario a cargo de su osito de peluche, decidió sacar un ejemplar de *Classics Illustrated*. Calculó que tendría tiempo de sobra hasta la hora del té, sobre todo porque antes de comer, y después de haber hecho los deberes de geografía, ya había limpiado el parabrisas del coche.

Historia de dos ciudades, ¿por qué no? Tendría que decírselo a la abuela la próxima vez que le escribiera. Que en realidad sus tebeos eran muy educativos. ¡Para que veas, abuela! También le contaría lo de la biblioteca. Que lo habían nombrado ayudante. De eso no se atrevería a burlarse. Eso lo entendería a la primera.

El padre Ashley, que todavía tenía que celebrar el oficio de la tarde, ya se había marchado cuando Paul salió de su habitación, de manera que a la hora del té ya sólo quedaban ellos tres; la intrascendente conversación derivó entonces hacia el asunto del Civic Theatre de Johannesburgo, recién inaugurado. Al parecer, Peggy y Douglas habían visto allí algo que se titulaba *Un hombre para la eternidad*.

—Ya sé que esto es un páramo cultural —dijo Peggy—. Aun así, ojalá no nos endilgaran siempre a los suplentes del West End. ¡Y esa acústica! Qué menos que acertar con eso hoy día. Si los romanos pudieron... Y eso que el edificio se ha construido ex profeso. Además, qué vulgar les ha quedado, ¿no estás de acuerdo, Douglas? No me extraña que se haya hablado tanto de él en la prensa.

—Totalmente de acuerdo, querida. Totalmente.

Peggy echó un vistazo a su reloj.

—Bueno, mejor que vaya preparándote la lata de los pasteles, Paul. ¿Algo que se te antoje en especial?

—Qué día más raro —dijo Douglas en el coche un poco más tarde—, entre unas cosas y otras. De hecho, todo el fin de semana ha sido raro. Y ahora resulta que el próximo ni siquiera te vamos a ver, ¿no? Porque, si no recuerdo mal, el próximo fin de semana no hay partido de cricket en el colegio. El resto del trimestre ya sólo quedan los que se juegan fuera, ¿verdad? Qué lástima.

—No tengo que ir el domingo si no quieres —dijo Paul—. De verdad, papá, no me importa si le dices al señor Du Toit que no puedo. Seguro que todavía está en el colegio cuando lleguemos.

Pero Douglas dijo que no categóricamente con la cabeza y respondió en voz baja:

—Me parece que tanto tú como yo sabemos que eso no va a ser posible, ¿verdad, jovencito? Venga, dale un beso al viejales de tu padre. —Esto lo dijo cuando ya Paul, de mala gana, abría la puerta del coche después de que

Douglas aparcara ante la fachada del colegio—. ¿Lo llevas todo? ¿Tendrás suficiente con los pasteles que te ha preparado tu madre para estos quince días?

Desde luego que sí. Más que suficiente. Y tampoco Mosa había olvidado meter en su mochila cierto pañuelo ya lavado y planchado.

Ocho

Aquel martes, por una vez no gracias a la Tertulia de Cultura General, sino a los rumores que empezaron a circular de boca en boca, ciertos sucesos potencialmente catastróficos acontecidos en la otra punta del globo empezaron a dejarse sentir en St Luke's.

Los despertó la supervisora, con cara pálida. Por lo general, cumplía su función con alegría: hacía bromas con lo gandules que eran todos o amenazaba, a veces, con una dosis de aceite de ricino a los que se resistían a salir de la cama. Aquel martes, sin embargo, la supervisora no sólo estaba pálida, sino prácticamente muda. No se descolgó con bromas de ninguna clase, ni siquiera de las malas.

En el desayuno, Stanford, que leía el diario al tiempo que los vigilaba desde su atalaya en lo alto de la tarima, ponía especial esmero en doblar el periódico y tapar el titular cada vez que alguno se acercaba.

Asimismo, a lo largo de la mañana, cuando los profesores se cruzaban y creían que nadie los oía, enseguida se ponían a cuchichear, con aire de mucha urgencia.

—Aquí pasa algo —observó Horton mientras hacían cola para comer—. Si no, ¿por qué está todo el mundo tan raro?

—He visto el periódico de Stanford en el desayuno —dijo el Babosa—. Decía algo de un bloqueo.

—Y yo he oído en el pasillo al carcamal de MacWilliam —terció Kintock — hablando con Botma sobre Castrol.

—¿Castrol, el aceite de motor?

—Supongo.

—Según mi padre —dijo Labuschagne—, el Valvoline es mejor.

No venía a cuento, pero cada vez que Kintock abría la boca, Labuschagne se veía obligado a añadir algo.

—A lo mejor nos anuncian algo a la hora de comer —dijo Bentley, ilusionado.

—¿Tú crees?

—Si ha sucedido algo de lo que deban informarnos, sí, claro —dijo Strover.

—Pues cuando se andan con esos cuchicheos será porque no quieren que lo sepamos, ¿no? ¡Tonto!

Efectivamente, no hubo comunicado alguno a la hora de comer, aparte de lo que el viejo MacWilliam les contó sobre los partidos de aquella tarde.

Hasta justo antes de que apagaran las luces del dormitorio no consiguieron enterarse de lo que se estaba cocinando. Spier era el encargado de la vigilancia esa noche y, dado que Spier era Spier, cuando ya estaba en el umbral, con la mano sobre el interruptor, Lombard tuvo el valor de preguntarle:

—Perdone, señor Spier, pero antes de que apague la luz, ¿nos haría el favor de explicarnos qué es lo que está pasando, por favor? ¿Por qué está todo el mundo tan raro?

Spier bajó la mano y paseó la vista por el dormitorio, saltando de una cama a otra, como sopesando el efecto que podrían tener sus palabras. Luego dijo, en tono tan claro como serio:

—Esta mañana nos hemos enterado de que el presidente Kennedy salió anoche en televisión anunciando que se habían descubierto misiles soviéticos en Cuba.

La revelación fue recibida con un silencio expectante, roto finalmente por Eedes.

—¿«Soviéticos», señor Spier? —preguntó.

—¡Sí, rusos, Eedes, rusos! Ya tendrías que saberlo.

—Lo siento, señor Spier.

—Misiles balísticos de varios tipos, tanto de alcance medio como intermedio, según parece —añadió, con la misma claridad y seriedad de antes.

—¿«Balísticos»? —se atrevió a preguntar Strover—. ¿Qué significa eso, señor Spier?

—En suma, que se trata de proyectiles con cierta potencia nuclear. — Spier recorrió de nuevo las camas con la mirada—. Y Cuba, para quienes ni siquiera sepáis eso, es una isla del Caribe, muy cercana a Estados Unidos, pero amiga de la Unión Soviética.

—Señor Spier, cuando dice «nuclear» —insistió Strover—, ¿quiere decir como la bomba atómica? ¿Como Hiroshima?

—Lamento decir que sí, a eso me refiero exactamente —respondió Spier—. Parece que hay bastantes posibilidades de que alguien apriete el botón. Lo siento.

A Paul le asaltó la imagen de dos hombres, uniformados ambos, sentados frente a frente a la mesa de un despacho mirándose furibundos; sobre la mesa, un botón rojo de proporciones como de tebeo. De pronto un dedo caía sobre el botón y la viñeta estallaba formando una bola de fuego, una nube en forma de hongo; había gente con la espalda despellejada que corría despavorida. Las imágenes provenían de una proyección que una vez les habían ofrecido sobre la Segunda Guerra Mundial. Paul miró atemorizado a un lado y a otro. Sus compañeros parecían ocupados con sus propias visiones, puesto que nadie abría la boca, hasta que finalmente Spier concluyó:

—Pero el director ya os lo explicará con más detalle mañana. Mientras, recordad que en realidad estamos en la otra punta del mundo, ¿eh? No es su primera línea de fuego. Ni muchísimo menos.

Luego, como en la caricaturesca viñeta imaginada por Paul, Spier dejó caer el dedo sobre el interruptor y se sumieron en la oscuridad.

Las conjeturas y murmuraciones deberían haber estallado en ese instante, y a lo grande; así solía suceder siempre que se les comunicaba alguna noticia explosiva. Extrañamente, sin embargo, aquella noche guardaron todos un

silencio absoluto, que Paul empleó en contemplar embobado su particular rectángulo de firmamento. ¿Eran imaginaciones suyas o las estrellas se habían acercado de algún modo? Como si también ellas desearan comunicarle algo.

El anunciado discurso del director se produjo la mañana siguiente después del desayuno, mientras todos seguían sentados a sus mesas, ante los cuencos de *porridge* vacíos, y unas cuantas criadas empezaban ya a congregarse junto a la puerta. Por norma general, cuando el señor Wilson se dirigía a ellos desde la tarima, los alumnos se sentaban frente a él en una hilera de bancos dispuestos especialmente para la ocasión. Esa mañana, sin embargo, seguían todos sentados cara a cara frente a sus cuencos vacíos y las palabras del director cayeron sobre ellos como una andanada, disparada, por así decirlo, contraviniendo el procedimiento habitual: al estilo de los misiles sobre los que el director les estaba informando.

El señor Wilson, citando las palabras pronunciadas por el presidente Kennedy en su discurso, dijo que esos misiles habían sido calificados de «amenaza temeraria y provocativa contra la paz mundial» por parte de la Unión Soviética y que requerían «una represalia en toda regla». Kennedy hacía un llamamiento a Kruschev, el líder comunista, para que «cejara en sus intentos de dominar el mundo» y lo apartara «del abismo de la destrucción».

A continuación, no fuera a atemorizarlos demasiado con tales declaraciones, añadió que Estados Unidos ya había impuesto un bloqueo armamentístico a Cuba. Los barcos que se dirigieran a la isla cargados con armamento ilegal serían desviados por las fuerzas navales estadounidenses, que cercaban la isla. Además, se estaban enviando refuerzos a la bahía cubana de Guantánamo, donde Estados Unidos poseía una base militar. Por último, y no por ello menos importante, solicitaban la convocatoria de una reunión de urgencia del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, garante de la paz mundial.

El director incluso sonrió, lo cual los alumnos no estaban acostumbrados a verle hacer, mientras concluía diciendo:

—La gente habla de *die rooi gevaar*, por utilizar la expresión vulgar. Y con motivo, obviamente. Aunque, en mi opinión, nosotros podemos considerarnos afortunados por vivir donde vivimos, en un país que se ha propuesto firmemente mantener a raya el comunismo. En St Luke's no ocurrirá ninguna desgracia. Les doy mi palabra. De manera que sigamos adelante con nuestras vidas, como buenos sudafricanos. Sin miedo ni vacilaciones. Confiando en Dios.

Lo cual, desde luego, era pedir peras al olmo, y las conjeturas que no se habían desatado la noche anterior después de que se apagaran las luces estallaron en toda regla después del desayuno, saltando de corrillo en corrillo como un incendio en el árido *veld*, de manera que, al caer la tarde, el colegio ardía ya por los cuatro costados. Incluso dentro de clase, ya fuera en la de ciencias con Botma, o en la de matemáticas con Stanford (también con Stanford), en la de arte con la señorita De Villiers o en la de geografía con el anciano MacWilliam, los rumores se propagaban sin apenas freno, y la exhortación del director a que siguieran adelante con sus vidas como buenos sudafricanos se consumía en su estela, prácticamente hecha cenizas.

Quienes tenían conocimientos sobre aviación hablaban con autoridad acerca de cierto avión llamado U-2, pues, al parecer, éste había sido el primero en detectar los misiles. Mientras que quienes tenían conocimientos sobre misiles explicaban con todo lujo de detalles las diferencias entre los de alcance medio e intermedio. Otros debatían sobre el tiempo, y se planteaban cuánto tardaría el viento en arrastrar la onda expansiva hasta Sudáfrica. ¿Cuántos días tendrían que pasar hasta que su mundo cambiara para siempre una vez que soltaran la bomba? Se intercambiaban historias sobre Hiroshima y Nagasaki, recurriendo a otras imágenes de aquel documental que habían visto. Historias no tanto sobre los edificios que se hacían añicos —sabían que estaban demasiado lejos para que eso ocurriera—, sino sobre la gente con la piel cayéndose a tiras. O que iba andando por la calle y de pronto caía muerta al suelo, de buenas a primeras, *sommer so*. Porque así de mortífera, y de invisible, era la onda expansiva; como un virus. «Lluvia negra», como se la llamaba también, afirmó Stover, que una vez se lo había oído decir a su padre. La peor pesadilla mundial.

Otra pregunta que también se planteaba, quizá la más crucial de todas: ¿cómo sabrían en realidad si se había soltado una bomba? ¿Qué señales exactas indicarían el comienzo de un holocausto nuclear?

Lombard tenía la respuesta.

—Lo sabremos por la puesta de sol —proclamó—. Si se produce una explosión nuclear en la otra parte del globo, lo que ocurra en la atmósfera de allí se reflejará en la nuestra.

Estaban en el patio de recreo, formando un corrillo de cuatro: Lombard, Horton, el Babosa y Paul.

—¿En qué lo notaremos? —preguntó Horton.

—En que la puesta de sol será más roja. Tendrá un rojo más vivo. O más bonito, si quieres.

—Qué extraño —murmuró el Babosa, casi rozando el oído de Paul de tan cerca como estaba—. Justo cuando llega el fin del mundo...

—Así que yo voto por que montemos todos vigilancia —continuó Lombard, cada vez más entusiasmado con su propuesta—. Mejor en grupos, y convendría también que alguien llevara un registro.

—Eso se le da bien a Harvey —dijo el Babosa, pegado a Paul todavía—. ¿Verdad, Harvey?

—Ag, si queréis lo llevo yo —se ofreció Horton—. Tengo sitio de sobra en el cuaderno de geografía antiguo.

—Pues empezamos esta noche mismo —dijo Lombard—. Y se lo propondré a Eedes también, él vale para eso; que organice unas cuantas patrullas más y así nos vamos turnando.

—¿Qué pasa con Eedes? —La pregunta la formulaba Du Toit, que acababa de aparecer por allí—. ¿Qué tiene que organizar?

Se produjo un silencio, durante el cual Paul experimentó una pequeña revelación. Al igual que las estrellas le habían parecido un tanto distintas la noche anterior, después de que Spier les hubiera comunicado la noticia, también Du Toit se le presentaba distinto de pronto. Las estrellas le habían parecido más cercanas; Du Toit, por el contrario, de repente ya no imponía tanto, pese a la rabia con que en ese momento preguntaba:

—Bueno, ¿qué, Lombard? ¿Me lo vas a contar o tengo que sacártelo a la

fuerza?

Otros asuntos más acuciantes habían empequeñecido su figura.

—¿Tú y cuántos más me lo vais a sacar? —respondió Lombard, desafiante.

—Estamos formando un grupo —dijo el Babosa, nervioso— para vigilar la puesta de sol, eso es todo.

—¿Por qué?

—Porque si se produce una explosión nuclear en la otra punta del globo —repitió el Babosa, como un loro, al igual que cuando leía el reglamento del club—, lo que ocurra en la atmósfera de allí se reflejará en nuestra puesta de sol. ¿No es así, Lombard?

—Entiendo —dijo Du Toit, escrutando a uno tras otro con sus gélidos ojos—. Bueno, pues en ese caso quizá me apunto.

Pero Lombard no estaba por la labor.

—Móntate tu propia patrulla, Du Toit —le dijo—. En la mía no cabes. ¿Entendido?

En circunstancias normales, Du Toit habría arremetido contra Lombard y posiblemente habrían llegado a las manos. Al fin y al cabo, tres miembros de su club se encontraban presentes para salir en su defensa. Sin embargo, para sorpresa de todos, no opuso resistencia. Se limitó a mirar fijamente a Lombard con cara de pocos amigos y luego se volvió hacia el Babosa.

—¿Qué, vienes o no?

Es más, ni siquiera hizo amago de azuzar a Paul y Horton para que se fueran con él también, cosa que Lombard advirtió con jactancia mientras veía alejarse a Du Toit y al Babosa.

—Así aprenderá —dijo—. Y al menos no se ha metido con vosotros, aunque sigáis también bajo sus órdenes, ¿no? ¿Queréis que os diga una cosa? Me alegro mucho de que me expulsara. ¿Desde cuándo un amigo tiene que quedar siempre por encima, eh?

Paul pensó que había llegado el momento de preguntarle a Lombard lo que había querido decirle en la piscina; pero estando Horton presente no se atrevía y, además, Horton ya estaba otra vez llevando la conversación al tema de la puesta de sol.

—Si quedamos después de cenar, antes de la hora de estudio —decía, con la pecosa cara encendida—, podemos empezar esta misma noche. *Carp el deus*. Se dice así, ¿no?

La noticia sobre el plan de Lombard se había extendido tan velozmente como todos los demás rumores que habían circulado aquel día, de manera que, antes de la hora de estudio, casi la mitad del colegio, repartida en pequeños grupos, se congregó en el patio para escudriñar el cielo y no perderse un solo matiz de la puesta de sol: la posición y forma de las nubes, la velocidad con que dichas nubes cambiaban de color, el color no sólo de las nubes sino del mismo cielo, todas las tonalidades que iba adoptando a lo largo de su transformación crepuscular: del rojo al naranja, luego al rosa, luego al púrpura y después al negro.

Huelga decir que todavía no había nada, en aquel primer atardecer, con lo que comparar ninguna observación; aun así, se tomó cumplida nota de todo de manera que, al día siguiente, la temible empresa de evaluar si verdaderamente tenían los días contados pudiera acometerse como es debido.

Paul formó patrulla con Lombard, Horton y Bentley, que también se había sumado al grupo. No así el Babosa, que sin duda seguía bajo las garras de Du Toit, aunque al parecer no para vigilar la puesta de sol, pues los dos brillaban por su ausencia en el patio. Sólo apareció cuando todos los demás se esfumaban ya hacia el aula para hacer sus deberes —Du Toit también, a lo lejos—, y se acercó con sus andares de pato hasta Paul para informarle de que el viernes, inmediatamente después de los partidos, se celebraría una nueva reunión del club. ¿Entendido?

—¿Dónde os habéis metido?

Pero el Babosa tenía algo más urgente que preguntar.

—¿Cómo ha ido? ¿Habéis visto algo?

—Si tanto interés tienes, haberte apuntado con nosotros.

—Si hubiera podido, me habría apuntado, y sin pensarlo dos veces. Pero no siempre soy libre para hacer lo que quiero. Ya lo sabes.

—¡La libertad de elección! —exclamó Spier al comienzo de la Tertulia de Cultura General del día siguiente—. Hoy quiero que reflexionemos sobre esa cuestión. Sobre las decisiones que tomamos y sobre lo que ocurre a veces si no las tomamos cuando quizá deberíamos hacerlo. O cuando esas decisiones, una vez tomadas, no son del agrado de los demás. Ni siquiera del nuestro.

Esa prolija introducción de Spier fue recibida con un murmullo de incertidumbre. Al fin y al cabo, lo que ellos ansiaban tratar era el tema de los misiles, naturalmente.

—¿No os interesa el tema de mi elección? —preguntó Spier, recalcando irónicamente la última palabra.

—Bueno, señor Spier —contestó Bentley—, la verdad es que, si no le importa, tenemos muchas preguntas que plantearle sobre lo que ha pasado en Cuba y sobre si habrá bomba o no.

—Una vez más, la libertad de elección —dijo Spier, de nuevo haciendo hincapié en la palabra—. Pero, bien, supongo que deberíamos contextualizar todo esto de algún modo.

Luego, en mi recuerdo, Spier nos explicó con detalle lo que había ocurrido en la Cuba de Batista y qué opinaba Estados Unidos de Castro, el nuevo presidente cubano. «Estados Unidos tiene una visión del comunismo muy similar a la de nuestros propios dirigentes. *Die rooi gevaar*, si me permites que emplee tu expresión favorita, Du Toit. Tuya, y ahora, por lo que parece, también de nuestro estimado director.» Después mencionó la Bahía de Cochinos y que aquella fallida invasión estadounidense había empeorado una situación ya de por sí tensa.

—El resto ya os lo ha contado el director —concluyó y, como de costumbre, fue a apoyarse en su desordenado escritorio—. En líneas generales. Pero es importante conocer el trasfondo de la situación. Eso afecta, o debería afectar, a nuestra visión de lo que está ocurriendo en el momento presente. De modo que, teniendo eso en cuenta, si os parece bien me gustaría que tratáramos de analizar los hechos en relación con las decisiones que se han tomado. ¿Lo ocurrido es ineludible o podría haberse evitado? ¿Hay que tomar al pie de la letra las declaraciones del presidente Kennedy? ¿O

convendría conocer también el punto de vista de los rusos? Y, sin pecar de ombliguismo, ¿acaso por prestar atención a lo que sucede fuera de nuestras fronteras estaremos olvidando lo que sucede dentro de ellas?

Me atrevería a afirmar que fue en ese momento cuando hizo referencia a un señor negro que había comparecido en un juzgado cercano vestido con un *kaross* de piel de chacal. Ah, y recuerdo también que Spier estaba ojeroso y se había cortado al afeitarse. Llevaba una pequeña tirita en la mejilla.

—Tengo un amigo —dijo a continuación, si bien tal vez no con estas palabras exactamente—, un antiguo amigo, que está pagando un alto precio por sus creencias, al igual que Helen Joseph, e incluso se le ha sometido a arresto domiciliario. ¿Debería mi amigo haber elegido ese camino? ¿O quizá debería haber callado? Porque estoy seguro de que eso fue todo lo que hizo: hablar más de la cuenta. ¿Qué habría hecho yo en su situación? En lugar de esconderme en un internado para niños bien, enseñando una versión sesgada de la historia de este país. ¿Qué clase de elección es ésta?

»¿Y vosotros? Vosotros, que sois el futuro de nuestro país, ¿qué camino elegís?

Y aquí tenemos finalmente esa elección, en toda su complejidad, pasando por tonterías como mi temor infundado a los Fords polvorientos, los recargados *bed and breakfasts* y el escaso trecho todavía restante en este particular tramo de mi viaje. Aunque llegar a mi destino no comporte necesariamente cerrar el proceso, para decirlo en la jerga actual. Como tampoco nuestra segunda patrulla de vigilancia comportó ninguna certeza.

Al igual que el atardecer anterior, el grupo escudriñó atentamente la puesta de sol, preguntándose:

¿Alguien observaba algún cambio respecto al día anterior?

(A simple vista, ninguno.)

Aunque quizá los tonos rosa del cielo se veían un poco más rosados ¿no?

(Bueno, levemente quizá.)

Como más rojos, ¿no?

Mientras Horton tomaba nota, Lombard observó:

—Qué raro estaba esta tarde, ¿no? Spier me refiero. ¿Y por qué se ha metido con Du Toit por eso del *die rooi gevaar*? Si todo el mundo lo dice.

Paul pensó en contar lo de aquella nota que Du Toit le había intentado pasar. Sin embargo, eso conllevaba poner de manifiesto la crueldad con que Du Toit solía tratarlo, así que decidió —¡y por tanto eligió!— guardar silencio. No es que Lombard y Horton ignoraran el trato que Du Toit le dispensaba —prácticamente todo el colegio, pequeños incluidos, debía de estar al corriente de lo del robo de su diario—, pero, aun así, tampoco había necesidad de recalcarlo.

—A Spier no le cae bien Du Toit —dijo Horton—. Siempre le ha tenido ojeriza. Lo suyo sería que el Babosa estuviera en Cultura General, la verdad. Ya sé que es un rollo de tío, pero a Spier no le cae tan mal y tonto no es. Sólo lo parece.

—Lo suyo sería también —dijo Lombard, con aire pensativo— que tú mismo salieras del club de Du Toit.

—¿Quién, yo? —dijo Horton.

—*Ja*, pues claro. Después de lo que pasó la última vez, como me dijiste. —Lombard se volvió hacia Paul—. No es culpa tuya, Harvey, las reglas no las haces tú, pero Du Toit no debería cambiarlas porque le dé la gana. Las misiones nunca han sido secretas. Ésa es parte de la gracia precisamente. ¿Por qué tienen que serlo las tuyas?

Por un escalofriante momento, Paul temió que lo obligaran a explicar qué le había pedido Du Toit que hiciera, pero entonces intervino Horton:

—*Ja*, puede que tengas razón. ¡Porque, a ver, a nosotros qué más nos da esa pijotada de club! Ahora que el mundo se va a acabar...

—Pero ¿qué pasó exactamente —preguntó Paul, armándose de valor por fin— para que te expulsara, Lombard?

—Iba a contártelo el otro día en la piscina, pero luego éste se nos echó encima —añadió Lombard dirigiéndose a Horton.

—Lo siento —dijo el inoportuno Horton—. Seguía mosqueado por haber bajado al número cuatro.

—Bueno —prosiguió Lombard—, la verdad es que fue su hermana quien me dio la idea, una vez que me invitaron a la granja. Yo lo único que le dije

fue que no se enfadara tanto. Con su madre y eso. Mis padres también van a divorciarse y, bueno, es verdad que quien se marcha no es ella, sino mi padre, para irse a vivir con su secretaria, y agradable no es, claro que no, pero tanto da que sea uno u otro... Ni que fuera culpa de Du Toit que su madre se hubiera largado. Además, si sigue viéndola. Qué narices, ojalá yo no tuviera a mi madre siempre encima de mí dándome órdenes. Du Toit debería dar gracias al cielo.

—¿O sea que tú sólo le dijiste —resumió Paul, para cerciorarse de que lo había entendido— que no se enfadara tanto con su madre por que hubiera dejado a su padre? ¿Y por eso te expulsó?

Lombard asintió, y los últimos rayos de luz destellaron en sus gafas.

—Yo sólo quería ayudarlo. Porque a veces se le ve tan infeliz... Pero supongo que me tomé demasiadas confianzas.

—¡Y ahora deja que se las tome el Babosa! —rezongó Horton—. *Yissus!*

Horton cerró la libreta y guardó de nuevo la pluma en el bolsillo; la vigilancia nocturna había terminado.

—Hablaré con las demás patrullas después de la hora de estudio —dijo Bentley, que apenas había abierto la boca hasta ese momento, mientras los cuatro se encaminaban hacia las aulas—. Por si han visto algo que a nosotros se nos ha escapado. Pero, por el momento, ¡sin novedad en el frente!, ¿eh? Ni rastro de bomba. A lo mejor el mundo no vuela en pedazos al fin y al cabo.

En la distancia, no lejos de las lindes del internado, había otro grupo que parecía no haber concluido sus labores de vigilancia. El corrillo lo formaban Du Toit, el Babosa, Labuschagne, Kintock y Strover. Es decir, el resto del club de Du Toit, salvo por Paul y Horton.

A primera vista, el encargado de tomar notas era el Babosa; al menos, en sus regordetas manos sostenía la tablilla sujetapapeles que utilizaba para las reuniones del club. ¿Y si estaban haciendo algo más que observar la puesta de sol? Puede que Du Toit hubiera convocado una reunión improvisada adelantándose a la prevista, sin celebrarla en la sede habitual del club por una vez, ni tampoco informar a los dos miembros que habían tenido la desfachatez de sumarse a la patrulla de Lombard.

Por un instante, Paul sintió la tentación de correr a preguntarles. Pero en

ese momento sonó la campana y entonces el grupo se dispersó y dejó a la vista que, aparcado fuera, en la calle, cerca de donde ellos estaban vigilando, había un coche con alguien dentro. Supo que eran dos porque, en su interior, fulguraban las brasas de dos cigarrillos, uno en el lado del conductor y otro en el del pasajero. Aunque, de hecho, Paul no prestó demasiada atención ni al vehículo ni a sus ocupantes mientras se dirigía al aula junto con los demás para hacer sus deberes: una redacción (de cincuenta palabras como mínimo) sobre la fundación de la primera República bóer.

Al día siguiente, mientras se dirigía a solas hacia la reunión del club, Paul supuso que allí sería donde, inevitablemente, Horton y él tendrían que enfrentarse al castigo que fuera. ¿Habrían pensado en expulsarlos también, por su desobediencia? ¿En echarles un buen rapapolvo? ¿O en proponerles alguna misión especialmente difícil? Para su sorpresa, Paul se dio cuenta de que en realidad no le importaba gran cosa. Quizá incluso se ahorrara tener que ir a casa de Du Toit el domingo, lo cual sería una bendición.

A decir verdad, algo fundamental había cambiado en el transcurso de la semana; el mundo ya no era exactamente el de antes. Y Paul, en el fondo, agradecía que hubieran tenido lugar aquellos acontecimientos, aun pudiendo acarrear fatales consecuencias.

Descendió hacia la zanja y descubrió, sorprendido de nuevo, que se había adelantado a los demás. La sede del club parecía desierta; sólo se percibían señales de vida en dos de las cabañas más pequeñas, situadas un poco más allá. De una de ellas llegaba un sordo correteo, y de la otra, unas risitas agudas. Paul avanzó unos pasos y, al instante, cual chirrido de cigarras, las risitas cesaron. ¡Qué cautos sabían ser cuando rondaba por allí uno de los mayores! Aunque por lo visto dicha cautela no les había impedido atreverse a entrar en la cabaña de Du Toit aprovechando que no había nadie. ¿No se daban cuenta de que eso podía provocar un ataque? Él podía advertirles, desde luego; pero ¿por qué demonios iba a hacerlo? Los mayores nunca se trataban con los pequeños. A menos que estuvieran mal de la cabeza.

Paul regresó pensativo a la cabaña de Du Toit y se detuvo un momento

junto a la puerta, escuchando a medias la nueva oleada de risitas. Luego — sorprendiéndose una vez más a sí mismo, puesto que fue un acto inconsciente —, agarró el descuajaringado picaporte y entró en la cabaña.

Esta vez no se encontró ningún corrillo; ni al Babosa con su sujetapapeles; ni al cabecilla del club sentado sobre aquella caja de madera a guisa de trono; sólo el triste olor a tierra húmeda. En la penumbra, los ojos de Paul se posaron en el pedazo de moqueta raída con su estampado de seis anillas entrelazadas; en el jactancioso sujetapapeles del Babosa, apoyado en una pared; en el casco de plástico de Du Toit, ocupando su lugar de honor sobre la caja de madera. Se puso de rodillas y, al levantar el casco, cuyo visor estaba levantado para no ocultar el rostro de su portador, éste se desprendió del casco y cayó al suelo. Lo único que lo había mantenido sujeto era una tira de cinta adhesiva, amarillenta y correosa.

Recordó entonces la advertencia del Babosa: «Eh, agacha la cabeza, que como des contra la viga se nos cae la cabaña encima. No sería la primera vez».

Con manos torpes, colocó de nuevo el casco y el visor sobre el trono, apretando a la vez el inútil pedazo de cinta adhesiva en su sitio, y luego se fue, cerrando con mucho cuidado la puerta al salir. ¡Sólo faltaba que se le cayera también el picaporte!

Se asomó al borde de la zanja y vio que los demás miembros del club, Horton incluido, avanzaban ya hacia él bordeando el desierto campo de juego.

—¡Hombre, por fin! —dijo Du Toit al llegar a la zanja—. ¡Te hemos estado buscando por todas partes!

¿Eran imaginaciones de Paul, o Horton parecía más contento de verlo que nunca?

—¿Dónde queríais que estuviera? —replicó Paul—. Me avisó el Babosa. Sabía que teníamos reunión.

—¡Lo veis! —saltó el Babosa.

Pero Du Toit pasó por delante sin hacerles caso y entró en la cabaña, con el Babosa pisándole los talones, y la puerta se cerró, dejando a los demás fuera. Luego volvió a asomar el Babosa, sujetapapeles en ristre, dispuesto a

pasar lista.

—¿John Henry Labuschagne?

—Presente.

—¿Peter Angus Richard Kintock?

—Presente.

—¿Howard Strover?

—Presente.

—¿Timothy Hugh Horton?

—Presente.

—¿Paul Thomas Barnabas Harvey?

También presente, por descontado.

—¡Venga! —masculló el Babosa, azuzando a Paul para que pasara al interior—. ¡Que hay prisa!

El jefe del club, calado ya el casco, se hallaba sentado en su trono; el visor roto debía de haberse guardado en algún sitio, pues no estaba a la vista. Aunque Paul no tuvo tiempo de pensar en su paradero, ya que tan pronto se hubieron instalado todos a los pies de Du Toit, el Babosa proclamó el orden del día. En particular, el hecho de que, lejos de reconvenir a Paul, éste iba a ser ascendido de nuevo por haber cumplido satisfactoriamente una nueva misión.

Se leyó el orden de precedencia ya retocado:

—Uno: Murray. Dos: Harvey. Tres: Strover. Cuatro: Horton. Cinco: Labuschagne. Seis: Kintock.

¡Vaya! Así que Paul quedaba ya justo detrás del Babosa. Tenía que pasar precisamente esa semana, de entre todas las posibles. ¿O las imposibles, mejor dicho? Casi el número uno ya. A un paso.

—Y antes de que empieces a quejarte otra vez, Horton —dijo Du Toit—, o tú, ¿eh, Strover?, quiero que los dos derribéis la cabaña de al lado. Y sin que los pequeños os vean. O se enteren siquiera. ¿De acuerdo? Tienen que creer que se les vino abajo sola, de golpe y porrazo. Como si fuera un castigo divino. O como la Bahía de Cochinos. De buenas a primeras. ¿Entendido?

Aquella noche, después de cenar, a Paul le entraron ganas de ir al servicio antes de salir a vigilar la puesta de sol. Eligió los lavabos de la planta baja, que tenía más cerca, y fue allí donde, nada más salir del cubículo, se topó con el Babosa, que estaba lavándose las manos en una de las pilas.

—No te he oído entrar —le dijo receloso al Babosa.

—Sólo me estoy lavando las manos —respondió el Babosa—. ¿Hay algo de malo en que un *ou* se lave las manos?

Los dos se miraron en el espejo, que cubría la pared a todo lo largo.

Luego el Babosa se descolgó con algo así como:

—Oye, no te creas que es tan fácil ni tan diver ser su brazo derecho, ¿eh? Yo me esperaba algo mejor. Bueno, dentro de poco te tocará a ti y...

Pero entonces se calló, dejando a medias lo que fuera que intentara decir: quizá preparando el camino con intención de pedirle de nuevo a Paul que intercediera para que lo invitaran a la granja. ¿O buscaba quizá algo menos concreto? ¿Amistad? ¿Comprensión? ¿Protección? Al fin y al cabo, Paul estaba en alza.

Paul vio claramente, en las dilatadas pupilas del Babosa, un ansia tremenda y desesperada. Ansia de gustar, de ser otro, otro no gordo y mantecoso, sino delgado y guapo, como Du Toit. Eso vio Paul, y también el asomo de unas lágrimas, que quizá lo llevaron a volver la cara en ese momento.

Los acontecimientos de la semana estaban haciendo mella en todos; y, mientras salía al patio detrás del Babosa, lo asaltaron pensamientos inesperados.

¿Cómo no se había dado cuenta nunca de lo mucho que tenía en común con el Babosa? Ambos se sentían excluidos. Ambos deseaban ser otros. Sentirse integrados.

Y ambos, por esas mismas razones, susceptibles de caer en las garras de Du Toit, evidentemente.

Pero a decir verdad ya estaban integrados. Todos lo estaban, pues ése había sido otro de los efectos de la semana: hacer que el tan cacareado «mundo exterior» de Spier llegara hasta ellos, o se aproximara al menos.

Luego si no había exterior, tampoco, por defecto, había nadie excluido.

Todos formaban parte de un todo más grande. Lo quisieran o no, como solía decir su madre. Todos estaban cohesionados. Todos tenían su parte de responsabilidad. Por insignificantes o pequeños (como las lejanas estrellas) que se vieran a sí mismos.

Paul recorrió con la mirada la totalidad del patio. La tierra ocre, en un extremo la hilera de aulas, todas rojas por igual, el quiosco de las golosinas en el centro, el arco blanco del que colgaba la campana del colegio y los campos más allá. El recinto donde residían los profesores, el de los criados, la zanja donde se hallaba la sede del club. Y el cielo, por descontado, un cielo cada vez más oscuro. Todo cohesionado también. Todo conectado.

Es antinatural, se dijo Paul, estar siempre formando clubs. Sólo servían para levantar barreras.

—¡Vamos, Harvey! —oyó que alguien le gritaba—. ¡Aquí!

Lombard le hacía señas con la mano desde el tramo de la valla donde se había apostado junto con Horton y Bentley, impulsando con ello a Paul a emprender una obediente carrera en el transcurso de la cual observó también que al otro lado de la valla, aparcado prácticamente en el mismo sitio que la noche anterior, se encontraba un vehículo que reconoció al instante, iluminado en su interior por las brasas incandescentes de dos cigarrillos.

Sin embargo, no fue hasta el sábado cuando estallaron las cosas, empezando por el momento en que Paul se acordó de devolver a su propietario el pañuelo que le había lavado Mosa. Había olvidado hacerlo anteriormente —y quizá no fuera de extrañar, dado el desarrollo de la semana— y no fue hasta la clase de afrikáans de aquella mañana cuando el pañuelo le vino a las mientes.

El afrikáans era competencia de un profesor a tiempo parcial llamado Marais, bastante joven todavía, más joven que casi todos los demás profesores, con excepción de Spier, aunque relacionar a uno con el otro no parecía lo más obvio. Si Spier era desordenado y desaliñado, Marais lucía siempre un *blazer* azul impecable, por mucho calor que hiciera, en cuyo bolsillo delantero llevaba dos bolígrafos de color dorado perfectamente alineados. Los pantalones siempre impecablemente planchados también, sus

cabellos oscuros peinados con una raya perfecta y los zapatos brillantes y lustrosos. A decir verdad, más que un profesor parecía un maniquí de escaparate.

Aquella mañana, Marais estaba explicándoles el origen de ciertos términos afrikáans. Eso le llevó a remontarse a un grupo de refugiados religiosos llegados de Francia, a los que se denominaba «hugonotes». El año 1685, casualmente en la misma semana del mes de octubre en curso, el día 22 para ser precisos —como preciso era siempre Marais—, el rey francés Luis XIV había revocado lo que se conocía como Edicto de Nantes, que hasta ese momento había garantizado la libertad de expresión a los hugonotes, como protestantes dentro de un país católico. En consecuencia, los hugonotes habían huido del país, y algunos se habían instalado en Ciudad del Cabo.

Marais escribió en la pizarra una serie de nombres. El suyo propio para empezar, seguido de «Franschoek», que según les explicó antes quería decir «Rincón francés». Literalmente. Había muchos apellidos típicamente afrikáans que también eran de inequívoco origen francés.

François Villon = Viljoen
La Buscagne = Labuschagne
Le Clercq = De Klerk
Du Toit

Otro ejemplo más de conexión, en este caso a través del tiempo, aunque Paul no cayó en ese particular, puesto que fue en ese momento cuando le vino a las mientes el pañuelo. Pero no conseguía recordar dónde lo había dejado. Hasta que, justo antes de terminar la clase, se acordó: en la taquilla, escondido debajo de la lata donde guardaba los pasteles. ¡Claro!

Decidió que lo recogería cuando fuera a cambiarse después de comer para ir a limpiar la caseta de cricket. Los alumnos de los cursos superiores que no habían sido elegidos como espectadores de los partidos que se celebraban fuera tenían que ocuparse a cambio de desempeñar otras tareas en el colegio, y Paul sabía que durante ese tiempo, antes o después, casi seguro que se encontraría con Pheko metido en faena. Y, efectivamente, nada más poner el

pie en los campos de juego, allí estaba el dueño del pañuelo, encorvado a lo lejos sobre su cortacésped, proporcionándole la oportunidad idónea para echar a correr hacia él y devolvérselo en un momento.

El joven encargado de mantenimiento, con su andrajosa vestimenta, se plantó como un espantapájaros y lo saludó con una sonrisa sorprendida:

—El *baas* tiene mejor aspecto. Ya no sangra. Me alegro.

—Vengo a darle las gracias —respondió Paul, retrocediendo ante el pestilente campo de fuerza que envolvía a Pheko—. Me lo ha lavado Mosa —añadió, sacando el pañuelo del bolsillo—. Y lo ha planchado también. Espero que sea de su agrado. ¡Tome!

—El *baas* es muy bueno —dijo Pheko, soltando el manillar del cortacésped para aceptar la devolución del artículo—. Y su Mosa también.

Con la otra mano, Pheko se puso a hurgar en su propio bolsillo, del cual extrajo seguidamente otro pañuelo, no tan blanco, junto con otra cosa más. Algo que Paul había visto tanto en el escritorio de Spier como en el de Du Toit.

—Ahora Pheko tiene dos pañuelos —prosiguió el encargado de mantenimiento, doblándolos juntos antes de guardárselos en el bolsillo. El objeto con forma de peine, entretanto, seguía a la vista; y mientras el estupefacto Paul se disponía a volverse, Pheko se lo llevó a la cabeza y lo pinchó en sus hirsutos rizos.

¡Vaya! ¡Así que, efectivamente, era un peine lo que se había llevado! Un peine que, además, pertenecía a Pheko, porque ¿qué otra cosa podía significar que el encargado de mantenimiento tuviera en ese momento una réplica exacta en la mano? Un peine que luego habría de terminar en manos del señor Du Toit, que trabajaba para el gobierno. En las mismas manos donde había terminado otra cosa más: la hoja en la que Paul informaba que había visto a Pheko entrando con Spier en la vivienda de este último.

Durante el *exeat* de la semana anterior, Paul había pensado (tan alegremente) que se debía impedir a Spier hablar de política con Pheko. Y en realidad tampoco había visto con reparos su supuesta participación en llevar a cabo tal cosa. Pero viendo la réplica de aquel peine, todo cambiaba de repente. Todo cambiaba por completo. Naturalmente, aún no sabía con

certeza qué estaba pasando. ¿Cómo iba a saberlo? Pero sí era consciente de que no deseaba ser el responsable. El responsable de lo que fuera que hubiera en juego. ¡Si había forma de evitarlo, no!

También era consciente de que debía informar a Spier. Debía ponerlo al corriente de todo. No estaba seguro de cómo hacerlo; a decir verdad, temía lo que pudiera decir su profesor cuando se enterara, pero, pensándolo bien, ¿qué alternativa tenía? (¡Otra vez la libertad de elección! Qué apropiado.) ¿Cómo, si no, iba a seguir viviendo consigo mismo?

«El *baas* es muy bueno», había dicho Pheko. Sí, pero sólo si conseguía armarse de valor para confesarle su duplicidad a Spier.

Aunque primero tenía que ir derecho hacia la caseta, pues Botma, encargado de vigilar si los alumnos que se habían quedado en tierra arribaban el hombro como es debido, querría echarle un ojo en algún momento. Allí Paul descubrió que, centrado como estaba en lo que había visto en manos de Pheko, le estaba costando más trabajo que de costumbre poner orden en la caseta. De manera que cuando Botma apareció por fin, todavía quedaba alguna que otra esterilla que recoger.

—¡Venga, muchacho! —gruñó el profesor, acomodándose sobre unas cajas de almacenaje cercanas para ponerse a trastear con su pestilente pipa y rellenarla—. A ver si nos damos un poco de prisa.

—Sí, señor Botma. Perdone, señor Botma.

Al rato, concluyó por fin la tarea de la tarde, para su satisfacción y la de Botma.

—¡Bueno! —dijo Botma, levantando la mirada de su pipa—. Ya te puedes ir. Yo me encargo de echar la llave.

—Bien, señor Botma. Gracias, señor Botma.

Contento de haber salido de allí por fin, Paul se encaminó directamente al recinto del profesorado para enfrentarse a la siguiente labor del día, esta vez autoimpuesta. Sin embargo, apenas había dado unos pasos cuando se quedó clavado en el sitio ante la inaudita escena que vio ante sí. Primero, reparó en dos policías junto a la entrada del recinto del profesorado; y luego, al aflojar el paso, en otros dos que salían del interior. Detrás de ellos iba Spier, con la cabeza gacha y vestido, por una vez, con una chaqueta azul oscuro no muy

distinta a la de Marais.

Otra figura le seguía: Pheko, con su andrajoso uniforme color caqui, los brazos por delante, las muñecas esposadas, el metal de las pulseras destellando bajo el sol. Detrás iban otra serie de policías, uniformados a juego con el color de la chaqueta de Spier.

¿Por qué mi joven yo reparó en su vestimenta especialmente? No sabría decirlo. A menos que se debiera a aquella visión anterior que había tenido de Spier, igual de vívida, igual de inquietante, en la que Spier aparecía desprovisto por completo de ropa.

Quiero imaginar también que quizá Spier levantó un momento la vista; que quizá cruzamos una mirada. Pero, de haber sido así, ¿qué habrían reflejado sus ojos? Además, yo estaba demasiado lejos. La escena era otro retablo vislumbrado en la distancia. Más cerca estaba Botma, que entonces ya había salido a su vez de la caseta, con la pipa en la boca y la cerilla a punto. Aunque en realidad no llegó a prenderla. Al igual que yo, se limitó a contemplar la escena, presa de un silencio estupefacto mientras la policía se llevaba a Spier y al esposado Pheko.

Nueve

Es por la mañana en Mokimolle y me encuentro de pie ante la ventana del comedor, a la que me he acercado atraído por el plañidero lamento de un cortejo fúnebre que pasa por la calle. A la cabecera de la comitiva va un ataúd —de primera calidad, con asas doradas— transportado a hombros de seis trajeados dolientes. Detrás, avanza altivo un sacerdote con sotana. A éste le siguen treinta o cuarenta dolientes más, muchos de ellos niños y tan andrajosamente vestidos que, de no ser por su elegiaco cántico, nadie diría que acompañan al elegante séquito que preside el duelo.

Sopla una suave brisa. Levanta el polvo arremolinado por los pies descalzos del cortejo con su ritmo de metrónomo, creando una especie de velo que los oculta parcialmente al volver la esquina. En dirección al cementerio, sin duda; el mismo rumbo que yo habré de tomar, cuando termine el desayuno.

Las casas de la calle, todas ellas con su *stoep* delantero y algunas incluso con un árbol en la calzada, se alzan silenciosas e impasibles, lo que me hace pensar si esa procesión no habrá sido un sueño. Porque el caso es que Mokimolle parece deshabitado: un silencio excesivo envuelve sus casas; y si no hay vivos, ¿cómo va a haber muertos?

Pero muertos hay, por descontado. Yo soy prueba de ello. De no ser por los fantasmas del pasado, nunca habría venido hasta aquí.

Me aparto de la ventana y regreso con rictus amargo a mi desayuno interrumpido. Dentro de nada, me digo a mí mismo —¡dentro de nada, Paul, dentro de nada!—, llegará la hora de la verdad.

Estamos en 1962, vuelve a ser domingo; es 28 de octubre y, al atardecer, la crisis cubana de los misiles tocaría a su fin, después de que Kruschev hubiera anunciado su acuerdo de desmantelar sus bases de misiles a cambio de la promesa de Estados Unidos de poner fin al bloqueo, no invadir Cuba y retirar, al mismo tiempo, sus propios misiles de Turquía. Aunque este último detalle no saldría a la luz hasta más tarde.

En Pretoria, aquella mañana, Paul entraba con el corazón encogido en la parte trasera de una polvorienta camioneta.

—¿Todo bien? —le preguntó el señor Du Toit, volviendo el cuerpo para observar su semblante sombrío—. No te habrá entrado miedo por lo que ha estado ocurriendo estos días, ¿verdad? Porque no tienes nada que temer, ¿eh? Como acabo de decirle a Laura hace un momento, aquí no corréis peligro alguno. De verdad. Nadie corre peligro. Hazme caso.

Sus palabras, enroscadas entre el humo que también despedía su boca, tal vez habrían tenido un efecto más tranquilizador si Paul hubiera podido pensar que no sólo englobaban lo sucedido en Cuba, sino también la detención de Spier. Aunque todavía no era del todo seguro que lo hubieran detenido. Paul sólo podía basarse en lo que había visto, ya que nadie había confirmado nada. A lo mejor sólo se habían llevado preso a Pheko, que era quien iba esposado. Quizá por algún robo; los negros solían robar, eso contaban siempre por ahí. En ese caso, puede que Spier se hubiera encontrado presente meramente como testigo, o como portavoz de Pheko, que no sería capaz de defenderse o de expresarse. Los negros no tenían la confianza necesaria para eso; ni la elocuencia; ni el derecho.

Aunque, por otro lado, Paul no había visto a Spier en toda la noche del sábado, cuando lo normal hubiera sido cruzárselo en algún momento. Y había algo más que tener en cuenta: las palabras insinuantes de Botma a raíz de la alarmante escena que ambos habían presenciado.

—Creo que será mejor —le había dicho mientras prendía finalmente la pipa—, Harvey, que no digas nada a nadie sobre lo que hemos visto, ¿de acuerdo? Al menos por el momento. Mejor no desatar ningún rumor desagradable.

De manera que durante la cena, mientras vigilaba la puesta de sol más inquieto que nunca, mientras se preparaba para acostarse, e incluso, ya apagadas las luces del dormitorio, mientras contemplaba de nuevo el firmamento tumbado en su cama, Paul no había abierto la boca. Lo único que había hecho era angustiarse y cavilar, cavilar y angustiarse. Sufrir en silencio.

—Pero ¿dónde se ha metido Andre? —estaba preguntando el señor Du Toit—. ¿Por qué siempre, pero es que siempre, tiene que hacernos esperar?

—Porque es un pelmazo increíble, papá —dijo Laura—. Deberías darle una lección.

—¿Cómo?

—Pues retirándole la semanada o algo así.

—No es mala idea. Pero aquí viene por fin. *Uiteindelik!* Hombre, por fin nos honras con tu presencia —dijo, mientras Du Toit se montaba en la parte trasera y tomaba asiento al lado de Paul—. ¿Qué excusa tienes esta vez? —Giró la llave de contacto y, cuando ya el motor arrancaba ronroneante, añadió —: Más vale que sea buena.

—Oye, papá, cuéntanos —contestó Du Toit, impasible—, que ya te habrás enterado del asunto de Castro y los misiles soviéticos. Aquí nos hemos pasado toda la semana hablando del tema, ¿verdad, Harvey? ¿El gobierno qué piensa de todo esto?

La camioneta accedía ya a la calzada para emprender el viaje hacia la granja. Pasaron primero entre las casas que se alzaban altivas con sus impecables jardines. Luego atravesaron los barrios de las afueras, más nuevos y menos prósperos: las casas más pequeñas, los jardines más modestos. Después por una carretera secundaria sin pavimentar, dejando atrás una nube de polvo, la tierra reseca a ambos lados y, a lo lejos, alguna que otra mujer cargada con una caja enorme en lo alto de la cabeza, pues así era como los negros transportaban siempre sus enseres: en lo alto de la cabeza, en cajas, altivos. No altivos como las casas que rodeaban St Luke's, pero, a su manera,

altivos también.

Entretanto, la primera de las conversaciones de ese día proseguía así:

—Como les acabo de decir a Laura y Paul. Aquí no corréis peligro — afirmaba el señor Du Toit—. Ninguno corre peligro. No tenéis nada que temer.

—Pero ¿es grave?

—*Ja*, desde luego que lo es. Ya te he dicho muchas veces lo peligrosos que son los rojos estos.

—¡Entonces sí tenemos de qué temer!

—Lo que deberías temer —intervino Laura— es que papá te retire la semanada.

—¿Por qué iba a hacer eso?

—Por lo pelmazo que eres, por qué va a ser. ¿Verdad, papá?

—Esta vez no ha sido culpa mía —replico Du Toit—. Ha sido Stanford. Me ha hecho ir a buscar a la supervisora para no sé qué rollo de reunión, de todo el personal.

—¿Todo el personal? —saltó el señor Du Toit—. ¿En domingo? ¿En serio?

—Así que no me eches la culpa a mí —prosiguió el compañero de asiento de Paul, lanzándole la clase de mirada que éste antes habría recibido con entusiasmo: una mirada de exasperada complicidad, suponiendo que compartían la misma indignación ante el trato que a veces recibían los niños. Pero ya no. Ese día Paul volvió la vista enseguida y miró por la ventanilla polvorienta, para concentrarse en las más nuevas y menos prósperas afueras de Pretoria; y después en el *veld*, donde la prosperidad brillaba por su ausencia.

Al volante, el señor Du Toit, tras aceptar que Stanford cargara con la culpa por la tardanza de su hijo, estaba preguntando cómo les había ido respectivamente la semana; sobre cierto concierto para el que Laura estaba ensayando; ¿y no había ocurrido nada más? ¿Nada digno de mención? Aparte de lo de Cuba. ¿No había nada que quisieran contarle?

¿Eh?

Por suerte, las preguntas cesaron en ese momento, pues ya habían llegado

a la granja. El señor Du Toit aparcó bajo un eucalipto, como la vez anterior, y desfilaron todos hacia el *stoep*, donde descubrieron que, una vez más, Violet había dejado dispuestas unas galletas y unos refrescos para ellos. Laura se sirvió de ambos y desapareció porche adelante, mientras que el señor Du Toit, tras dudar un instante, sacó otro cigarrillo del paquete que siempre llevaba en el bolsillo de la camisa, se lo encendió y dijo:

—Por desgracia, el viejo todavía está *'n bietjie rot*, así que hoy no quiero protestas, ¿de acuerdo? No estoy para bromas; además, ya sabes lo mucho que lo valora.

Con aire distraído, revolvió los repeinados y engominados cabellos rubios de su hijo.

—Vale, papá, vale —dijo Du Toit, retorciéndose incómodo—. Ya lo pillo.

—No te importa, ¿verdad, Paul? —prosiguió el señor Du Toit, girando su felina mirada hacia él.

—Claro que no, señor Du Toit.

—¡Señor! —repitió el señor Du Toit con tono burlón—. ¡Me gusta que me llamen señor!

Luego desapareció a su vez por la puerta de la casa, todavía riendo burlón, y mientras se servían sus respectivos refrescos, Paul aprovechó que ya nadie los oía para decirle a Du Toit:

—Venga, ya me lo estás contando ahora mismo, ¡me lo tienes que contar!

—¿Contarte qué?

—Ayer la policía estuvo allí, ya lo sabes. Incluso puede que hubieran estado antes, vigilando en un coche. Yo algo raro vi, desde luego. En fin, el caso es que se llevaron a Pheko esposado y Spier iba con él y...

—¿Spier? —repitió Du Toit—. ¡O sea que por fin ha ocurrido!

—Pero ¿qué? ¿Qué ha ocurrido? —insistió Paul, y en ese momento se le escapó—: ¡Andre!

Era la primera vez (creo) que llamaba a Du Toit por su nombre de pila.

—No es justo que te andes con esos tapujos conmigo.

Paul intentó sonsacarle a su amigo una respuesta más sustanciosa enumerando los cabos que él mismo ya había ido atando. A saber, sin orden

en particular:

¿Esto tiene que ver con la seguridad del país?

Die rooi gevaar.

Y/o el negro.

El peine. Su informe.

Hasta que finalmente saltó de nuevo:

—¡Tienes que contármelo! ¡Por favor!

Había empezado la enumeración cuando ambos todavía estaban en el *stoep*; al concluirla, se encontraban ya casi en el *koppie* que daba al hediondo embalse y, más allá, al *kraal* de Tsebo.

Fue allí, concluida su letanía, donde Du Toit le contestó:

—¿Te acuerdas del mosqueo que pillaste con lo de tu estúpido diario?

—Cómo no me voy a acordar.

—Porque había visto una parte de ti de la que no querías que nadie supiera. Como ciertas cosas que decías de mí, no muy agradables, ¿eh?, tendrás que reconocerlo; también que tu abuela pensaba que este país ya no era seguro y que debías irte a vivir con ella en Inglaterra. Barbaridades por el estilo. Cosas que ni siquiera a ti te gustaban porque también decías, que lo vi escrito, cómo te sentías por ser tan *soutpiel*. ¡Y entonces se me ocurrió la brillante idea!

—¿Qué idea?

—¡Pues invitarte a entrar en mi club, tonto! Un poco por pena, como con el Babosa. Aunque en su caso por gordo. Pero también, la verdad, porque sabía que podrías ayudarme con mi padre. No sabes lo que es, siempre está con la misma matraca, que si tengo que hacer mejor las cosas, que si no soy un Du Toit como es debido. Ya has visto las fotos.

—¿Te refieres a...?

—*Ja*, las que cuelgan por toda la casa. Mi padre no deja de repetirme lo mucho que sudaron todos para hacerse un sitio en este país. Y él lo mismo, pero de otro modo: él quiere además que Sudáfrica destaque. Y yo también, porque ahora que me hago mayor dice que tengo que seguir sus pasos. Que tengo que ser como ellos. Como él. Un día se enteró de que tus padres conocían a ese sacerdote a cuyo hijo pusieron bajo arresto domiciliario la

semana pasada, el que conoce también a Spier; porque, a ver, ésa fue la única razón por la que os invitó a todos a la granja; y, claro, entonces se me ocurrió la brillante idea. Pensé que podríamos hacer un poco de espionaje por nuestra cuenta, sólo tú y yo, porque como eres tan buen observador..., pero eso ya te lo he dicho, en fin, que así informaría a mi padre de lo que fuéramos viendo o descubriendo. Y si lo que dices es verdad (sobre Spier, me refiero, pero ya le preguntaré antes de comer, ya nos contará), eso significa que mi plan ha funcionado, ¿no? Que ha funcionado a las mil maravillas, y ahora ya no podrá acusarme nunca más de ser el niño de mamá.

Como respecto a otros momentos similares de aquel mes clave, no me atrevería a jurar que ésas fueran sus palabras exactas. Aunque, al igual que la primera vez, también en la granja, cuando Du Toit me había pedido que estuviera ojo avizor y tomara notas, no me cabe duda de que en líneas generales ése fue en esencia el mensaje. El impulso subyacente.

—Pero ahora —dijo para concluir— hay que ir a hacerle una visita a Tsebo. ¡Tonto el último!

A lo que añadió, cuando ambos llegaron jadeando a la cerca de bambú que rodeaba el *kraal*:

—¡Acuérdate! No hay que entrar en la cabaña a menos que nos invite. Y deja que sea yo quien hable, ¿vale?

Encontraron al anciano poco más o menos en el mismo lugar y en la misma posición que quince días atrás: sentado al sol en una silla, con el cayado a mano.

—*Dumela* —murmuró Du Toit, deteniéndose.

—*Dumela*, Andre. *Dumela*, Harvey —contestó Tsebo, obsequiando a cada uno con una sonrisa—. Me alegro de veros otra vez. Violet está preparando una comida especial. Mucho mejor que las del colegio, según ella. ¿Qué es lo que más te gusta comer, Harvey?

Paul no hubiera tenido inconveniente en entrar en detalles —para él era una novedad estar en un *kraal*, conversando con un negro—, pero Du Toit se lo impidió al preguntarle a Tsebo cómo se encontraba. Y luego, después de que el anciano hubiera explicado que había pasado una semana bastante regular, al preguntarle con la misma rapidez por otra serie de cosas, algunas

se diría que totalmente innecesarias. Como si temiera la más mínima intervención por parte de Paul. Pero ¿por qué?

Entonces le asaltó otro pensamiento: aunque para él los negros (Mosa incluida) siempre se mantenían en un forzoso segundo plano, al igual en cierto modo que el coro en una tragedia griega (como la que habían estudiado el trimestre anterior), allí estaba Du Toit hablando cara a cara con Tsebo de un modo que le recordó a cuando Pheko le había entregado su pañuelo. Pheko, al que más tarde se habían llevado esposado.

Entretanto Du Toit, después de hacer su última pregunta, se retiraba ya y Tsebo le preguntaba en voz baja:

—¿Vas a ver a tu madre la semana que viene?

Crispado, Du Toit asintió.

—Tengo un paquete para ella, haz el favor. Le dio un libro a Tsebo hace tiempo. ¿Se lo devuelves?

Du Toit asintió de nuevo.

—Está en la cabaña. Sobre la mesa.

Mientras Du Toit iba a por el paquete, el anciano miró intensamente a Paul y le dijo:

—Me alegra mucho verte otra vez por aquí. Es bueno que Andre tenga un amigo.

Después, al salir Du Toit de la cabaña con un paquetito envuelto de cualquier modo bajo el brazo, Tsebo levantó la mano en señal de despedida.

—¡Id con cuidado! Y volved pronto.

Du Toit tomó la delantera de nuevo al salir del *kraal*, y Paul dejó que se distanciara mientras él asimilaba el encuentro con Tsebo. Hasta que finalmente, tras decidir que no tenía nada que perder, apretó el paso para acercarse a él y preguntó al bronceado cuello de Du Toit:

—¿Adónde vas, cuando quieres ver a tu madre?

Los músculos del cuello de Du Toit se tensaron. Pero ésa fue toda su reacción. Ni aflojó la marcha, ni se volvió.

—Dice Lombard que... —insistió Paul.

Esta vez Du Toit sí se volvió, bruscamente, y clavó sus gélidos ojos azules en Paul.

—Lombard no sabe nada de nada —le espetó—. Ni siquiera sabe meterse en sus cosas. Y mi madre es cosa mía y de nadie más, ¿estamos? De nadie más. Ni siquiera de Laura. ¿Entendido?

Cuando alcanzaron de nuevo la casa, sin haber cruzado prácticamente una palabra desde esa última interlocución, Du Toit dejó a Paul un momento a solas porque tenía que ir a hablar con su padre (o eso dijo). Después se retiraron a la habitación de Du Toit, donde se entretuvieron como pudieron, Du Toit con sus coches miniatura, Paul enfrascado una vez más en los tebeos de su anfitrión, hasta que llegó el momento de regresar al sombrío comedor, con su mobiliario rancio y oscuro y todos aquellos retratos que colgaban de la pared.

—Espero que el *baas* tenga hambre —le dijo Violet a Paul al colocar las bandejas sobre la mesa—. He hecho *tamatiebredie*, con una antigua receta de la señora. Arroz también, y un postre para después, bien grande, la especialidad de Violet.

—Gracias, Violet —dijo el señor Du Toit y luego inclinó la cabeza, entornó los ojos y masculló—: *‘O Here, en U gee aan hulle almal spyse op die regte tyd. U voed uit U milde hand en vervul alles wat op aarde leef met U ryke seën. Amen.*

Una vez que se hubieron servido todos, y no sin antes advertir a Laura de que, si prestaba atención, también ella podría aprender algo, el señor Du Toit se lanzó a perorar sobre uno de los temas favoritos de Spier: Occidente y el comunismo. Les explicó que, como ideología, la intención del comunismo (tal como había dicho el presidente Kennedy) era dominar el mundo. Sudáfrica, por tanto, tenía un papel crucial que desempeñar en la lucha para mantener a Occidente libre de todo eso. Pero, y era un gran pero, había elementos dentro del país que tenían la intención contraria. Que creían en el comunismo, que de hecho abogaban por él e incluso seguían sus preceptos. ¡Increíble pero cierto!

En un principio, las manifestaciones de dicha actitud habían sido bastante tibias, dijo. Palabrería sin fundamento, movilizaciones sindicales, huelgas;

cosas por el estilo. Últimamente, sin embargo, la tensión se había intensificado. Se habían producido actos vandálicos en edificios importantes, por ejemplo, y esa misma mañana el *Sunday Times* había publicado un artículo en el que se hablaba de una facción hasta el momento clandestina del prohibido Congreso Nacional Africano llamada *Umkhonto we Sizwe*, o «Lanza de la Nación», que había enviado al periódico una «proclama» anunciando que a partir de ahora su lema en la campaña para derrocar al «régimen blanco en Sudáfrica» sería «una vida por otra». El señor Du Toit recalcó las citas de dicho artículo levantando, en el aire, dos pares de dedos a guisa de comillas.

Razón por la cual, añadió, el gobierno había tenido que recurrir a medidas como la del arresto domiciliario.

—En fin, chicos, y con esto llegamos a lo de nuestro amigo Simon Tindall. A lo de Simon Tindall y su amigo, Andrew Spier.

Sin entrar en demasiados detalles —dijo que no podía, que era mejor mantener en secreto sus actividades—, aun así les contó que, como preocupado ciudadano del mejor país de la Tierra, su deber en todo momento era hacer lo posible para proteger al gobierno de individuos como Simon Tindall. Individuos potencialmente peligrosos por lo que decían; por lo que pensaban. Así que, al enterarse de que Peggy y Douglas conocían al padre de Simon, había aprovechado la oportunidad para indagar un poco más. Eso no quería decir que no deseara conocer a Peggy y Douglas también, por descontado que sí. Parecían gente encantadora y, de todos modos, le gustaba poner a los recién llegados al corriente de las cosas.

Al mismo tiempo, se había enterado —¿en el partido de cricket, quizá?, no caía en qué momento había sido— de que Simon Tindall conocía a Andrew Spier, lo cual le hizo pensar que alguien debía echarle un ojo a Spier también. Porque, naturalmente, sabía por Andre de aquella tertulia suya de cultura general y de la clase de temas que allí se debatían. Una vergüenza, la verdad.

Luego, entre los dos —en este punto los ojos verdes de Du Toit saltaron complacidos de su hijo a Paul y vuelta otra vez a su hijo— habían establecido una conexión entre Spier y el encargado de mantenimiento del colegio. Un

dato este que el gobierno se había tomado pero que muy en serio. Al enterarse. Y bien que habían hecho. Porque Spier estaba a todas luces sembrando discordia no sólo entre sus alumnos, que ya bastante grave era de por sí, sino también entre la servidumbre. ¡Por si fuera poco!

Ahora Spier y el encargado de mantenimiento serían interrogados, les dijo, y si se demostraba que era cierto lo que todos sospechaban, los llevarían a juicio, igual que al otro agitador aquel, el señor Mandela, y luego les tocaría pasar una buena temporada en prisión. Años y años, con un poco de suerte.

—Tenéis que estar muy orgullosos de lo que nos habéis ayudado a conseguir —concluyó—. Formáis un gran equipo los dos. —Alzó su cerveza—. ¿Brindamos por nosotros? ¿Por qué no? Creo que lo tenemos merecido.

Si Paul ya tenía un nudo en el estómago al principio de la comida, cuando terminó el postre que Violet había preparado el estómago se le había hecho una piedra. Aunque, en realidad, no prestó gran atención a las reacciones de su cuerpo ante la perorata del señor Du Toit. Debió de entrar, supongo yo, en un leve estado de *shock*, y se pasó el resto del *exeat* como en un trance.

Después de comer, mientras Violet recogía risueña los platos, el señor Du Toit se llevó la taza de café que ésta le había servido a su despacho. Quería terminar de leer el periódico, según les dijo. Entretanto, les pedía por favor que se entretuvieran solos y no armaran mucho jaleo. Que recordaran que era domingo, el Día del Señor, día de descanso.

(Sólo más adelante le encontraría Paul la gracia a aquel comentario: que saliera con aquella perogrullada cuando en realidad él, por su parte, no había dejado de trabajar un momento; porque ¿qué había sido la visita de mis padres aquel domingo sino trabajo? Una labor, qué duda cabe, hecha por amor al arte. Nueva paradoja.)

Laura desapareció también y, una vez que lo hizo, Du Toit, con sonrisita suficiente, se dirigió a Paul:

—¿Qué, contento?

—¿Contento?

—No sé tú, pero yo me voy a mi habitación.

Paul podría haberlo acompañado, aunque no creía que los tebeos de Du Toit —ni siquiera sus coches en miniatura— consiguieran distraerlo en ese momento. Tampoco le apetecía mucho su compañía. Prefirió, pues, salir fuera, al calor de la tarde.

Al principio se limitó a deambular por delante de la casa, dando patadas a las piedras. Luego, como a pleno sol hacía demasiado calor y le preocupaba que el señor Du Toit lo viera desde su despacho, se encaminó al edificio anexo más cercano, el que albergaba aquel coche antiguo montado sobre ladrillos y la maquinaria agrícola.

Allí, sentado en un tractor herrumbroso, trasteando inquieto con su palanca de cambios, fue donde Laura se lo encontró.

—Ha sido Violet la que se ha dado cuenta —le explicó Laura—. De que te han dejado solo. ¿Habéis discutido?

—No.

—Jo, pero mira que es mal educado, mi *boet*. No sé cómo tiene amigos.

En la comida, Laura había lucido el mismo vestido sencillo que en la primera visita de Paul a la granja, de un azul a tono con sus ojos; pero después de comer se había cambiado, y llevaba puestos unos pantalones cortos y una camiseta, vestimenta que le permitió encaramarse libremente al morro del tractor, donde entonces se acomodó.

—La última vez —dijo— empezaste a contarme de ese club tuyo. ¿Te acuerdas? Supongo que Lombard también debió de formar parte de él, hasta que cometió el error de hablarle a Andre de mamá. Cuéntame más, ¿cómo funciona exactamente?

Paul no había imaginado que el *exeat* le brindaría otra oportunidad de indagar sobre la madre de Du Toit y Lombard. Pero ahí la tenía, de buenas a primeras, bajo la forma de la inaccesible Laura, ya no inaccesible.

De manera que, desobedeciendo lo ordenado un día por Du Toit —«Si quieres seguir en el club, no debes contar nada que tenga que ver con él a nadie. Nunca. ¿Entendido?»—, le explicó su funcionamiento a Laura con todo detalle. Luego, mientras ella asimilaba esa información, Paul dejó caer su pregunta sobre Lombard y la señora Du Toit.

Laura, con el entrecejo arrugado —obviamente no muy impresionada con

el ordenamiento del club de su hermano—, le dijo:

—Jo, qué vergüenza, tratar así a tus amigos. Si mamá se enterara...

Su madre, según dijo después, había nacido en Johannesburgo. Pertenecía a una familia de habla inglesa y tenía un gran talento para la música: tocaba tanto el piano como el violín, instrumentos de los que también daba clase en un colegio de Johannesburgo, pues allí era adonde se había ido a vivir después de que ella y el señor Du Toit se separaran, a su ciudad de origen.

—No están divorciados (mi padre no consentiría un divorcio; dice que eso va contra la ley de Dios), pero ella no piensa volver, lo suyo nunca funcionaría. Aunque todavía tiene cosas por aquí, instrumentos y tal, que él no le deja llevarse.

¿Por qué no funcionaría su matrimonio? Bueno, pues porque por lo visto eran muy distintos. Ella no sólo era de habla inglesa —que, por cierto, a eso se debía que tanto Laura como Andre estudiaran en internados ingleses, pese a la oposición de su padre, pues su madre se había empeñado—, sino que además era una persona más bien urbana, y también tenía ideas políticas muy distintas. Su madre, por ejemplo, no veía con buenos ojos que su padre trabajara para el gobierno, fuere lo que fuese lo que hacía para ellos. De hecho, la verdad es que era un misterio que hubieran terminado juntos, aunque ambos le habían contado muchas veces de cuando se habían conocido en un concierto en Pretoria en el que su madre tocaba y al terminar la función él la había abordado para felicitarla por su interpretación. Que había tocado como los ángeles, le dijo. O una cursilada por el estilo.

Además su madre era muy guapa. Ése había sido otro factor. Todo el mundo decía lo guapísima que era. Dulce y amable. Nada que ver con el rudo de su padre.

Otra cosa más que los diferenciaba.

—Yo me parezco más a mi madre que Andre —dijo Laura, todavía con el ceño arrugado—. Aun así, él lleva fatal que se haya ido de casa. Por eso es como es, la verdad. Violet dice que lo suyo es rabia *pak vol*, una rabia con la que no sabe qué hacer. Ahora Violet es como una especie de madre para nosotros. Bueno, aquí, cuando estamos en casa. No cuando vamos de visita a Jo'burg, claro. Violet lleva ocupándose de nosotros desde que nacimos. Y

Tsebo también. Nos cuidan. O lo intentan.

—¿Y Lombard? ¿Qué pasó para qué él y... —Paul dudó un instante antes de lanzarse a utilizar el afrikáans— y tu *boet* se pelearan?

Al parecer Laura, a quien le gustaba Lombard —de hecho, su *boet* solía tomarle el pelo con que le gustaba pero de verdad, lo cual era una tontería, porque qué iba a gustarle, era demasiado pequeño para ella, pero en fin—, había mantenido una conversación muy parecida a la que estaba manteniendo con Paul, sobre su madre y tal. Pero luego Lombard había cometido el error de decirle a Andre que lo comprendía, lo cual a Andre le sentó fatal porque después ya nunca más había vuelto a invitarlo. Ni a él ni a nadie. Hasta ahora.

—¡Así que advertido estás! —le dijo a Paul—. Si quieres seguir en ese club absurdo suyo, mejor que cierres el pico. ¡Ahora te toca a ti contarme a mí! Eso que ha dicho papá cuando estábamos comiendo. Todo ese rollo de política y tal y lo del tonto del profesor ese que tenéis, el que está detenido. No entiendo por qué papá os tenía que dar las gracias.

¿Le expliqué el porqué? ¿O eran ya demasiadas confianzas? Sinceramente, no lo recuerdo. Lo único que sé con certeza es que ése vino a ser el momento en que decidí, de una vez por todas, que ya no deseaba ser miembro del «absurdo» club de Du Toit.

No obstante, quedaba el resto del *exeat* por soportar. Laura me hizo compañía a ratos; creo que incluso llegamos a dar un paseo juntos por la granja. Después llegó el siguiente refresco en el *stoep* y a continuación el trayecto de regreso al colegio y el alto en St Mary's para dejar a Laura, quien al salir de la camioneta se despidió diciendo alegremente:

—¡Hasta la vista, chicos!

Aunque no habría otro «hasta la vista», por supuesto. Al menos en mi caso.

Luego, la llegada a St Luke's y la sorpresa de encontrarme allí a mis padres, de pie en los escalones de la entrada junto a Stanford, en una pose que me recordó a esas estatuas que se ven a menudo en el Transvaal de hombres armados con rifles y mujeres tocadas con cofias, *Voortrekkers*, afrontando el

futuro con bronceada resolución.

—¿Ésos de ahí son tus padres, los que están en las escaleras? —dijo el señor Du Toit, echando el freno a la camioneta—. Habrá pasado algo malo, ¿no crees?

De hecho, había pasado algo bueno. Mis padres, intuyendo que los acontecimientos de la semana podían haberme afectado, se habían pasado por el colegio para cerciorarse de que estaba bien, aunque sólo pudieran quedarse un momento.

—¡Mamá! ¡Papá!

Recuerdo que corrí a toda velocidad hacia ellos y que mi madre me recibió con un abrazo y me apretó con fuerza, mientras mi padre, un tanto apartado, se conformó con darme una palmada en la cabeza.

—Queríamos asegurarnos de que estabas bien —dijo mi madre—. Con todo lo que está pasando... Nos disgustaba imaginarte preocupado.

Entonces ella no podía saberlo, pero, casualmente, en el momento en que ella pronunciaba esas palabras, Krushev estaba haciendo público su comunicado.

—Sí —la interrumpió Stanford con una sonrisa, si bien compungida, inusitada en él—. Vaya semana entre unas cosas y otras, ¿eh? Seguro que tendrá su mención en los anales de la historia.

—Al menos espero que no os haya alterado demasiado los nervios —dijo mi madre—. Eso es lo principal. Pero, bueno, ¿ya te has despedido del señor Du Toit? ¿Le has dado las gracias como es debido por invitarte a su casa? ¿Qué tal has pasado el día? ¿Te has divertido?

—Eso espero, desde luego —dijo una voz grave y profunda.

Acababan de sumarse al corrillo los dos Du Toit, uno ensombreciendo al otro.

—Encantado de verla otra vez, Peggy. Douglas. —El señor Du Toit hizo sendas reverencias con la cabeza a mis padres—. ¿Todo bien?

—Ahora ya sí —respondió Douglas—. Muchas gracias.

—Es que —añadió Peggy— con lo de esta semana, en fin, ya se puede imaginar, hemos pensado que debíamos pasarnos por si Paul estaba preocupado.

—Ag —dijo el señor Du Toit—, hemos hablado a fondo del tema durante la comida. ¿Verdad, chicos? Ahora ya saben que no hay motivo de preocupación. Aquí, no. Ya, no.

—Qué bien. Me alegro. Ya nos quedamos más tranquilos. ¿Verdad, cariño? —dijo Peggy deslizando la mano en la de mi padre—. ¡Pero, bueno, es hora de irse! El *exeat* ha terminado.

Al recordar a mis padres de la mano en las escaleras del colegio, de pronto se me han saltado las lágrimas. Y no es momento para lágrimas, porque si quiero llevar a cabo lo que me ha traído hasta Mokimolle, no debo distraerme. Ha llegado la hora de pasar a la acción.

Apuro el café de un trago, retiro la silla y me dirijo al pasillo, donde me encuentro con Giles, vestido con otro blusón de los suyos, éste cubierto de lo que a primera vista parecen chafarrinones de pintura, salpicados sobre la tela en un delirante estampado.

—¿Qué, ya se va entonces? —pregunta.

Asiento.

—Si quiere puede dejar sus cosas aquí, ya sabe —indica con un gesto hacia la maleta que llevo en la mano—. Por si quiere explorar un poco el lugar antes. Será más seguro que dejarla en el coche.

Se lo agradezco, pero le digo que debo emprender viaje cuanto antes.

—¿Siguiente etapa? ¿El Kruger? ¿O no le interesa la naturaleza?

Me encojo de hombros sin más.

—Yo, personalmente —me dice—, si voy al este es para visitar la costa. Aunque hay que tener cuidado con las corrientes, ¿eh? ¡Y con los tiburones no digamos!

Me ha preparado ya la cuenta, que me tiende en ese momento. Pago y le ruego que felicite una vez más a Lawrence de mi parte por lo bien que cocina.

—Desayuno incluido.

—Pues entonces tendrá que volver —contesta Giles—. Ahora ya sabe lo fantástico que es este país. —Me mira con una sonrisa—. Bueno, ciertas partes de este país. —Me abre la puerta de la calle—. ¡Buen viaje, y vaya con

cuidado!

Mientras conduzco lentamente por la pequeña población, revivo los últimos momentos que pasé con Du Toit y me remonto de nuevo al patio de recreo, donde mi joven yo lo está buscando desesperadamente. Estamos en algún momento de la semana siguiente, después de que supiéramos que no iba a ser el fin del mundo.

Al principio no había forma de encontrarlo. Luego vi al Babosa, quien me sugirió mirar en la sede del club.

Al acercarme, bordeando el campo de juego como estaba obligado, pensé en Pheko, en Pheko y Spier, y eso reafirmó mi determinación. Invoqué a Sydney Carton. «Esto que hago ahora es mejor, infinitamente mejor, que nada de lo que he hecho en mi vida.» Fui repitiendo para mis adentros que no haría caso de lo que me dijera: las palabras necias... ¡que se las llevara el viento! Y la frase de Laura: «Qué vergüenza, tratar así a tus amigos...».

Incluso la profecía del señor Du Toit, según la cual Spier y el encargado de mantenimiento iban a pasar en prisión «Años y años, con un poco de suerte».

Ése fue el acicate más potente de todos.

Lo encontré solo en la cabaña, sentado en su trono con la espalda encorvada, el casco de plástico sobre las rodillas y un rollo de cinta adhesiva sin estrenar en la mano. La puerta estaba abierta; no se había molestado en cerrarla, quizá porque necesitaba luz para ver lo que hacía. Así que pude observarlo un momento sin necesidad de llamar. Y lanzarme a hablar sin necesidad de pedir permiso antes.

Le dije que dejaba su club. Hice mía la frase de Laura. Asimismo se lo dije, que era una vergüenza, que él era una vergüenza. Que aspirara a ser su mano derecha quien quisiera. Que tampoco le tenía miedo ya, añadí, que, a palabras necias, oídos sordos. Que me llamara lo que le diera la gana. Que prefería ser un marginado que formar parte de un club como el suyo. Y añadí que, cuando volviera al patio, le contaría al Babosa mi decisión. «Y si tiene dos dedos de frente», añadí, envalentonado, «hará lo mismo que yo. Me he

fijado en cómo te mira.»

Luego me di la vuelta y allí lo dejé, con el casco roto todavía. Y mientras me abría paso bruscamente entre los pequeños de la choza vecina, que habían salido a ver quién estaba abroncando a Du Toit, recité para mis adentros una última exhortación:

Si puedes oír tus verdades tergiversadas
por truhanes que a los necios tienden sus celadas,
o ver el fruto de tu sacrificio destruido
y doblarte para de nuevo dejarlo erguido...

He llegado a las afueras del pueblo, a las últimas casitas aisladas, y me encuentro con una señal que reza: «CEMENTERIO 400 METROS». Ya no hay vuelta atrás. Con cierta aprensión, enfilo el coche por una carretera asfaltada que al poco desemboca en un camino pedregoso y polvoriento lleno de baches.

Mientras avanzo, el pasado deja por fin el debido espacio al presente: a mi peregrinaje.

Soy un sesentón, con la jubilación a la vuelta de la esquina. Pero mi vida laboral no ha concluido todavía, y gracias a eso, y a la naturaleza de mi profesión, también soy fácil de localizar. Los artículos que escribo como comentarista político acerca de lo que Occidente se complace en denominar «mundo en vías de desarrollo» (o, a veces, «tercer mundo») son de fácil acceso a través de Internet, y a menudo vienen acompañados de una dirección de correo electrónico. A esa dirección escribió Pheko, tras leer un artículo mío sobre Nigeria y la criminalización de las relaciones entre personas del mismo sexo que se lleva a cabo en dicho país, un tema sangrante para mí, como homosexual que soy.

Pheko pensó que quizá lo recordaría, por lo que empezaba explicando que, tiempo atrás, había trabajado como encargado de mantenimiento en mi antiguo colegio, St Luke's. Una vez incluso me había prestado su pañuelo, que yo había tenido la gentileza de lavar antes de devolvérselo. Aunque creía improbable que yo conservara recuerdo de eso. Era una nimiedad.

Continuaba diciendo que él y su compañero habían leído a menudo mis artículos, siempre con gratitud y reconocimiento por que un periodista residente en el Reino Unido escribiera sobre asuntos como la homosexualidad en Nigeria; o sobre las bondades de la constitución sudafricana, otro de los temas sobre los que suelo tratar, especialmente en relación con la corrupción creciente legada a la actual Sudáfrica. Era importante que esos temas salieran a la luz: exigían responsabilidades.

Yo no estaba muy convencido; a fin de cuentas, mi labor siempre me ha parecido insignificante, de poca o ninguna repercusión. Y tardía, por descontado. Aunque es cierto que procuro escribir sobre asuntos que exigen nuestra atención.

Pero eso es secundario; lo fundamental era lo que venía a continuación. A su compañero, me informaba, casi seguro que lo recordaría. Al fin y al cabo, yo había sido uno de sus favoritos.

Andrew Spier. Mi antiguo profesor de historia.

Ahí se abrieron las compuertas. Me contaba que, en 1962, Andrew y él habían sido detenidos como sospechosos de activismo político; y durante los interrogatorios, cuando le preguntaron a Andrew si había habido algo más en aquellos encuentros entre ambos —las autoridades se habían enterado de algún modo de que frecuentaba el domicilio de Andrew—, éste, por su forma de ser, después de haber intentado proteger a Pheko en un principio y al ver lo que se avecinaba, lo inevitable, no había dudado siquiera un momento. Otros sí habían dudado; muchos habían dudado en aquellas circunstancias. Pero Andrew era una persona excepcional. Sí, les había contestado, sin duda. Sin duda alguna. Él y Pheko eran amantes. Eran pareja.

Evidentemente, el bombazo conllevó no sólo que se les acusara de mantener relaciones sexuales interraciales, penadas por la denominada Ley de Inmoralidad, sino también de sodomía, igualmente penada por ley, y que se les impusiera una condena inicial de cinco años de prisión. Aunque al final habían pasado entre rejas algo más de veinte en total, pues a consecuencia de su conducta en la cárcel y de las cosas que allí dijeron a otros y que otros dijeron sobre ellos, en cuanto hubieron cumplido la condena inicial se presentaron otra serie de cargos en su contra, relacionados esta vez con el

delito de traición.

Salieron finalmente en libertad a mediados de los ochenta, primero Andrew, y unos años más tarde, Pheko; tras lo cual Andrew, que había heredado un dinero de sus padres, fallecidos tiempo atrás, compró una pequeña finca en las cercanías de una población llamada Mokimolle, donde Pheko también se había ido a vivir, teóricamente en calidad de criado de Andrew. En aquellos años, Sudáfrica tenía asuntos más graves a los que atender, y aunque la policía local los tenía vigilados, hasta cierto punto, no les incordiaban. Luego vino la liberación de Mandela, las elecciones, la nueva Sudáfrica, la nación arcoíris. Gracias a la reforma de la constitución, incluso habían podido contraer matrimonio. Así que más o menos los últimos veinte años habían vivido tranquilos. No tenían mucho dinero, contaba Pheko, pero sí un huerto en el que cultivaban sus propias verduras, y una vaca; eran felices. No hacían muchas salidas; apenas se relacionaban con la gente del lugar. Pero por deseo propio. Se tenían el uno al otro. En realidad, ése había sido siempre su único deseo. Estar juntos, nada más.

Luego Andrew había padecido cáncer. Y ahora Pheko se había enterado de que también él estaba gravemente enfermo. Y ésa era la razón por la que me escribía. Antes de morir, decía, su obligación era hacer algo que Andrew y él habían comentado infinidad de veces, pero nunca habían llevado a cabo: escribir para decirme que se acordaban de mí y para agradecerme mis artículos.

Camino adelante, hay una curva y enfrente veo el cementerio: una valla metálica, una verja y al otro lado quizá unas dos hectáreas de tumbas. Aparco el coche y me acerco a la entrada. Todas las tumbas más cercanas a la valla tienen lápida, ya sea de granito o de mármol —de piedra, en cualquier caso—, mientras que las más lejanas son simples cruces de madera.

¿En qué parte del cementerio se hallará la tumba que busco? ¿O acaso habrá dos tumbas? La desesperada correspondencia que mantuve con el funcionario del ayuntamiento después de que mis mensajes de correo iniciales dirigidos a Pheko no recibieran respuesta había arrojado cierta luz sobre mis dudas; pero no había cubierto todos los detalles. Ni de lejos.

Reparo en el cortejo fúnebre de antes, ahora congregado al fondo del

cementerio en torno a una sepultura recién excavada. Unos cuantos acompañantes del duelo, los más andrajosamente vestidos, están echando paletadas de tierra en el interior de la fosa, mientras que el sacerdote (concluida, al parecer, su labor) avanza en mi dirección, hablando por un teléfono móvil.

Espero hasta que atraviesa la verja y luego doy un paso adelante. Él cuelga y me saluda, con sonrisa cordial:

—¿Puedo ayudarle en algo?

En contraste con la preponderante negrura de sotana y piel, sus dientes destellan.

—Estoy buscando una tumba —respondo.

—¿De quién?

—Bueno, de hecho, son dos tumbas. La de Andrew Spier y la de Pheko Tswana.

—¿Los conocía?

Parece más contento que sorprendido, como si fuera de lo más natural que un forastero completamente desconocido hubiera venido hasta este cementerio remoto buscando la última morada de esas dos personas.

—Un poco. Tiempo atrás.

El sacerdote frunce el ceño.

—Ay, los malos tiempos...

Son palabras que duelen, a pesar de ser ciertas.

—Últimamente —prosigue, sin reparar a simple vista en el efecto que su comentario ha tenido en mí— llevaban una vida muy distinta. Vivían felices. De hecho, hasta cierto punto resultaban modélicos, por cómo vivían juntos. Yo tuve el honor de ser su párroco. —El ceño se transforma en otra sonrisa deslumbrante—. ¡Y eso que tanto a uno como al otro les interesaba bien poco la religión! Cuando iba por allí de visita, me cuidaba muy mucho de no mentar a Dios. Aun así, eran buenas personas. Modélicas, como le digo. Modélicas de verdad.

—También para mí —le dije, cuando por fin logré articular palabra.

—¿De qué los conocía?

Ha vuelto a atravesar la verja y, mientras dirigimos nuestros pasos hacia

el centro del cementerio, le cuento un poco de mi vida. Muy por encima. Que había sido alumno de Spier durante un tiempo, hasta que en noviembre de 1962 falleció mi abuela británica, y mi madre, que había regresado a Inglaterra para desmontar la casa, decidió de pronto que quería quedarse a vivir allí. En la casa de su infancia. Lo que conllevó que, al final de aquel mismo año, yo dejara el colegio y regresara con mi padre a Inglaterra, que desde entonces había sido mi lugar de residencia.

—Pues supongo —cavila el sacerdote— que ya no se sentirá sudafricano de verdad. Aunque naciera aquí. Como si estuviera de visita, ¿me equivoco? Aun así, ha hecho usted un viaje muy largo y al cabo de muchos años para que sea una simple visita. Por algo será. Debe de haber significado mucho para usted, ese antiguo profesor suyo.

Hemos llegado a la parte del cementerio donde las lápidas dejan paso a las cruces de madera. Un poco más adelante, los acompañantes del duelo, ya concluido el entierro, empiezan a dispersarse; los niños a la carrera.

—¡Ya estamos! Aquí los tenemos. —Da un paso atrás—. Si necesita cualquier otra cosa, no dude en llamarme.

Tiende la mano con la que ha estado gesticulando para estrechar la mía y luego deposita en mi palma una tarjeta con su número de teléfono, así como la dirección de la iglesia y una pequeña foto.

—Cuídese. Vaya con Dios.

El párroco vuelve a sumarse al cortejo, a los niños que corretean, y se encamina con ellos hacia la verja.

Una vez a solas, me demoro un momento en el recuerdo de nuestro traslado a Inglaterra. En que mi abuela, de la forma más inesperada, hubiera conseguido finalmente lo que siempre había deseado: que saliéramos de Sudáfrica sanos y salvos. Aunque en casa nadie mencionó nada de eso posteriormente. Si a mi padre le afectó seguir a mi madre hasta el lugar de donde ambos habían partido, nunca lo dijo. Como tampoco volvería a mencionar en los años siguientes que en otro tiempo había soñado con ser ingeniero. Se limitó a encerrarse en su taller, rodeado por objetos de los que, paradójicamente, al parecer le costaba desprenderse, a él, que había renunciado a tantas otras cosas.

También mi madre, en buena parte, guardaba silencio; si alguna vez se refería a Sudáfrica era en términos de lo más generales e inofensivos. Aquellos azulísimos cielos (con lo mucho que ella había llegado a suspirar por una nube, decía); la aridez del *veld*; la lamentable escasez de cultura, teatro, conciertos y demás. Sobre el servicio, ni una palabra, nunca; ni sobre política, o sobre los afrikáners; ni que hubiera conocido a un hombre llamado Du Toit; nada sobre su implicación en todo aquello. El único hombre que había habido en su vida, le decía a la gente, era Douglas; bueno, cuando no estaba en su dichoso taller. A lo que él, si se encontraba presente, respondía cordialmente asintiendo con la cabeza. «Igual que yo. La suerte que he tenido con ella, ¿eh?», decía.

De manera que mis padres le dieron la espalda a Sudáfrica; y yo también durante un larguísimo tiempo, feliz como ellos de relegar al olvido a Du Toit y a compañeros de infortunio como el Babosa, con quien en realidad no llegué a hablar en el patio de recreo, como me había propuesto. No obstante, todavía hoy me pregunto qué habrá sido de él; del Babosa, porque Du Toit y los de su calaña se las arreglan bien por sí solos. ¿Adelgazaría al hacerse mayor quizá, emergería acaso de la crisálida de la infancia convertido en un adulto más refinado, más feliz y ya apenas, o nunca, objeto de burla? Me reconforta pensar que haya sido así.

La vida, pues, siguió su curso hasta que, por fin, a mis cuarenta y pocos años —sí, ¡tan tarde!—, tras el inesperado fallecimiento tanto de mi madre como de mi padre, yo también emergí de mi particular crisálida con la ayuda de una persona milagrosa, un hombre llamado Josh que, entre las muchas cosas que hizo por mí, me instó a revisar, a mi ritmo, lo ocurrido en mi infancia y a ir interpretándolo paso a paso. A que incluyera Sudáfrica entre los países sobre los que escribía. En parte a modo de expiación, pero también para procurar comprender mi pasado. El porqué del comportamiento de mis padres. Y el porqué del mío propio. Sentencias como la de mi padre, por ejemplo, cuando me dijo: «Los adultos no son perfectos. Si tienes eso presente, te irá mejor en la vida». O que mi madre pudiera decir más adelante —y recuerdo habérselo oído en más de una ocasión—, mientras tendía la vista por el glorioso jardín de mi abuela, ya nuestro entonces: «Mirando al

sur. Como debe ser».

Ahí sigo viviendo, en la casa de mi abuela, que en un principio compartí con Josh, con quien compartí todo hasta que un día tontamente se dejó atropellar por un coche. Dos largos y duros años atrás. A eso se debe que haya venido solo hasta aquí para reparar mi falta; en la medida en que las faltas sean reparables, por supuesto.

Dejo a un lado mis recuerdos y me enfrento finalmente a la doble lápida que tengo delante, una lápida del color del *veld* y, pese al poco tiempo que lleva aquí, ya bastante castigada por los elementos. La losa izquierda reza: Andrew Gordon Spier, 1939-2015. La derecha: Pheko Tswana, 1942-2016.

Debajo, atravesando ambas lápidas y por tanto enlazándolas, un epitafio que, debido a mis lágrimas, en un primer momento imagino que me costará cierto trabajo descifrar. Pero no, porque, veréis, conozco esa frase de memoria. Pertenece a una de mis novelas favoritas, descubierta, gracias a Josh, en la biblioteca donde también nos conocimos; una de entre una larga sucesión de esas bibliotecas que se extienden en mi memoria desde los tiempos de St Luke's hasta el presente, procurándome lectura, refugio y luz.

El epitafio reza así:

«Y así seguimos navegando, como veleros contra corriente, arrastrados sin cesar hacia el pasado».

AGRADECIMIENTOS

Gracias a mi inestimable agente, Laura Morris; a Candida Lacey y todo el equipo de Myriad, en particular a Emma Dowson, Linda McQueen y Dawn Sackett; a Alistair Beaton, Halton Cheadle, Damon Galgut, Paul Herzberg, Jennifer Kavanagh, Allan Leas, Jack Lewis, Gaby Naher, Neil Olson, Kathleen Satchwell, Wendy Searle, Edmund White; y, por supuesto, a Peter, cuyo apoyo y afecto me han proporcionado la más valiosa de las ayudas.

El fragmento de *The Song Before It Is Sung* (Bloomsbury, 2008) se cita con el amable permiso de Justin Cartwright.

El verso de «Elsewhere», extraído de *Citizen Of Elsewhere* (Happenstance, 2013), se cita con el amable permiso de Jonty Driver.

El reglamento

Tony Peake

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *North Facing*

Ilustración de la portada: Cricket (2011) de Andrew Macara, óleo sobre lienzo. Private Collection. © Bridgeman Images

© Tony Peake, 2017

De la traducción: © Victoria Alonso Blanco, 2018

Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. - Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)
www.tusquetseditores.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2018

ISBN: 978-84-9066-530-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltalldellibre.com

¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!

NARRATIVA CONTEMPORÁNEA



¡Síguenos en redes sociales!

